MUY HISTORIA

EDICIÓN COLECCIONISTA



ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

Ó escanea el código QR:

CARLOMAGNO

CÓMO SE CONVIRTIÓ EN EL GRAN EMPERADOR DE OCCIDENTE

CONQUISTAS, ALIANZAS, ROMA, LA CORONACIÓN DEL AÑO 800 Y LA CONSTRUCCIÓN DE SU PODER



Carlomagno observa pensativo la llegada de los barcos normandos a la costa
Grabado de Emile Bayard en *La historia de la Francia popular*, de Henri Martin.

MEISTERDRUCKE

«LA ACCIÓN ES MEJOR QUE EL
CONOCIMIENTO PERO, A FIN DE HACER
LO CORRECTO, DEBEMOS SABER
LO QUE HACEMOS»

Carlomagno (742?-814)

Rey de los francos y emperador de Occidente

El emperador que forjó Occidente

La mañana de Navidad del año 800, un hombre de casi sesenta años se arrodilló ante la tumba de un pescador galileo convertido en apóstol. Medía más de metro noventa, según quienes lo vieron de cerca, tenía la voz aguda para su corpulencia y prefería nadar en las termas de Aquisgrán antes que posar para retratos solemnes. El papa León III le colocó una corona sobre la cabeza y el pueblo y el clero romano congregado en la basílica de San Pedro estalló en las *Laudes Imperiales* al unísono: «¡A Carlos, muy piadoso Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador de los romanos, vida y victoria!». Aquel gesto no cerraba una vida de conquistas, abría un problema formidable, porque en Constantinopla ya había un Imperio romano, y desde allí nadie pensaba que hiciera falta otro.

Carlomagno pasó cuatro décadas construyendo el poder que aquella corona vino a certificar. Cruzó los Alpes en 773 y en meses convirtió a los lombardos en súbditos; guerreó contra Sajonia durante treinta años, hasta ordenar en Verden, junto al río Aller, la ejecución de miles de rebeldes en una sola jornada; empujó a sus ejércitos hasta el Danubio para quebrar el poder ávaro; sufrió una emboscada en los Pirineos que la épica transformaría en la leyenda de Roldán; y aprendió a gobernar un mosaico de pueblos —francos, lombardos, bávaros y vascones— sin un código legal común ni una capital fija.

Estas páginas reconstruyen ese camino sin la pátina que le dieron sus cronistas cortesanos. No hay aquí un santo legislador ni un bárbaro con suerte, sino un rey que comía con las manos, firmaba sin saber escribir del todo y aun así rehízo el mapa político de Europa. Entender a Carlomagno obliga a desconfiar de quienes lo idolatraron sin dejar de escucharlos. El primer emperador de Occidente tiene más aristas de las que la leyenda permite ver. Vamos a verlo.

CRISTINA ENRÍQUEZ
DIRECTORA



Carlomagno, rey de los francos. Obra de 1897 procedente de la colección del Palacio de Justicia de París.

GETTY

CONTENIDOS

LA DINASTÍA QUE CONQUISTÓ EL CETRO 8

EL HOMBRE BAJO LA CORONA 22

LA MÁQUINA DE GUERRA FRANCA 36

LA CONQUISTA DE ITALIA. 50

LAS GUERRAS DE SAJONIA. 64

LA FRONTERA DEL NORTE 80

HACIA EL DANUBIO. 88

RONCESVALLES Y LA FRONTERA DEL SUR. 102

LA CORONA DEL IMPERIO 116

DE AQUISGRÁN A BAGDAD 130

GOBERNAR UN MOSAICO DE PUEBLOS. 136

EL RENACIMIENTO CAROLINGIO Y LA HERENCIA DE CARLOMAGNO 148

BIBLIOGRAFÍA 160

ENLACE AL CANAL
x.com/byneontelegram
Ó escanea el código QR:



El ejército de Carlomagno en París, obra del siglo XVIII de Julius Schnorr von Carolsfeld.

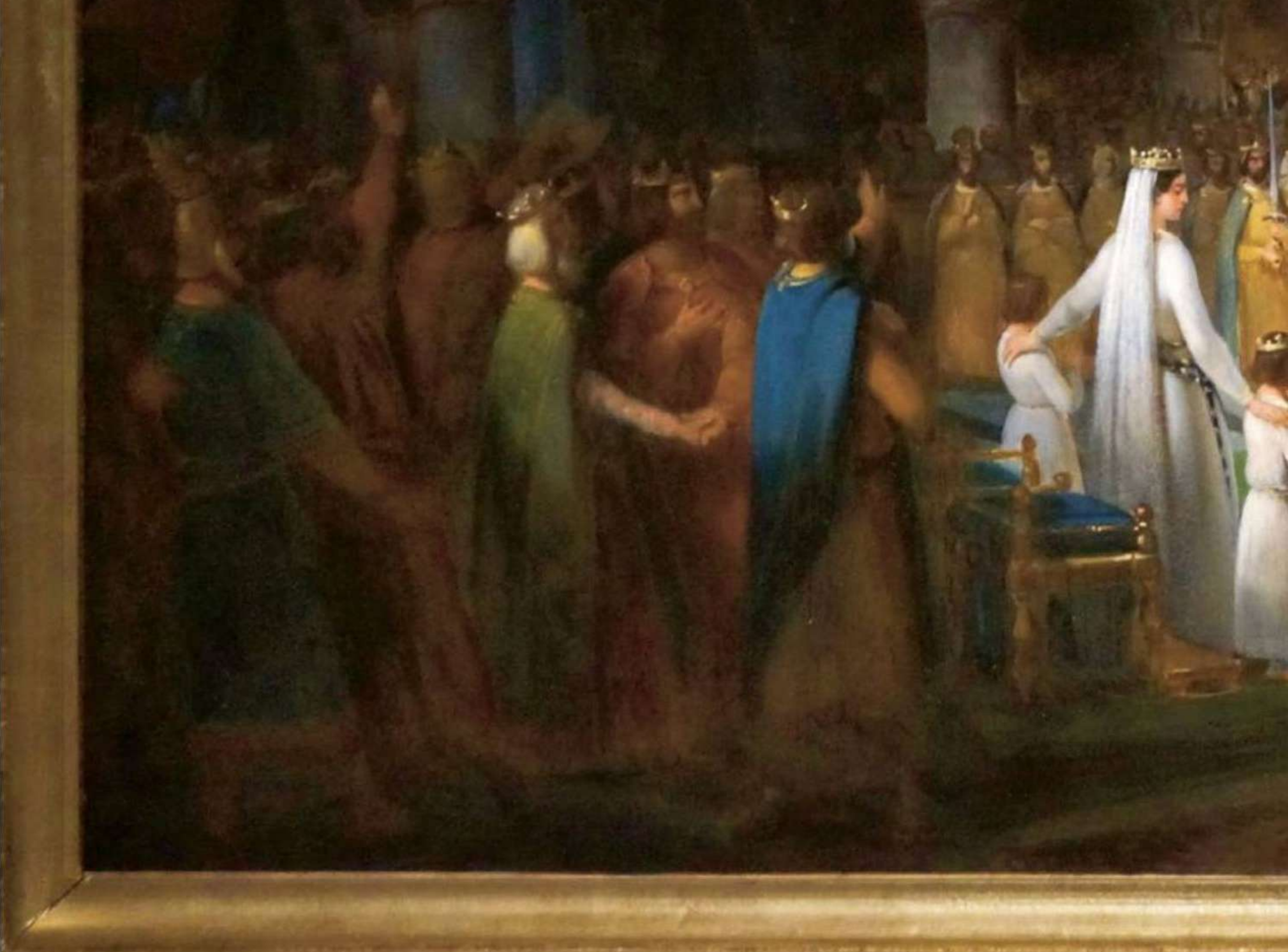
CRÉDITO DE PORTADA: ASC/WIKIPEDIA

ASC/MEISTERDRUCKE



DE LAS SOMBRAS DEL TRONO
AL ALTAR DE SAN DIONISIO

La dinastía que conquistó el cetro



Consagración de Pipino el Breve por el papa Estebal II en la abadía de Saint-Denis el 28 de julio de 754, obra de François Dubois (1837).

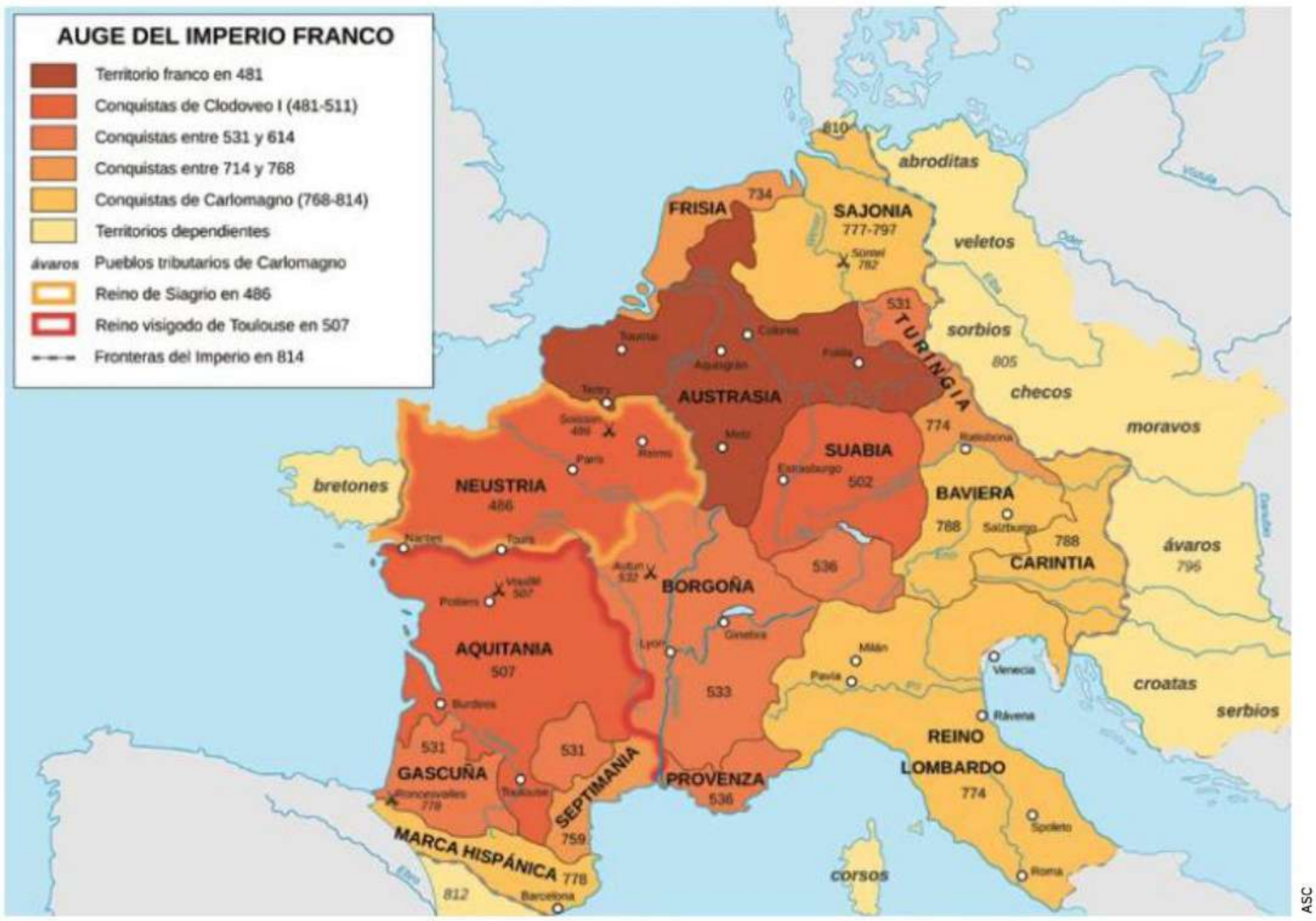
PALACIO DE VERSALLES

Cuando Carlomagno recibió la corona imperial en Roma, el día de Navidad del año 800, detrás de él había mucho más que una larga sucesión de victorias. Aquella ceremonia descansaba sobre casi un siglo de maniobras familiares, alianzas aristocráticas, campañas militares y acuerdos con la Iglesia. Antes de que Carlos se convirtiera en el gran emperador de Occidente, sus antepasados habían aprendido a gobernar sin ser reyes y, después, a convertir ese poder efectivo en una corona.

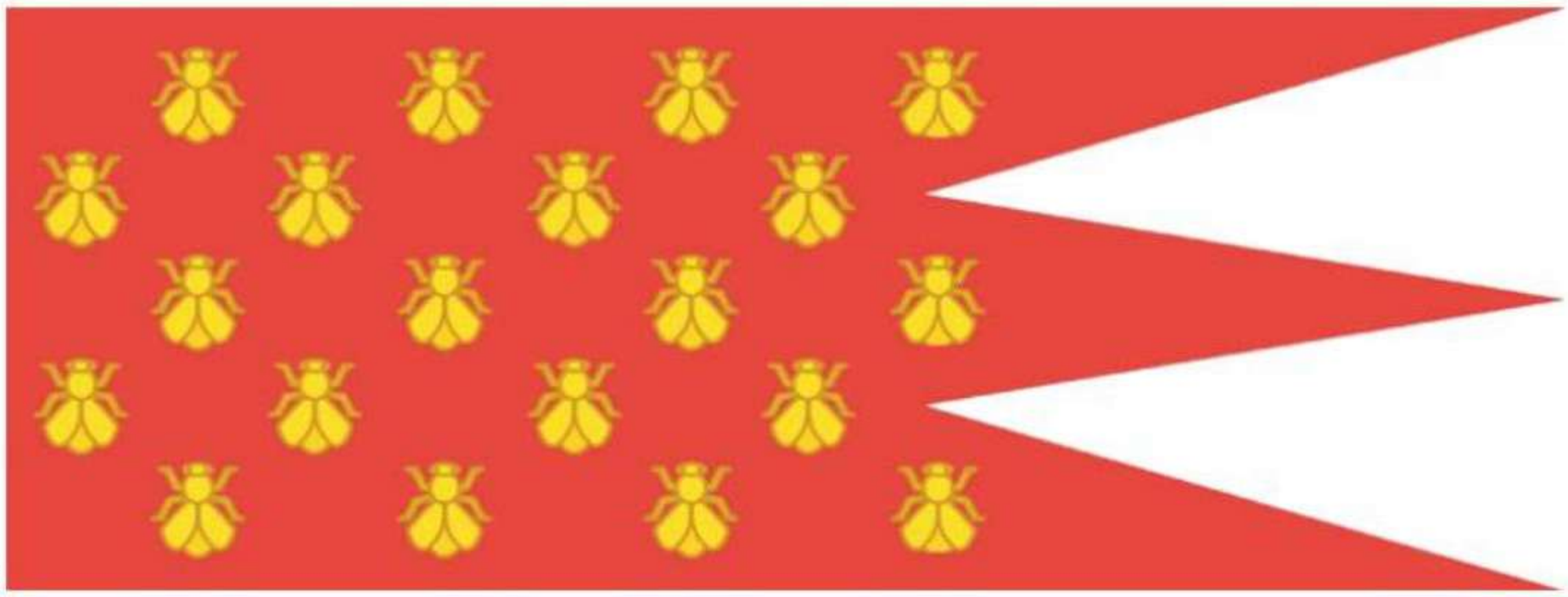
El ascenso carolingio no fue una marcha trazada de antemano. Pipino de Herstal, Carlos Martel y Pipino el Breve no trabajaron con un imperio futuro en la cabeza. Cada uno respondió a los problemas de su tiempo: rivalidades entre las grandes familias francas, rebeliones en las fronteras, disputas sucesorias y una monarquía merovingia cuya autoridad se estrechaba a medida que crecía la de sus servidores más poderosos. El resultado, visto desde el año 800, parece inevitable. No lo fue. Durante décadas, la familia que acabaría dando nombre a la dinastía estuvo a una derrota, una muerte prematura o una alianza fallida de desaparecer de la historia.

UN TRONO CADA VEZ MÁS LEJANO

La imagen tradicional de los últimos merovingios es casi una estampa de cuento: reyes de larga cabellera, indolentes, conducidos en carros de bueyes y obligados a repetir discursos escritos por otros. Su principal responsable fue Eginardo, biógrafo de Carlomagno, quien compuso la *Vita Karoli* después de la muerte del emperador y desde el mundo político creado por los vencedores. Su relato no debe



La expansión del pueblo franco entre los años 481 y 814 abarcó desde la unificación de las tribus francas por Clodoveo I hasta la muerte del emperador Carlomagno.



ASC

En el ejército franco se utilizaban enseñas de tipo militar inspiradas en la tradición romana tardía destinadas a señalar la posición del monarca o guiar a las tropas.

desecharse por completo, pero sí leerse con cautela. Cuando escribió, el cambio dinástico de 751 necesitaba parecer justo, lógico y hasta providencial.

Los últimos merovingios habían perdido buena parte de su capacidad de decisión, pero no porque todos fueran incapaces. Lo que se produjo fue un desplazamiento gradual del poder. Los dominios francos se dividían y reunificaban conforme a las herencias de la familia real, y en ellos destacaban tres grandes espacios políticos: Austrasia, extendida por las cuencas del Mosa, el Mosela y el Rin; Neustria, desde el Sena hacia el Loira, y Borgoña, en el sureste. No funcionaban como Estados modernos ni tuvieron siempre un rey distinto, pero contaban con aristocracias, intereses y tradiciones propias.

En ese escenario ganó importancia el *maior domus*, el mayordomo de palacio. Nacido como responsable de la casa regia, el cargo terminó por coordinar patrimonio, patronazgo, justicia y guerra. El mayordomo no era un simple funcionario: se convirtió en el intermediario entre el soberano y los grandes del reino, y a menudo en el jefe de una poderosa clientela armada. Cuanto más dependía el rey de esas redes aristocráticas, mayor era la fuerza política de quien las controlaba.

La familia que acabaría imponiéndose procedía de Austrasia. La tradición carolingia unió dos linajes prestigiosos: el de Pipino de Landen, mayordomo de palacio, y el de Arnulfo, obispo de Metz. Según la genealogía fijada posteriormente, Ansegisel, hijo de Arnulfo, se casó con Begga, hija de Pipino. De esa unión habría nacido Pipino de Herstal. La documentación contemporánea no permite aceptar todos los detalles sin reservas, pero la genealogía expresa una realidad política: los futuros carolingios se apoyaron en patrimonio, parentesco, monasterios y cargos eclesiásticos situados entre el Mosa y el Mosela.

Pipino de Herstal convirtió aquella base regional en dominio sobre el conjunto franco. Su victoria en Tertry, en 687, sobre el ejército de Neustria le permitió

EL MAYORDOMO DE PALACIO TERMINÓ POR COORDINAR PATRIMONIO, PATRONAZGO, JUSTICIA Y GUERRA



La victoria de Pipino de Herstal en Tertry (687) le permitió imponer su autoridad sobre Neustria y dominar la política franca.

MEISTERDRUCKE

LA «DECADENCIA» MEROVINGIA



MEISTERDRUCKE

Dagoberto I fue el último rey merovingio que gobernó de forma activa y directa a todos los francos entre los años 629 y 639.

La expresión *rois fainéants*, «reyes holgazanes», ha condicionado durante siglos la imagen de los últimos merovingios. Eginardo cuenta que apenas conservaban el título, una finca de escasos ingresos y el carro tirado por bueyes en el que acudían a la asamblea. La escena es inolvidable y, precisamente por eso, peligrosa: fue escrita al servicio de un mundo en el que los carolingios ya habían vencido.

No todo era invención. En el siglo VIII, los mayordomos convocaban ejércitos, controlaban el tesoro, dirigían la corte y negociaban con las aristocracias. Los reyes tenían una capacidad de iniciativa muy limitada. Sin embargo, esa pérdida de poder no demuestra una supuesta degeneración familiar. Fue el resultado de un proceso político: particiones sucesorias, minorías de edad, guerras internas y crecimiento de grandes linajes territoriales con patrimonio, guerreros y cargos eclesiásticos propios.

La corona, además, no se volvió irrelevante de un día para otro. Pipino de Herstal y Carlos Martel gobernaron en nombre de reyes merovingios durante buena parte de sus carreras. Cuando Carlos dejó el trono vacío entre 737 y 741, sus hijos restauraron la monarquía con Childerico III en 743. Si el título hubiese carecido por completo de valor, no habrían necesitado hacerlo.

La batalla de Tertry, en 687, marcó un punto de inflexión porque permitió a Pipino de Herstal someter a sus rivales neustrianos y controlar la corte. A partir de entonces, el rey siguió siendo una fuente de legitimidad, pero la capacidad de gobernar pasó cada vez más a manos del mayordomo. El final llegó en 751, no como desenlace automático de una decadencia biológica, sino como una sustitución dinástica preparada por la fuerza, el consenso aristocrático y una nueva consagración religiosa.

CARLOS LLEGÓ A PROMOVER A UN REY RIVAL, CLOTARIO IV, ANTES DE RECONOCER A CHILPERICO II

intervenir decisivamente en la corte merovingia y extender su influencia hacia el oeste. No se convirtió sin más en «mayordomo único de los tres reinos», como se ha repetido tantas veces: mantuvo representantes y aliados en Neustria y gobernó mediante acuerdos con las élites locales. Pero después de Tertry fue el hombre más poderoso del reino franco. Los monarcas merovingios continuaron ocupando el trono; Pipino controlaba buena parte de los recursos que permitían gobernar.

CARLOS MARTEL: SOBREVIVIR ANTES DE MANDAR

La muerte de Pipino de Herstal en 714 abrió una crisis capaz de destruir todo lo conseguido. Su viuda, Plectruda, trató de asegurar la sucesión de su nieto Teodoaldo, hijo del difunto Grimoaldo. Para apartar a un posible rival mandó encarcelar en Colonia a Carlos, hijo de Pipino y Alpaida. Las categorías matrimoniales de la época eran menos nítidas que las modernas, pero Carlos no pertenecía a la rama familiar que Plectruda quería preservar.

El cautivo escapó y encontró una oportunidad en la rebelión de la aristocracia neustriana. Entre 716 y 718 derrotó a sus adversarios en Amblève, Vinchy y Soissons, atrajo partidarios en Austrasia y acabó neutralizando a Plectruda. La lucha no fue solo entre dos bandos ni siguió una línea limpia: intervinieron el rey merovingio Chilperico II, el mayordomo neustriano Ragenfrido, el frisón Radbod y distintos grupos aristocráticos. Carlos llegó incluso a promover a un rey rival, Clotario IV, antes de reconocer a Chilperico II y, más tarde, gobernar en nombre de Teodorico IV.

Ese respeto formal por la dinastía revela que la corona merovingia aún conservaba valor. Solo cuando Teodorico IV murió, en 737, Carlos decidió no buscarle sustituto. Durante los cuatro años siguientes gobernó sin rey, aunque tampoco se proclamó como tal. Era ya el jefe indiscutido de los francos, pero conocía la diferencia entre ejercer la autoridad y poseer un título aceptado por todos.

Su celebridad posterior se debe, sobre todo, a la batalla librada entre Tours y Poitiers,



PALACIO DE VERSALLES

Aunque formalmente ostentaba el título de Mayordomo de Palacio y duque de los francos, Carlos Martel actuó como el gobernante *de facto* del reino franco.



En el centro de esta representación decimonónica de la batalla de Poitiers destaca Carlos Martel, líder de los francos, quien dirige a sus hombres en el combate.

ASC

tradicionalmente fechada en octubre de 732, aunque algunos historiadores la sitúan en 733. Un ejército procedente de al-Ándalus, mandado por su gobernador Abd al-Rahman al-Gafiqi, había penetrado en Aquitania, saqueado Burdeos y avanzado hacia el Loira. Carlos le cerró el paso; Abd al-Rahman murió en el combate y sus fuerzas se retiraron.

La victoria fue importante, pero no «salvó a Europa» de una conquista islámica inminente. La expedición parece haber buscado botín y la afirmación del poder omeya en el sur de la Galia, no la ocupación sistemática del continente. Tampoco terminó con la presencia musulmana al norte de los Pirineos: Narbona siguió en manos andalusíes hasta 759 y hubo nuevas operaciones en Provenza y Septimania. Poitiers sí proporcionó a Carlos un prestigio extraordinario, reforzó su ascendiente sobre Aquitania y ofreció a sus descendientes la figura de un antepasado vencedor y protector de la cristiandad.

Carlos pasó buena parte del resto de su vida en campaña. Intervino en Borgoña, Provenza y Aquitania, combatió a frisones y sajones y reforzó la influencia franca al este del Rin. Durante mucho tiempo se afirmó que había



ASC

Retrato de Childerico III, el último rey franco de la dinastía Merovingia, en un medallón grabado por el reconocido medallista suizo Jean Dassier, hacia 1720.

BRUNEGILDA, LA VISIGODA QUE GOBERNÓ A LOS FRANCOS

Brunegilda nació hacia 545-550 en la familia real visigoda de Hispania. Era hija de Atanagildo y hermana de Galsuinda. En 567 se casó con Sigeberto I, rey de Austrasia, y abandonó el arrianismo para abrazar el catolicismo. Aquel enlace la llevó al centro de una de las luchas más sangrientas de la época merovingia.

Su hermana se casó con Chilperico I de Neustria y murió asesinada poco después. Gregorio de Tours atribuyó la responsabilidad a Chilperico y a Fredegunda, su amante y posterior esposa. La muerte de Galsuinda alimentó el enfrentamiento entre las dos ramas de la familia. Sigeberto fue asesinado en Vitry en 575 por sicarios vinculados a Fredegunda, y Brunegilda cayó durante un tiempo en manos de sus enemigos. Su inesperado matrimonio con Meroveo, hijo de Chilperico, complicó todavía más el conflicto.

Lejos de desaparecer, Brunegilda intervino durante casi cuarenta años como reina viuda, regente y abuela de reyes. Defendió primero los derechos de su hijo Childeberto II y después los de sus nietos Teodeberto II y Teodorico II. Mantuvo correspondencia con el papa Gregorio Magno, protegió iglesias y monasterios, intervino en nombramientos episcopales y trató de afirmar la autoridad regia frente a unas aristocracias cada vez más independientes.



ASC

Esta ilustración del siglo XIX representa la brutal ejecución de la reina Brunegilda en 613, cuando fue atada a la cola de un caballo por orden de su rival Clotario II.

Su actuación le granjeó enemigos y condicionó su memoria. Gregorio de Tours ofrece un retrato complejo; la crónica atribuida a Fredegario, redactada después, la convirtió en responsable de una interminable cadena de crímenes. Los historiadores actuales no necesitan presentarla como inocente para reconocer que en esa imagen se mezclaron la propaganda de sus vencedores, el rechazo a su política y la incomodidad que provocaba una mujer ejerciendo el poder durante décadas.

En 613, abandonada por parte de las élites de Austrasia y Borgoña, Brunegilda fue entregada a Clotario II, hijo de Fredegunda. La tradición hostil cuenta que fue exhibida sobre un camello, torturada y atada a un caballo hasta morir; los detalles varían según las fuentes, pero su ejecución fue deliberadamente humillante. Clotario reunificó los reinos francos y presentó la derrota de su rival como restauración del orden.

Su nombre sobrevivió de una forma inesperada. Numerosas vías antiguas del norte de Francia y Bélgica son conocidas como *Chaussées Brunehaut*. Muchas eran calzadas romanas, y no hay pruebas de que Brunegilda las construyera ni de que emprendiera una restauración general. La asociación pertenece más a la leyenda que a la administración. Aun así, dice mucho de la huella que dejó una princesa visigoda convertida en una de las figuras políticas más poderosas y controvertidas del mundo franco.



Este retrato de Pipino el Breve pintado por Louis-Félix Amiel en 1837 forma parte de una famosa serie de reyes de Francia encargada por el rey Luis Felipe I.

confiscado masivamente las propiedades de la Iglesia para crear una caballería permanente y que con ello puso los cimientos del feudalismo. Esa explicación resulta hoy demasiado rígida. Los francos no disponían de un ejército permanente en sentido moderno, y las relaciones entre tierra, fidelidad y servicio militar eran anteriores y mucho más variadas.

Sí hubo recursos eclesiásticos utilizados para mantener guerreros. Algunos monasterios entregaron tierras en *precaria*: concesiones temporales cuyos beneficiarios pagaban una renta y podían prestar servicio al gobernante. Hubo presiones,

ANTES DE MORIR EN 741, CARLOS HABÍA PREPARADO UNA DIVISIÓN DE SUS DOMINIOS ENTRE SUS HIJOS

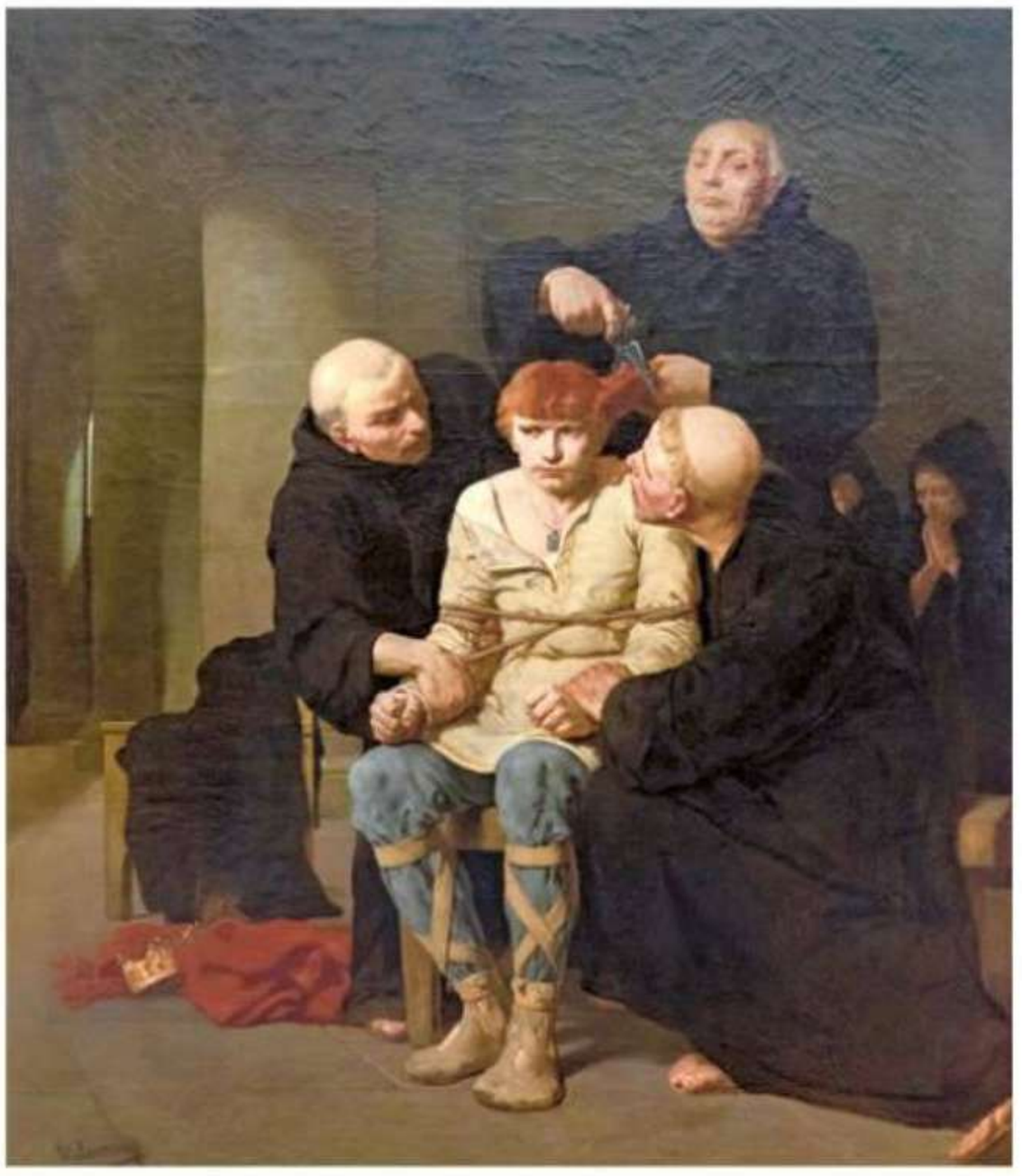
apropiaciones y conflictos, pero también pactos con obispos y abades, protección de monasterios y donaciones piadosas. Más que una reforma única diseñada por Carlos, existió una red cambiante de intercambios entre poderosos laicos y eclesiásticos. Convertirla en el nacimiento súbito del feudalismo es adelantar varios siglos una categoría que los contemporáneos no habrían reconocido.

Carlos murió en Quierzy el 22 de octubre de 741. Había preparado una división de sus dominios entre sus hijos: Carlomán recibiría el núcleo oriental, con Austrasia, Alamania y Turingia; Pipino controlaría principalmente Neustria, Borgoña y Provenza. La posición de Grifón, hijo de Carlos y Suanachilda, fue mucho más conflictiva. Fuentes posteriores aseguran que su padre le había reservado territorios, pero sus hermanastros lo apresaron cuando intentó defender sus derechos. El reparto se confirmó en 742, después de una campaña conjunta en Aquitania. La familia gobernaba ya los reinos como patrimonio propio, aunque todavía necesitaba un merovingio que prestara su nombre a los documentos.

PIPINO EL BREVE: CÓMO CONVERTIR EL PODER EN LEGITIMIDAD

Carlomán y Pipino colocaron en el trono a Childerico III en 743. Su origen exacto se desconoce, aunque las fuentes lo consideraban merovingio. La restauración no fue una extravagancia: después de seis años sin monarca, la presencia de un rey ayudaba a estabilizar el gobierno de los dos hermanos y daba continuidad a un orden político que seguía siendo reconocible para las élites francas.

En 747, Carlomán renunció al poder y marchó a Italia. Tras una primera estancia monástica en el monte Soracte, acabó retirado en Montecasino. Las fuentes carolingias describen una vocación religiosa; los historiadores han señalado también tensiones familiares y políticas, pero no existe una prueba concluyente que permita



ASC

La larga cabellera distinguía a los varones merovingios; al tonsurar a Childerico III, Pipino hizo visible su exclusión dinástica definitiva.

DURANTE SU ESTANCIA EN SAINT-DENIS, ESTEBAN UNGIÓ DE NUEVO A PIPINO Y A SUS HIJOS CARLOS Y CARLOMÁN

explicar su decisión. Su hijo Drogón conservó partidarios durante un tiempo, aunque terminó apartado, mientras Grifón prosiguió su resistencia hasta morir en 753. Pipino quedó como único mayordomo del reino.

El sobrenombre «el Breve» es tardío y no demuestra que Pipino fuese especialmente bajo. Lo decisivo no fue su aspecto, sino la contradicción que heredó: poseía la fuerza, el tesoro, los vasallos y la capacidad de convocar ejércitos, pero Childerico llevaba el título regio. Pipino necesitaba algo más que expulsarlo. Después de dos siglos y medio de continuidad merovingia, una simple proclamación militar podía abrir la puerta a rebeliones y candidatos rivales.

La solución combinó la elección de los francos, la consagración de los obispos y el respaldo de Roma. En 750 o 751, Pipino envió al papa Zacarías una embajada encabezada por Fulrado, abad de Saint-Denis, y Burcardo, obispo de Wurzburgo. Los anales carolingios convirtieron la consulta en una pregunta impecable: si debía llamarse rey a quien conservaba el título o a quien ejercía el poder. La respuesta del pontífice favoreció a Pipino. No conocemos el desarrollo exacto de la negociación, pero ninguna de las partes actuaba de manera desinteresada. Pipino buscaba una sanción difícil de impugnar; Roma necesitaba aliados en un momento en que los lombardos presionaban sobre los territorios bizantinos de Italia y amenazaban el ducado romano.

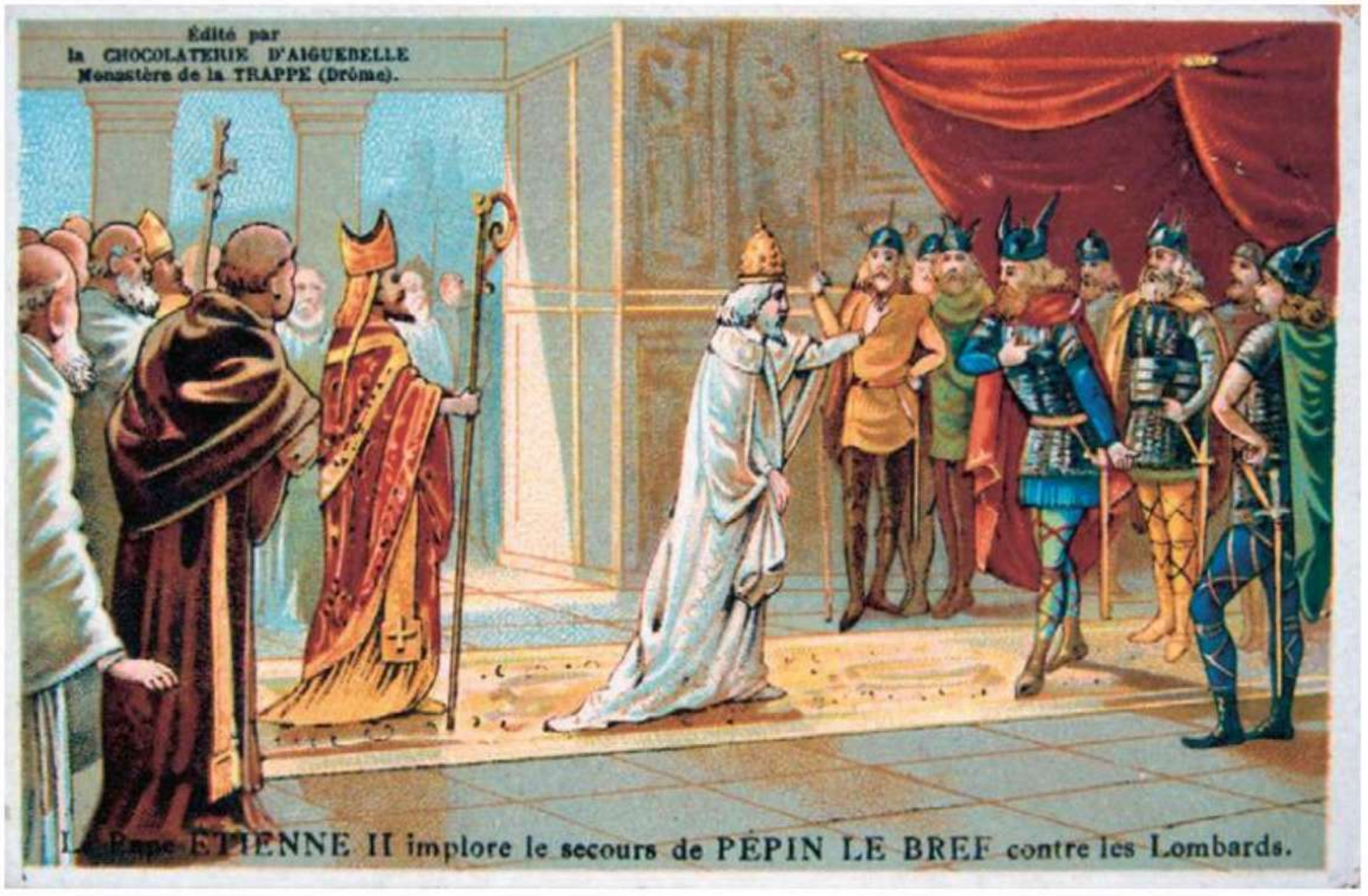


La coronación de Pipino en 751 (representada aquí en una miniatura) unió la elección de los francos, la consagración episcopal y el respaldo del papado.

ASC

En noviembre de 751, una asamblea reunida en Soissons elevó a Pipino al trono. Childerico III y su hijo Teodorico fueron depuestos y tonsurados. El corte del cabello no era un detalle: la larga cabellera distinguía a los varones de la casa merovingia y su pérdida hacía visible la exclusión dinástica. El antiguo rey fue enviado al monasterio de Saint-Bertin; su hijo, a Saint-Wandrille. No fueron ejecutados, pero quedaron fuera de la política.

La ceremonia de Pipino reunió elementos antiguos y nuevos. Los principales francos aceptaron al soberano y los obispos lo consagraron; Bertrada, su esposa, quedó asociada a la nueva realeza. Es frecuente atribuir la unción al misionero Bonifacio, pero las fuentes próximas al acontecimiento no permi-



MEISTERDRUCKE

Representación del siglo XIX del encuentro de 754 entre Esteban II y Pipino el Breve, en el que el papa pidió al rey protección militar para Roma frente a la amenza lombarda.

ten asegurarlo. Lo verdaderamente significativo fue el lenguaje religioso aplicado al cambio: el nuevo rey no se presentaba solo como vencedor de sus adversarios, sino como gobernante elegido por los francos y consagrado por la Iglesia.

EL PACTO CON ROMA

La alianza adquirió una fuerza mucho mayor dos años después. El papa Esteban II, sucesor de Zacarías, salió de Roma en octubre de 753 y cruzó los Alpes para buscar ayuda contra el rey lombardo Astolfo. Pipino lo recibió solemnemente en Ponthion el 6 de enero de 754. El gesto invirtió la imagen tradicional de dependencia: era el pontífice quien acudía al reino franco porque Bizancio ya no podía garantizar su seguridad.

Durante su estancia en Saint-Denis, Esteban ungió de nuevo a Pipino y a sus hijos Carlos y Carlomán, el 28 de julio de 754. La reiteración no anulaba la ceremonia de 751; reforzaba el carácter dinástico de la nueva monarquía y vinculaba a sus herederos con san Pedro. La familia recibió además el título de *patricius Romanorum*, que expresaba su papel protector respecto a Roma. Una breve memoria de aquella consagración, la llamada *Clausula de unctione Pippini*, llegó a afirmar que los francos no debían elegir rey fuera de la descendencia de Pipino. Era la formulación más rotunda del objetivo perseguido: cerrar la puerta a cualquier restauración merovingia.

Pipino cumplió su parte mediante dos expediciones a Italia, en 754 y 756. Tras vencer a Astolfo, no devolvió al emperador bizantino las ciudades que los

CARLOS HEREDÓ UNA OBRA CONSTRUIDA DURANTE VARIAS GENERACIONES Y TAMBIÉN SUS CONFLICTOS PENDIENTES

lombardos habían arrebatado al exarcado de Rávena y a la Pentápolis. Dispuso su entrega a san Pedro, es decir, al papa. La llamada Donación de Pipino no creó de una sola vez un Estado perfectamente definido, pero fue decisiva para la formación del poder territorial pontificio. Desde entonces, la alianza entre la monarquía franca y Roma tenía un fundamento militar, político y religioso.

El reinado de Pipino no se limitó a Italia. En 759 tomó Narbona, último gran bastión andalusí en la Galia, y desde 760 dirigió una guerra durísima contra Waiofar, duque de Aquitania. Cuando este murió en 768, la resistencia aquitana parecía quebrada, aunque el control franco aún estaba lejos de ser tranquilo. Aquellas campañas ampliaron el reino que heredarían sus hijos y confirmaron que la nueva dinastía podía hacer lo que se esperaba de un soberano franco: repartir botín, dominar a los magnates rebeldes y proteger las fronteras.

Pipino murió en Saint-Denis el 24 de septiembre de 768, después de enfermar durante su regreso de Aquitania. Había pedido ser enterrado en la basílica, cerca de su entrada, en actitud de humildad ante el santo al que consideraba protector de su familia. Saint-Denis contaba ya con sepulturas merovingias y acogía también la de Carlos Martel; con Pipino, el antiguo santuario regio quedaba apropiado por la dinastía que acababa de destronar a los merovingios.

DOS REYES PARA UNA HERENCIA

Antes de morir, Pipino dividió el reino entre Carlos y Carlomán. Ambos fueron proclamados y consagrados el 9 de octubre de 768: Carlos en Noyon y Carlomán en Soissons. El reparto no creó dos Estados compactos. La reconstrucción exacta de sus límites es difícil, pero sabemos que cada hermano recibió partes de Austrasia, Neustria y Aquitania; Carlomán controlaba además Borgoña, Alamania y Provenza, mientras Carlos dominaba una amplia franja que se extendía desde las regiones septentrionales y orientales hasta la fachada atlántica. Los dominios se tocaban y entrelazaban, de modo que gobernar exigía cooperación. La cooperación fue precisamente lo que faltó.

En 769, una rebelión en Aquitania mostró la fragilidad del arreglo. Carlomán acudió a encontrarse con Carlos, pero se negó a participar en la campaña. Carlos continuó solo, sometió a los rebeldes y obligó al duque gascón Lupo a entregarle a su jefe, Hunaldo. El episodio no provocó una guerra entre los hermanos, aunque dejó claro que cada uno buscaba presentarse como verdadero heredero de Pipino.

Bertrada, madre de ambos, trató de mantener un equilibrio familiar y diplomático. En 770 viajó a Italia y promovió el matrimonio de Carlos con una hija del rey lombardo Desiderio, cuyo nombre no conocemos con seguridad. No debe confundirse a esta princesa con Gerberga, la esposa franca de Carlomán: nada demuestra que Gerberga fuese hija de Desiderio. La confusión, repetida en obras modernas, crea una falsa historia de dos hermanas lombardas casadas con los dos reyes francos.



MUSEO DEL PRADO



ASC

Tras la muerte de Carlomán I (izda.) en 771, su esposa Gerberga (dcha.) huyó a Italia con sus dos hijos y algunos seguidores para pedir refugio al rey lombardo Desiderio.

La alianza duró poco. Carlos repudió a la princesa lombarda en 771 y se casó con Hildegarda, perteneciente a una poderosa familia alamana. La decisión ofendió a Desiderio y también disgustó a Bertrada, pero aún no hacía inevitable la conquista de Italia. El equilibrio cambió de forma abrupta el 4 de diciembre de aquel año, cuando Carlomán murió en Samoussy. Las fuentes no explican la causa y no ofrecen indicios sólidos de una muerte violenta.

Carlomán dejaba dos hijos pequeños, pero muchos de sus obispos y magnates se pasaron de inmediato a Carlos. Reunido con ellos en Corbeny, este fue reconocido como rey de todo el territorio franco. Gerberga no aceptó la situación y huyó a Italia con sus hijos y algunos fieles, buscando refugio en la corte de Desiderio. Para Carlos, la presencia de sus sobrinos junto al monarca lombardo suponía una amenaza dinástica real. Dos años después, cuando atravesó los Alpes, la defensa del papado se mezcló con la necesidad de neutralizar a quienes podían disputar su corona.

En 771, Carlos no fundó desde cero un reino nuevo. Heredó una obra construida durante varias generaciones y también sus conflictos pendientes. Pipino de Herstal había convertido una base austrasiana en supremacía política; Carlos Martel había sobrevivido a una guerra civil y gobernado sin corona; Pipino el Breve había unido elección aristocrática, consagración episcopal y alianza pontificia para transformar el poder en realeza. Carlomagno recibiría de ellos soldados, tierras, clientes, monasterios y enemigos. Su grandeza posterior solo se entiende cuando se mira el largo y accidentado camino que llevó a su familia desde el palacio hasta el trono. ■

FAMILIA, CORTE Y PODER

Carlomagno

El hombre bajo la corona

Carlomagno ejerció un poder desconocido hasta el momento, una autoridad basada en alianzas familiares.

SHUTTERSTOCK



Nos adentramos en el retrato íntimo y político de un rey situado entre dos mundos: el guerrero franco que nunca dejó de serlo y el soberano que amplió su autoridad mediante alianzas familiares, una corte en continuo movimiento y una forma de gobierno basada tanto en la presencia personal como en la palabra escrita. El resultado fue un poder de una escala desconocida en Occidente desde hacía siglos. Pero bajo la corona seguía habiendo un hombre, y no siempre resulta fácil distinguirlo del personaje ejemplar que construyeron quienes escribieron sobre él.

EL RETRATO DE LA *VITA KAROLI* Y SUS LÍMITES

Sabemos más sobre el aspecto y las costumbres de Carlomagno que sobre los de casi cualquier otro monarca altomedieval. Se lo debemos, ante todo, a Eginardo, un cortesano que lo conoció durante años y redactó su *Vita Karoli* después de la muerte del emperador, probablemente en la década de 820. En ella no se limitó a resumir campañas y decisiones políticas, describió su corpulencia, su modo de vestir, sus hábitos en la mesa, su pasión por la caza y la equitación, su afición a nadar en las aguas termales de Aquisgrán e incluso su voz, clara pero menos poderosa de lo que habría hecho esperar su físico.

Conviene leer ese retrato con cautela. La *Vita Karoli* no es una biografía en el sentido moderno, sino una obra de exaltación póstuma construida en parte sobre el modelo de las *Vidas de los doce césares* de Suetonio, especialmente la dedicada a Augusto. Eginardo agrupó las cualidades físicas, morales, domésticas y religiosas de su protagonista como correspondía al retrato de un buen gobernante. Eso no convierte sus observaciones en falsas, pero obliga a distinguir entre el recuerdo personal y la composición literaria.



Vita Karoli, escrita por Eginardo entre 830 y 833, fue la primera biografía sobre un rey europeo, al estilo de *Las vidas de los doce césares*.

ASC

Según Eginardo, Carlomagno era alto, de cuerpo ancho y fuerte, cabeza redonda, ojos grandes y vivos, nariz algo más larga de lo común, cabello hermoso, cuello corto y grueso y vientre algo prominente. Su apariencia, añade, conservaba la dignidad tanto de pie como sentado. Gozó de buena salud durante casi toda su vida, aunque en los últimos cuatro años padeció fiebres frecuentes y acabó cojeando de un pie. El cronista también cuenta que desoía a los médicos cuan-

do le aconsejaban abandonar los asados y acostumbrarse a la carne hervida. Son detalles poco solemnes que difícilmente encajan en una estatua sin fisuras y dan al personaje una rara presencia física.

El estudio de los huesos atribuidos a Carlomagno ha permitido contrastar parcialmente esa descripción. Los restos conservados en la catedral de Aquisgrán fueron examinados y medidos en 1988; a partir de esos datos, un equipo encabezado por Frank Rühli publicó en 2010 una estimación de unos 1,84 metros de estatura. Era aproximadamente un doce por ciento más alto que el varón medio de su tiempo, pero de constitución más bien esbelta. El resultado respalda la elevada talla descrita por Eginardo, aunque el análisis antropométrico, por sí solo, no demuestra la identidad de los restos.



ASC/MEISTERDRUCKE

Retrato de Carlomagno en una pintura anónima de la escuela flamenca conservada en la Sociedad de Anticuarios de Londres.

También su relación con la cultura presenta más matices de los que sugiere el tópico del guerrero casi analfabeto. Eginardo afirma que hablaba latín con tanta soltura como su lengua franca y que comprendía el griego mejor de lo que podía expresarse en él. Estudió gramática, retórica, dialéctica y astronomía con maestros de la corte. Intentó además aprender a escribir. Al parecer, guardaba tablillas y cuadernos bajo las almohadas para ejercitar la mano en los ratos libres, pero, según su biógrafo, empezó demasiado tarde y avanzó poco. La escena se ha interpretado durante mucho tiempo como prueba de que Carlomagno no sabía escribir. Hoy se prefiere una conclusión menos tajante. En la Alta Edad Media había distintos grados de alfabetización, y leer, componer un texto, dictarlo y trazar una caligrafía libraria eran habilidades diferentes. Rosamond McKitterick ha defendido que el rey pudo poseer una competencia lectora y documental mayor de la admitida tradicionalmente. Lo seguro es que comprendía el valor político de la escritura y seguía de cerca los textos que se producían en su nombre, aunque no fuese un copista diestro.

En el vestir, en cambio, Eginardo presenta a un soberano apegado a las costumbres francas. Llevaba una camisa y calzones de lino, una túnica ribeteada de seda y las piernas ceñidas con cintas; en invierno se protegía con pieles de nutria o marta y sobre los hombros se echaba un manto azul. Portaba siempre una espada, en ocasiones adornada con oro o piedras preciosas, pero reservaba los atuendos más ostentosos para las grandes festividades. Solo se vistió «a la romana» en dos ocasiones, ambas durante estancias en Roma y a petición

¿SABÍA FIRMAR CARLOMAGNO?

La respuesta depende de lo que entendamos por firmar. En los diplomas carolingios no aparece una firma autógrafa comparable a la actual, sino un monograma formado con las letras de *Karolus*. Era un signo gráfico de autoridad, colocado en la zona donde el documento anunciaba la intervención del rey. A su alrededor figuraban fórmulas solemnes de validación y, en los originales, podía añadirse el sello. La combinación de esos elementos convertía una orden redactada por los escribas de palacio en palabra regia.

El monograma suele reproducirse como si fuera la firma personal de Carlomagno, pero conviene no ir tan lejos. Los oficiales de la cancillería preparaban el documento y trazaban al menos la mayor parte del signo. Se ha propuesto que el soberano completaba algún pequeño trazo central, aunque no puede demostrarse que lo hiciera siempre. Tampoco conocemos una página escrita de su puño y letra que permita comparar caligrafías. Por eso el monograma no resuelve la discusión sobre su capacidad para escribir.

Sí ayuda a entender cómo funcionaba el poder. La autenticidad de un diploma no descansaba en una rúbrica individual, sino en un conjunto de gestos, personas y marcas reconocibles: la orden del rey, el trabajo del notario, la fórmula de reconocimiento, el monograma y el sello. Muchos actos se proclamaban además ante testigos o se conservaban en monasterios e iglesias, cuyos archivos protegían derechos sobre tierras, inmunidades y rentas.

La conservación introduce otra dificultad. Muchos diplomas carolingios han llegado en copias realizadas después, pues el pergamino original se perdió. Algunas comunidades fabricaron documentos falsos para defender privilegios antiguos. Los especialistas comparan fórmulas, escritura, sellos y soportes para distinguir originales, copias y falsificaciones. Por eso ningún monograma aislado basta para autentificar un documento ni para reconstruir la mano del emperador.

La célebre escena de las tablillas bajo la almohada tampoco debe leerse como la confesión de un analfabeto. Eginardo dice que Carlos intentó acostumbrar la mano a formar letras y que obtuvo poco éxito porque comenzó tarde. Podía, sin embargo, hablar latín, seguir lecturas, discutir con sus maestros y comprender documentos. En su mundo, dominar la elegante escritura de un copista era una habilidad especializada. El monograma expresaba justamente esa distancia: no necesitaba escribir todo el diploma para hacerlo suyo ante todos.

ENLACE AL CANAL
x.com/byneontelegram
Ó escanea el código QR:



ASC



SHUTTERSTOCK

El *Busto de Carlomagno,* creado hacia 1350 y conservado en el Tesoro de la Catedral de Aquisgrán, contiene la parte superior del cráneo del emperador.

de los papas Adriano I y León III. La anécdota no es trivial: incluso después de ceñir la corona imperial, su identidad cotidiana siguió siendo inequívocamente franca.

También comía y bebía con moderación, al menos según su biógrafo, que pudo idealizar este aspecto. Detestaba la embriaguez y rara vez ofrecía grandes banquetes fuera de las fiestas señaladas. La cena habitual constaba de cuatro platos, además del asado que los cazadores llevaban en espetones y que era su comida predilecta. Mientras comía escuchaba música o alguna lectura, le interesaban especialmente los relatos históricos y las obras de san Agustín. Tras la comida de mediodía se desvestía, descansaba un par de horas y retomaba después sus ocupaciones. Son escenas de una vida ordenada alrededor del ejercicio, la conversación y el trabajo, aunque procedan de un testigo empeñado en presentar a su señor como modelo de equilibrio.

LOS AÑOS DE FORMACIÓN Y LA SOMBRA DE PIPINO

La fecha de nacimiento de Carlomagno fue durante mucho tiempo objeto de discusión. Eginardo escribió que murió a los setenta y dos años, cálculo del que se dedujo el año 742. Sin embargo, un calendario de Lorsch y una lectura más precisa de los anales han llevado a buena parte de la historiografía reciente a aceptar el 2 de abril de 748. El lugar continúa siendo desconocido; Quierzy, en la actual Francia, es una posibilidad.

Era hijo de Pipino el Breve y Bertrada de Laon, a quien la literatura medieval convertiría mucho después en Berta la del Gran Pie por una supuesta deformidad que no aparece en las fuentes contemporáneas. Creció mientras la familia pipínida culminaba la sustitución de los merovingios y transformaba un poder ejercido desde el cargo de mayordomo de palacio en una monarquía propia, legitimada por la Iglesia.

El 28 de julio de 754, en Saint-Denis, el papa Esteban II ungió a Pipino, a Bertrada y a sus hijos Carlos y Carlomán. Para el niño, aquella ceremonia tuvo una consecuencia duradera, pues mucho antes de gobernar ya había sido incorporado a una dinastía consagrada y colocado bajo la protección de san Pedro. No necesitó justificar desde cero su derecho al trono, como había tenido que hacer su padre en 751.

De su educación conocemos pocos datos concretos. Debió de recibir la formación habitual de un aristócrata franco, es decir, equitación, caza, manejo de las armas y familiaridad con los ritos religiosos y políticos de la corte. Aprendió también a

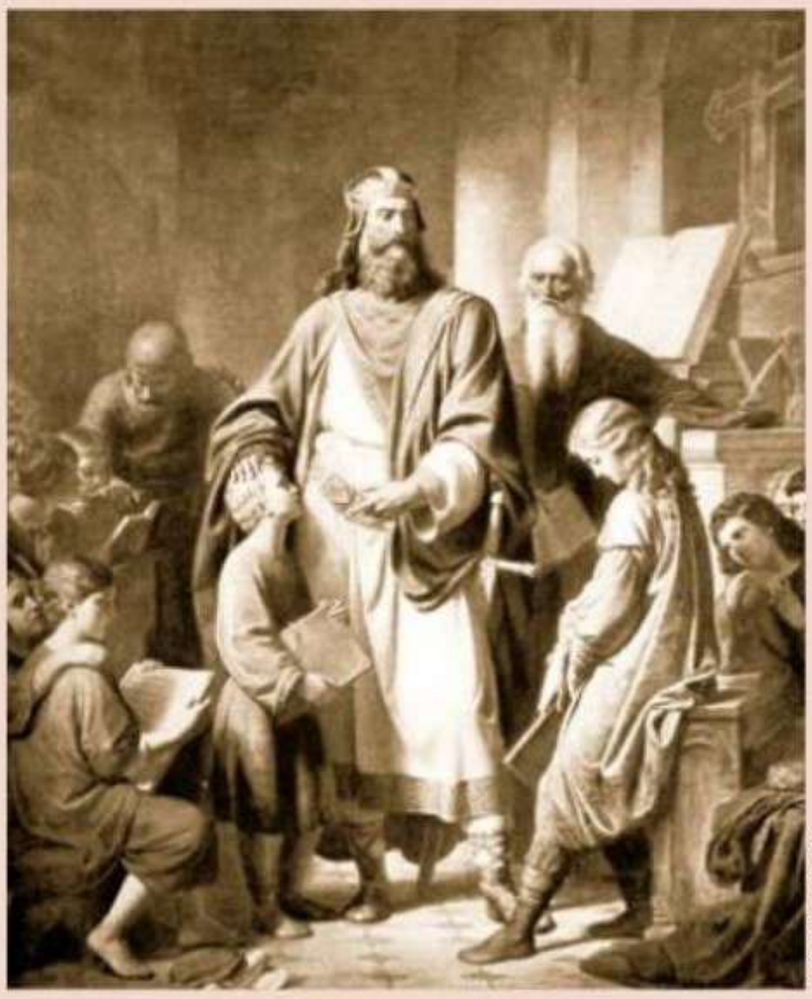
UNA CASA REAL LLENA DE NIÑOS

Eginardo y otras fuentes permiten identificar al menos dieciocho hijos de Carlomagno, nacidos de sus esposas y concubinas. La cifra impresiona, pero no formaban un grupo homogéneo. El origen materno, el reconocimiento paterno, la edad y las necesidades políticas situaban a cada uno en un lugar diferente. Los nueve hijos de Hildegarda ocuparon el centro de la familia legítima; los varones Carlos, Pipino y Luis fueron preparados para gobernar, mientras sus hermanas permanecieron junto al padre. El rey se implicó en su educación. Según Eginardo, niños y niñas estudiaron las artes liberales. Los varones aprendieron además a montar, cazar y manejar las armas; las muchachas se ejercitaron en el hilado y el tejido, labores propias de una gran casa aristocrática y no simples pasatiempos. Cuando Carlos estaba en una residencia, procuraba comer con sus hijos. En los viajes, los varones cabalgaban a su lado y las hijas seguían al séquito protegidas por la guardia. La corte era al mismo tiempo escuela, hogar y escenario político.

La supervivencia alteró varias veces el proyecto sucesorio. Lotario, gemelo de Luis, murió con unos dos años. La pequeña Adelaida tampoco alcanzó la edad adulta. En cambio, Carlos el Joven y Pipino de Italia parecían destinados a heredar buena parte del imperio, pero ambos murieron antes que su padre, en 811 y 810 respectivamente. Cuando Carlomagno falleció en 814, Luis el Piadoso era el único hijo legítimo varón que seguía vivo. La sucesión, diseñada durante décadas para varios herederos, quedó concentrada en uno solo.

Los hijos de las concubinas no fueron necesariamente ocultados. Drogo, nacido de Regina, llegó a ser obispo de Metz; su hermano Hugo dirigió importantes monasterios, y Teodorico, hijo de Adelinda, aparece vinculado a la corte. La Iglesia proporcionaba una salida honorable y útil a los varones sin acceso al trono. Las hijas también podían administrar patrimonio, proteger comunidades religiosas y actuar como intermediarias. En aquella familia extensa, el parentesco era afecto, pero también rango, futuro y servicio.

La muerte del padre deshizo parte de aquel mundo doméstico. Luis el Piadoso reorganizó el palacio y apartó de Aquisgrán a varias hermanas y a los hombres relacionados con ellas. No era únicamente una reacción moral: el nuevo emperador necesitaba imponer su propia casa y reducir los focos de influencia heredados. La familia que había dado estabilidad al largo reinado de Carlos podía convertirse, tras 814, en una red incómoda para su sucesor.



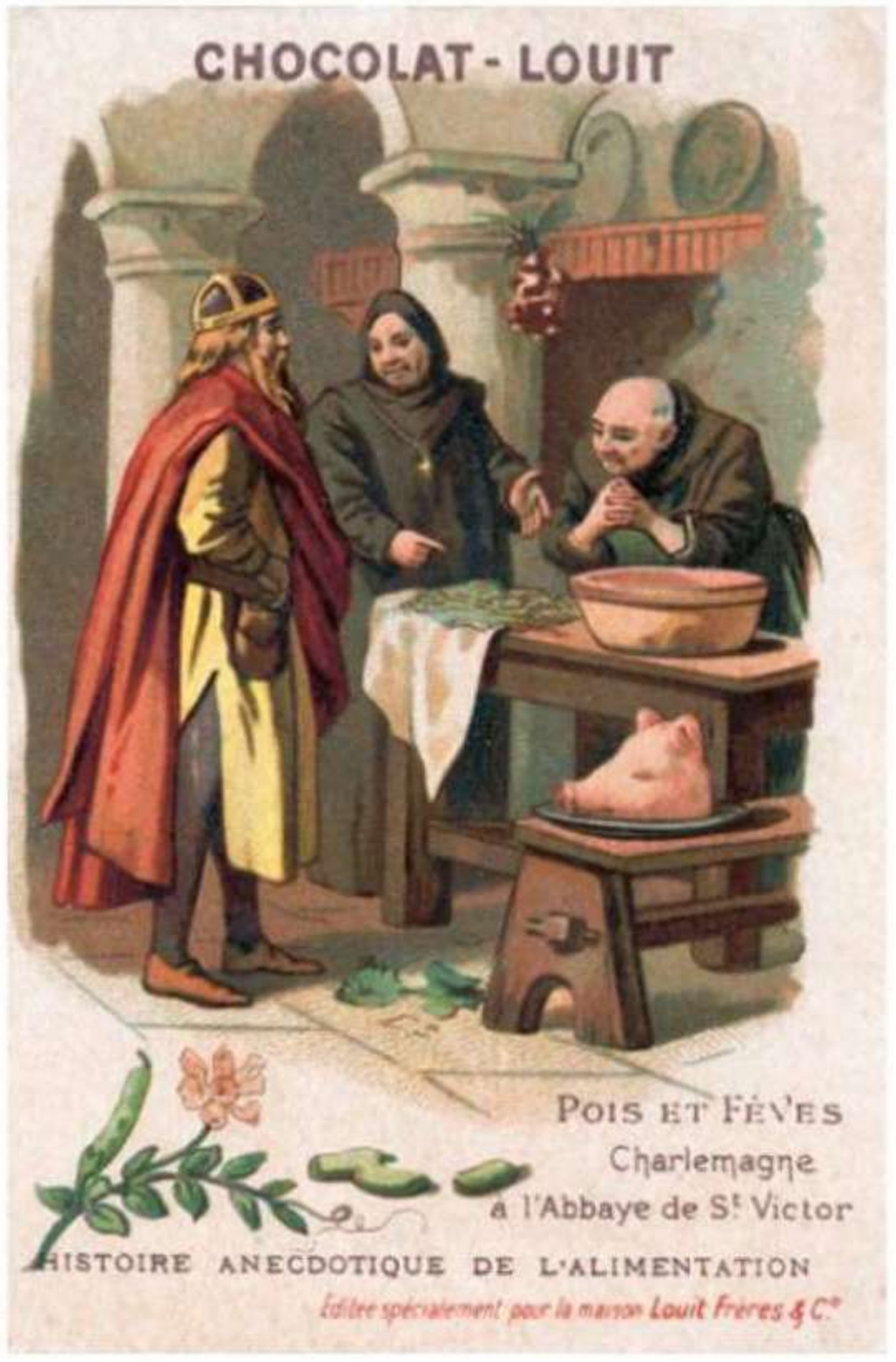
MEISTERDRUCKE

Ilustración de Carlomagno y sus eruditos en la obra *Historia de las Naciones de Hutchinson* (1915), por el pintor austro-italiano Eugen von Blaas.

LA MOVILIDAD DE LA CASA REAL ENTRE PALACIOS Y EXPLOTACIONES ERA UNA DE LAS PRINCIPALES HERRAMIENTAS DEL PODER

gobernar viajando. La casa real se desplazaba entre palacios y explotaciones para consumir las rentas en especie, impartir justicia, celebrar asambleas y hacerse visible ante las élites regionales. Aquella movilidad no era una molestia que hubiera que soportar, sino una de las principales herramientas del poder.

Cuando Pipino murió en 768, Carlos y Carlomán heredaron partes distintas del reino. La convivencia fue tensa y estuvo a punto de desembocar en un enfrentamiento abierto. La muerte inesperada de Carlomán en diciembre de 771 permitió a Carlos apropiarse de los territorios de su hermano, mientras la viuda y los hijos del difunto buscaban refugio en la corte lombarda. Comenzaba así su gobierno en solitario, con un reino, una aristocracia y unas prácticas políticas que no había creado, pero que iba a llevar mucho más lejos que sus predecesores.



ALBUM

Esta cromolitografía de finales del siglo XIX distribuida como cromo coleccionable por Chocolate Louit recrea una escena histórica y legendaria protagonizada por Carlomagno.

MATRIMONIOS, LA POLÍTICA HECHA ALCOBA

En una corte altomedieval no existía una frontera nítida entre vida privada y razón de Estado. Los matrimonios servían para sellar alianzas, asegurar descendencia y vincular al soberano con determinados grupos aristocráticos. Eso no excluía los afectos, pero impedía que la elección de una esposa fuese un asunto exclusivamente personal.

La primera compañera conocida de Carlomagno fue Himiltruda, una noble franca con la que tuvo hacia 769 o 770 a su primogénito, Pipino. La naturaleza jurídica de la unión ha sido muy discutida. Durante años se la presentó como una concubina y se aplicó a la relación la etiqueta *more danico*, impropia de este contexto y muy posterior. Una carta del papa Esteban III, escrita en 770, afirmaba, sin embargo, que Carlos y Carlomán ya estaban unidos a mujeres francas legítimas. Por ello, varios historiadores consideran hoy a Himiltruda la primera esposa de Carlos, aunque su posición quedara deliberadamente oscurecida después de la ruptura.

La misma carta papal intentaba impedir que alguno de los hermanos se casara con una hija de Desiderio, rey de los lombardos. El pontífice censuraba con palabras violentas una alianza que podía alterar el equilibrio político italiano. La advertencia

fracasó. Bertrada viajó a Italia y negoció un acuerdo amplio con la corte lombarda; dentro de él se concertó el matrimonio de Carlos con una hija de Desiderio cuyo nombre se desconoce. «Desiderata», utilizado a menudo para identificarla, es solo una denominación convencional. El enlace duró alrededor de un año. En 771 Carlos repudió a la princesa y la devolvió a su padre. Las fuentes no explican el motivo, por lo que atribuir la decisión a la infertilidad de la esposa o al cambio de situación provocado por la muerte de Carlomán no pasa de ser una conjetura. Sí conocemos las consecuencias. La ruptura agravó la enemistad con Desiderio y se sumó a otros conflictos que desembocarían en la invasión del reino lombardo en 773.



ASC/MEISTERDRUCKE

Representación de Hildegarda de Vinzgau, esposa de Carlomagno (detalle de una carta de juego), obra de Armand Gustave Houbigant.

Carlos se casó entonces con Hildegarda, una joven de familia noble vinculada a la aristocracia alamana. La unión reforzaba la relación del monarca con un territorio integrado por la fuerza en el reino franco apenas una generación antes. También fue su matrimonio más duradero y fecundo. Entre 772 y 783 Hildegarda dio a luz a nueve hijos. Acompañó a su marido en varios viajes, incluidos algunos a Italia, pero no marchó con él hasta Roncesvalles en 778. Mientras el ejército atravesaba los Pirineos, ella permaneció en Chasseneuil, en Aquitania, donde dio a luz a los gemelos Luis y Lotario.

Tres de los hijos varones de Hildegarda ocuparon el centro del proyecto sucesorio. Carlos el Joven fue asociado al gobierno de los territorios francos; el niño llamado Carlomán recibió en Roma el nombre dinástico de Pipino y fue consagrado rey de Italia en 781; ese mismo año Luis fue ungido rey de Aquitania. No eran todavía reinos independientes, sino espacios de poder subordinados a la autoridad paterna y pensados para preparar a los muchachos como gobernantes.

Hildegarda murió el 30 de abril de 783, poco después de su último parto, cuando tenía unos veinticinco años. No es posible establecer la causa. La sucesión de nueve embarazos en once años muestra, en cualquier caso, hasta qué punto la continuidad de la dinastía descansaba sobre el cuerpo de la reina.

Pocos meses después Carlomagno contrajo matrimonio con Fastrada, una noble franca oriental. Tuvieron dos hijas, Teodrada e Hiltruda. Su figura quedó marcada por un retrato hostil: la versión revisada de los *Anales reales francos* y, más tarde, Eginardo atribuyeron a su crueldad las conspiraciones de 785 y 792. Esa explicación permitía descargar al rey de parte de la responsabilidad y reproducía el conocido estereotipo de la madrastra perversa. Otras pruebas ofrecen una imagen

distinta. Las cartas de Carlos muestran preocupación por su salud, y en ausencia del rey Fastrada quedó al cuidado de la familia y de la corte. Murió el 10 de agosto de 794 en Fráncfort.

La última esposa o compañera estable de Carlomagno fue Liutgarda, de origen alamán. Su posición exacta tampoco es del todo clara, algunos textos la llaman esposa y la poesía cortesana le concede el título de reina, aunque no siempre aparece así en la documentación. No tuvo hijos, pero actuó como mediadora en la corte y gozó del aprecio de Alcuino y Teodulfo. Murió enferma en Tours el 4 de junio de 800, acompañada por Carlos y por tres de sus hijos.

GOBERNAR MIENTRAS SE CALZABA

La corte de Carlomagno no conocía una separación clara entre horas privadas y despacho oficial. Eginardo cuenta que, mientras el rey se vestía y se calzaba, recibía a sus amigos y escuchaba asuntos de gobierno. Si el conde de palacio le comunicaba que un pleito requería su intervención, hacía comparecer a las partes, examinaba el caso y dictaba sentencia allí mismo, como si se encontrara sentado en un tribunal. La imagen es muy expresiva: gobernar era una actividad personal que acompañaba al soberano desde que se levantaba.

No debemos convertir esa descripción en un horario exacto. La jornada dependía del lugar, de la estación, de las celebraciones religiosas, de una cacería o de la llegada de embajadores. También cambiaba durante las campañas, cuando la residencia era un campamento y las decisiones debían adaptarse a la marcha del ejército. Aun así, las noticias de Eginardo muestran una corte sin oficinas independientes del monarca. Peticiones, litigios, nombramientos y órdenes terminaban llegando a su entorno inmediato.

Las comidas cumplían igualmente una función política. Carlos solía escuchar música o lecturas, pero alrededor de la mesa circulaban noticias y se estrechaban fidelidades. Ser invitado, ocupar un lugar próximo al rey o poder hablarle sin intermediarios eran privilegios con consecuencias. Lo mismo sucedía en la caza, en las ceremonias religiosas y hasta en los baños de Aquisgrán. La aparente informalidad no anulaba las jerarquías, la proximidad al soberano era una forma de poder que todos podían observar.

La itinerancia exigía preparación. Antes de que llegara el séquito, los administradores debían reunir grano, vino, ganado, forraje y alojamientos suficientes. Mensajeros y documentos enlazaban la residencia ocupada por el rey con territorios muy distantes. Para quien solicitaba justicia o una recompensa, averiguar dónde se encontraba la corte era el primer obstáculo. Aquisgrán redujo esa incertidumbre en los últimos años, aunque nunca convirtió el gobierno en una maquinaria fija.

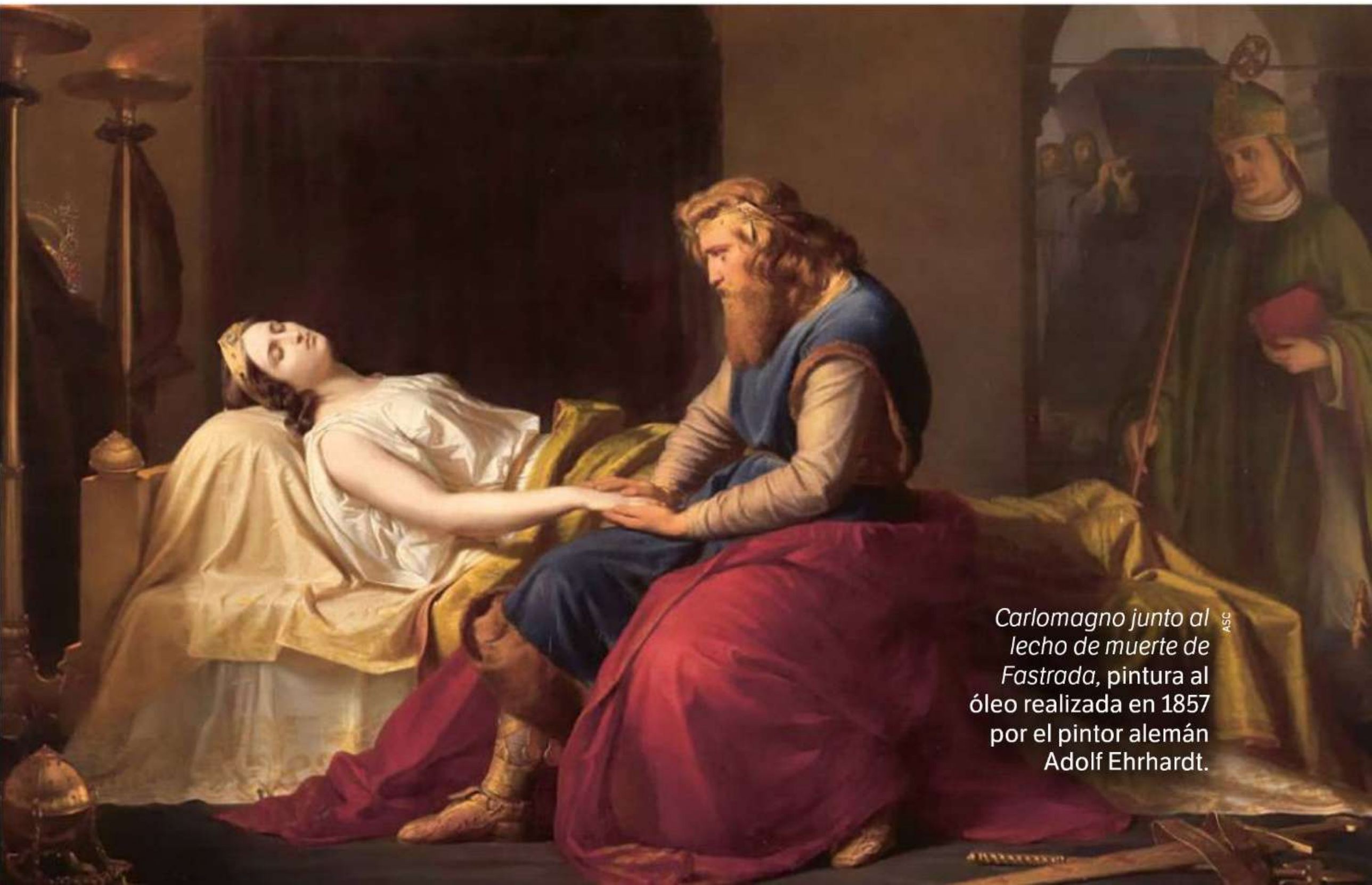
El descanso tampoco parece haber sido apacible. Eginardo asegura que despertaba cuatro o cinco veces cada noche. En verano, después de la comida del mediodía, tomaba fruta y una copa, se descalzaba y dormía dos o tres horas. El retrato mezcla hábitos personales y virtudes atribuidas al gobernante ideal: moderación, resistencia y disponibilidad. Más que ofrecernos una agenda completa, revela el principio que organizaba la corte. Allí donde estaba Carlomagno se encontraba el centro de decisión, aunque el emperador estuviese todavía ajustándose las botas.

SEGÚN LOS *ANALES REALES FRANCOS,* PIPINO Y VARIOS NOBLES PROYECTARON MATAR AL REY Y A SUS HIJOS

Después de Liutgarda, Eginardo menciona varias concubinas: Madelgarda, Gersvinda, Regina y Adelinda, además de los hijos nacidos de ellas. La amplitud de la descendencia aumentaba las posibilidades de supervivencia de la casa, pero también obligaba a establecer jerarquías. Algunos de los hijos no destinados a reinar fueron encaminados hacia la Iglesia; Drogo llegó a ser obispo de Metz y Hugo, abad de Saint-Quentin y Saint-Bertin.

El comportamiento del rey con sus hijas resulta más difícil de explicar. Carlomagno tuvo al menos diez hijas nacidas tanto de sus matrimonios oficiales como de sus concubinas. Nacieron principalmente de su matrimonio más duradero con su esposa Hildegarda de Anglachgau y de su posterior unión con Fastrada: Rotruda, Bertha, Gisela, Hiltrude, Theodrada. De sus concubinas tuvo entre otras a Rutilda, Adalthrudis y Drogo.

Eginardo asegura que las quiso profundamente y que se negó a casarlas, pues no soportaba vivir separado de ellas. Rotruda, Berta, Gisela y sus hermanas permanecieron en la corte, recibieron educación y algunas mantuvieron relaciones de las que nacieron hijos. Berta estuvo unida a Angilberto, con quien tuvo, entre otros, al futuro historiador Nitardo. A Rotruda se le atribuyó una relación con el conde Rorgón, pero no hay pruebas firmes sobre la identidad del padre de su hijo.



Carlomagno junto al lecho de muerte de Fastrada, pintura al óleo realizada en 1857 por el pintor alemán Adolf Ehrhardt. ASC

El afecto paterno pudo ser real, pero la decisión tenía una evidente utilidad política: impedía la aparición de yernos con una base propia de poder y eventuales aspiraciones dinásticas. No sabemos si ese cálculo fue la causa principal. La tolerancia de Carlomagno hacia las relaciones de sus hijas, criticada por Eginardo después de su muerte, muestra que la moral cortesana era más flexible y contradictoria de lo que su programa de reforma cristiana podría hacer pensar.



Un clérigo o noble sorprende en secreto una conversación entre varios conspiradores que planeaban el asesinato de Carlomagno.

EL HIJO DESHEREDADO Y LA FRACTURA ÍNTIMA DEL PODER CAROLINGIO

En 792, una conspiración nacida dentro de la familia real reveló el coste de esas jerarquías. Su protagonista fue Pipino, el primogénito de Carlomagno y de Himiltruda, conocido como el Jorobado. Las fuentes aluden a una deformidad de la espalda, pero no permiten diagnosticarla ni demostrar que lo incapacitara desde niño para gobernar. Su verdadera debilidad fue política, la separación de sus padres y el ascenso de los hijos de Hildegarda lo dejaron sin reino y sin un papel definido.

El gesto más elocuente se produjo en 781, cuando el hijo de Hildegarda llamado Carlomán fue rebautizado como Pipino y consagrado rey de Italia. El nombre de su abuelo, cargado de legitimidad dinástica, pasaba así al hermano menor. El primogénito siguió viviendo en la corte y aparece integrado en la familia real durante los años siguientes, pero su exclusión del reparto sucesorio resultaba cada vez más visible.

La conjura se tramó en Ratisbona. Según los *Anales reales francos*, Pipino y varios nobles proyectaron matar al rey y a sus hijos. Eginardo relacionó después el descontento con la supuesta crueldad de Fastrada, explicación que debe manejarse con prudencia. El resentimiento personal de Pipino parece una causa evidente, aunque la participación aristocrática indica que existía un malestar más amplio y que algunos magnates vieron en el hijo apartado una alternativa útil.

El complot fue descubierto gracias a Fardulfo, un clérigo lombardo que informó al rey y recibió más tarde el prestigioso abadiato de Saint-Denis. La recompensa confirma que su intervención fue considerada decisiva. Carlomagno reunió una asamblea para juzgar a los implicados. Algunos fueron ejecutados; otros recibieron penas menos graves.

Pipino salvó la vida, pero fue tonsurado y enviado al monasterio de Prüm. La tonsura anulaba cualquier pretensión regia y convertía su encierro en una muerte política. Permaneció allí hasta 811. El castigo recuerda la antigua práctica franca de apartar a un rival mediante su ingreso forzoso en la vida religiosa, no un rito reservado específicamente a la dinastía merovingia.



ASC

El palacio de Aquisgrán, diseñado por el arquitecto Eudes de Metz y concluido en el año 814, se convirtió en el centro neurálgico y símbolo de poder del Imperio carolingio.

El episodio fue algo más que una crisis doméstica. En el mundo carolingio, un príncipe excluido podía atraer a aristócratas descontentos y convertir una disputa familiar en una rebelión. La misma tensión había afectado a generaciones anteriores y reaparecería con consecuencias mucho mayores entre los descendientes de Luis el Piadoso. El silencio relativo de Eginardo sobre el conflicto es también significativo: una conspiración encabezada por el primogénito encajaba mal en la imagen de armonía dinástica que su biografía quería preservar.

LA CORTE ITINERANTE Y AQUISGRÁN

Durante la mayor parte de su reinado, Carlomagno gobernó desde una corte itinerante. Ingelheim, Nimega, Worms, Herstal y muchas otras residencias acogieron al soberano, su familia, los dignatarios, los sirvientes y una multitud cambiante de solicitantes y embajadores. Los desplazamientos permitían consumir sobre el terreno las rentas de los dominios reales, pero también impartir justicia, negociar con las élites y hacer visible la autoridad.

Desde mediados de la década de 790, Aquisgrán fue ganando peso hasta convertirse en la residencia preferida del monarca. No era una capital en el sentido moderno ni puso fin a la itinerancia, pero durante los últimos años concentró cada vez más la vida de la corte. La elección tenía una razón íntima, Carlomagno disfrutaba de las aguas termales y de la natación. Eginardo asegura que invitaba a bañarse a hijos, amigos, nobles e incluso miembros de su guardia, de modo que en ocasiones se reunían allí más de cien personas. Alrededor de esas termas levantó un complejo palatino que expresaba sus ambiciones. La capilla, tradicionalmente atribuida a Odón de Metz, combinó modelos tardoantiguos y bizantinos y suele compararse con San Vital de Rávena. Desde esa ciudad italiana se trasladaron a Aquisgrán columnas y mármoles antiguos, así como la estatua ecuestre que entonces se creía de Teodorico. El palacio era residencia familiar, escenario ceremonial y afirmación de continuidad con el pasado romano.

ALREDEDOR DE LAS TERMAS DE AQUISGRÁN CARLOMAGNO LEVANTÓ UN COMPLEJO PALATINO QUE EXPRESABA SUS AMBICIONES

La corte fue además lugar de estudio y discusión. Por ella pasaron Alcuino de York, Pablo Diácono, Teodulfo de Orleans y el propio Eginardo. Carlomagno participaba en ese ambiente con curiosidad y convertía las comidas en ocasiones para escuchar lecturas de historia o de teología. El alcance de la reforma educativa, la producción de manuscritos y la llamada renovación carolingia pertenecen a otro ámbito; aquí importa señalar que cultura y sociabilidad formaban parte de la vida diaria del rey, no un adorno añadido a sus campañas.

AUTORIDAD Y TENSIONES

Familia y corte no eran espacios separados del gobierno. Desde ellas Carlomagno negociaba fidelidades, distribuía cargos y recompensas, recibía peticiones y hacía circular sus órdenes. Los capitulares, entre ellos la *Admonitio generalis* de 789, daban forma escrita a decisiones políticas, religiosas y judiciales; los enviados regios o *missi dominici*, a menudo un eclesiástico y un laico, las transmitían, investigaban abusos y exigían juramentos. Su eficacia dependía, sin embargo, de la colaboración de condes, obispos y aristócratas locales.

El sistema descansaba menos en una administración permanente que en relaciones personales renovadas una y otra vez. Tierra, cargos, botín, proximidad al soberano y prestigio constituían recompensas; la desobediencia podía acarrear confiscación, destierro o muerte. La conjura de 792 demuestra que ni siquiera en la cima de su poder Carlomagno logró eliminar las tensiones creadas por ese equilibrio entre familia y aristocracia.

UN HOMBRE CONSTRUIDO PARA EL PODER

De las fuentes emerge un hombre enérgico, sociable y curioso, capaz de disfrutar de una cacería, un baño colectivo o una lectura durante la cena, pero también un gobernante implacable cuando percibía una amenaza. No separaba familia, ocio y política porque en la realeza altomedieval esas esferas formaban una sola realidad. Cada matrimonio podía alterar una alianza; cada hijo abría una posibilidad sucesoria; cada viaje, banquete o ceremonia reunía a las personas de las que dependía el reino.

Carlomagno no inventó ese modo de ejercer el poder. Lo heredó de varias generaciones de antepasados y lo amplió gracias a sus conquistas, a su extraordinaria longevidad política y a su capacidad para mantener unida a buena parte de la aristocracia. Cuando León III lo coronó emperador en Roma, el 25 de diciembre del año 800, el nuevo título no creó su autoridad, vistió con lenguaje imperial un poder construido durante más de tres décadas. Detrás de él seguía estando el hombre descrito por Eginardo, monumental y contradictorio, inseparable de la familia y de la corte que habían hecho posible su reinado. ■

ALBUM

Miniatura del taller del impresor y editor Antoine Vérard (1450-1519) que representa el ejército de Carlomagno en la batalla de Pavía en el año 760.



EJÉRCITOS, CAMPAÑAS Y LA CONQUISTA DE UN IMPERIO

La máquina de guerra franca

La guerra carolingia no fue un bloque monolítico, sino un sistema sometido a una tensión permanente entre la ambición de Carlomagno y los límites materiales de una economía agraria. Durante generaciones, la imagen de sus huestes se construyó a golpe de crónica cortesana y épica posterior: filas ordenadas de jinetes, lanza en ristre, avanzando de victoria en victoria bajo un mando único. La realidad fue menos brillante y bastante más compleja. Aquel ejército no era profesional ni homogéneo. Reunía contingentes de procedencias y capacidades muy distintas, ensamblados para cada campaña mediante la autoridad del rey y la cooperación —no siempre entusiasta— de condes, obispos, abades y grandes propietarios.

Capitulares, cartas de convocatoria, diplomas y relatos de campaña permiten averiguar cómo funcionó esa maquinaria. El resultado obliga a apartarse tanto de la visión romántica del caballero franco como de la imagen opuesta de unas bandas primitivas que vivían del saqueo. Carlomagno contó con procedimientos de movilización y abastecimiento capaces de sostener operaciones a cientos de kilómetros, pero no dispuso de un aparato estatal moderno. La guerra dependía de la riqueza territorial, de redes de fidelidad y de una logística que condicionaba las expediciones tanto como la estrategia.

Ningún texto carolingio describe un «ejército franco» comparable a una institución permanente. Había obligaciones diferenciadas: unos hombres acudían por orden pública; otros, como vasallos de un señor; las iglesias movilizaban dependientes; las comunidades aportaban carros, animales, alimentos o trabajo. El emperador carecía de un gran cuerpo de soldados asalariados, pero podía convocar cada año fuerzas numerosas, exigir que llegaran equipadas y dirigirlas hacia frentes distintos.



ASC

La caballería de la era carolingia, altamente disciplinada y fuertemente armada, supuso una auténtica revolución militar en la Edad Media.

Esta precisión ayuda a entender la conquista. Explica la importancia de puntos de reunión, caminos, ríos, puentes y forraje; también la necesidad de repetir campañas y combinar fortalezas, pactos, tributos, deportaciones y evangelización. No autoriza a presentar el sistema como una máquina condenada a desmoronarse cuando murió Carlomagno, en 814. Luis el Piadoso heredó recursos militares considerables. Las dificultades posteriores respondieron a luchas dinásticas, cambios políticos y nuevas amenazas, no al fallo automático de un único engranaje.

LAS TRAMPAS DE LAS FUENTES

Antes de reconstruir el sistema conviene advertir sobre las fuentes. Los *Annales regni Francorum*, redactados en la corte, narran las campañas desde una perspectiva favorable a los carolingios. Las

victorias confirman el orden querido por Dios; los adversarios rompen juramentos o reciben castigo. Los reveses pueden silenciarse o reducirse. La primera versión de los anales, por ejemplo, no cuenta la destrucción de la retaguardia franca en los Pirineos en 778. Una redacción posterior y Eginardo sí mencionan la emboscada, aunque sin el detalle que alcanzaría la leyenda de Roncesvalles.

Los capitulares parecen ofrecer terreno más firme porque regulan armas, servicio, multas y aprovisionamiento. También exigen cautela. Una norma expresa lo que el soberano quería imponer, no demuestra que se cumpliera en todas partes. Muchas disposiciones responden a una campaña concreta. Su reiteración puede revelar eficacia, pero también resistencia o abusos. El memorando militar de 811 recoge las quejas de hombres modestos a quienes algunos condes, obispos y abades obligaban a acudir repetidamente al ejército hasta empobrecerlos.



ALBUM

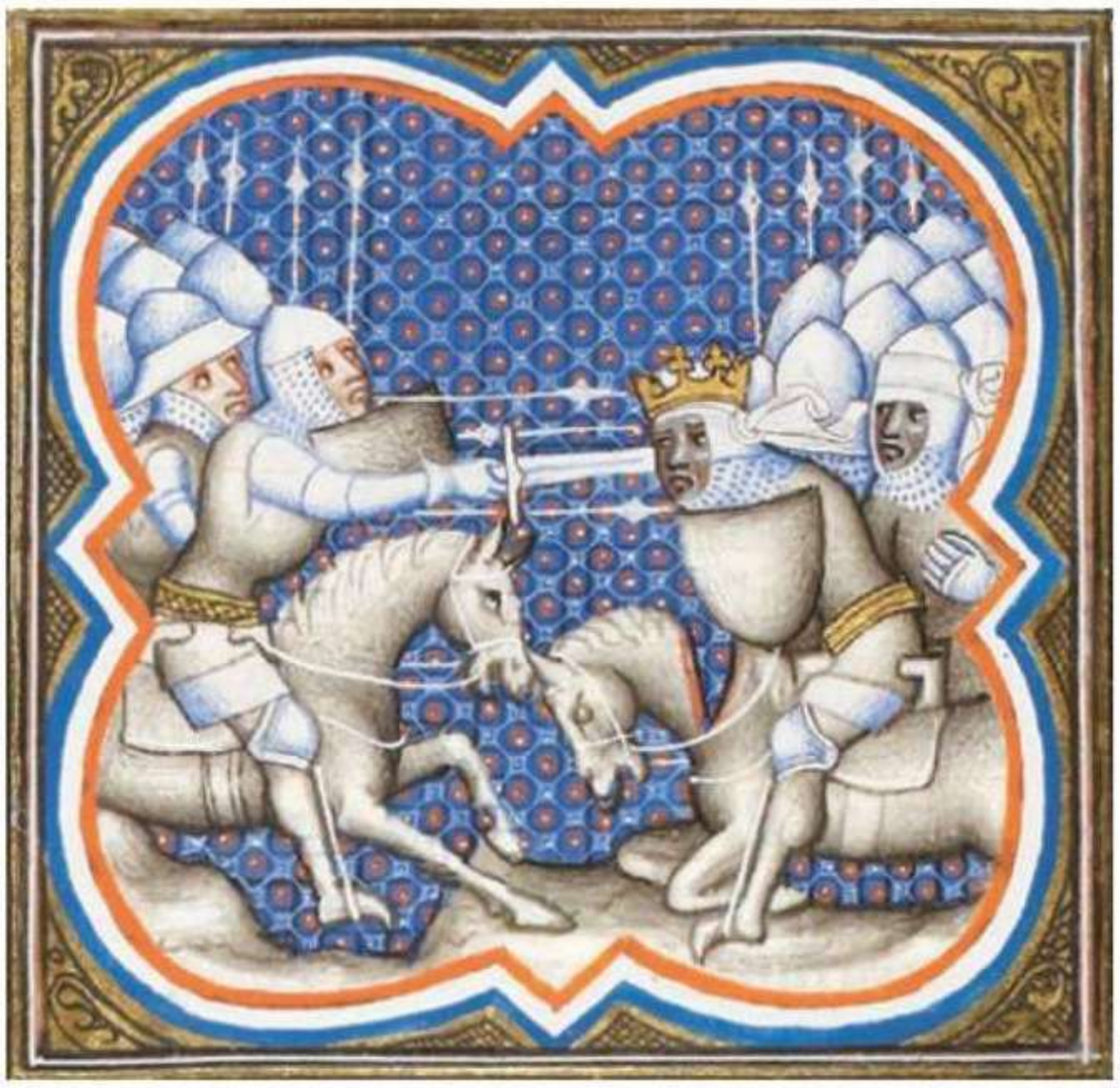
Carlomagno y su ejército fuera de las murallas de Pamplona, miniatura de un manuscrito iluminado del siglo XIV.

Las cifras plantean otro problema. Los relatos altomedievales emplean ejércitos «innumerables» y números redondos de valor retórico. Los especialistas discrepan al calcular los efectivos de Carlomagno. Algunos modelos admiten movilizaciones de decenas de miles de personas, incluidos sirvientes y personal de apoyo; otros subrayan las limitaciones del transporte y prefieren fuerzas menores. No existe base documental para fijar una cifra general ni para afirmar que rara vez se superaron los diez mil hombres. Cada expedición tuvo una escala diferente.

EL *BANNUM* Y LA ARITMÉTICA DE LOS MANSOS

La obligación militar partía del *bannum*, la facultad regia de ordenar y castigar. La historiografía alemana popularizó el término *Heerbann* para designar la leva, pero las fuentes latinas emplean voces como *bannus*, *hostis* o *exercitus*. *Heribannum* suele referirse a la multa por desobedecer la convocatoria. La idea de que todo hombre libre debía defender el reino existía como principio, aunque no significaba que todos marcharan siempre, a cualquier distancia y con idéntico equipo. La movilización dependía de la campaña, del patrimonio, de la relación con un señor y de las necesidades de defensa local.

Una disposición de 808 muestra con especial claridad cómo se graduó la carga. El hombre libre que poseía cuatro mansos, en propiedad o como beneficio, debía equiparse y acudir con su señor o con el conde. Quien tenía tres se asocia-



ASC

La batalla de Roncesvalles (778) y la trágica muerte del caballero Roldán, sobrino de Carlomagno, es uno de los temas más representados en las iluminaciones del medievo.

ba con el poseedor de uno; dos propietarios de dos mansos sostenían a uno de ellos; y cuatro hombres con un manso cada uno elegían y financiaban al que marcharía. No conviene convertir esta regla en un censo universal. El manso no tenía una superficie fija, era una unidad de explotación cuyo tamaño y rendimiento variaban según la región. El umbral de cuatro respondía a aquella convocatoria y coexistió con otros criterios de riqueza y servicio.

El agrupamiento pretendía que el combatiente llegara con medios suficientes sin vaciar de trabajadores las explotaciones. Quienes permanecían contribuían al armamento, la comida y los gastos. Otros habitantes podían quedar sujetos a guardias, transporte, reparación de puentes o defensa local. La movilización tampoco se limitaba a pequeños propietarios libres. Séquitos aristocráticos, vasallos y dependientes podían formar parte de la hueste de un señor.

La incomparecencia se castigaba con el *heribannum*, fijado en algunos textos en sesenta sueldos, una cantidad enorme para un hombre modesto. El capitular de Boulogne de 811 preveía que quien no pudiera pagar quedara en servidumbre del soberano hasta saldar la deuda, sin transmitir esa condición a sus herederos. La deserción sin permiso, llamada *herisliz*, podía entrañar penas mucho más graves. Detrás de esta severidad se percibe una dificultad recurrente, la de conseguir que hombres y señores cumplieran la convocatoria sin aprovecharla para ajustar cuentas, proteger clientes o apoderarse de tierras ajenas.

La imagen del campesino que combatía unas semanas y regresaba para la cosecha contiene algo de verdad, pero no resume todas las situaciones. Las campañas podían prolongarse durante meses y algunas continuaron en invierno. Quienes marchaban lejos asumían una carga superior a la de quienes vigilaban una frontera próxima. El servicio fue una herramienta de poder y un foco de negociación social.

LAS *SCARAE*: DESTACAMENTOS PARA MISIONES CONCRETAS

Frente a la movilización amplia, más lenta, las fuentes mencionan unidades llamadas *scarae* —singular, *scara*—, término germánico latinizado que significa grupo o contingente. Se las encuentra en operaciones que exigían rapidez, disciplina o una misión delimitada. Podían actuar como vanguardia, perseguir a un enemigo, proteger

un punto sensible o intervenir sin esperar la reunión de una fuerza mayor. Su composición exacta no aparece definida y probablemente cambió según el contexto.

Parte de la historiografía ha visto en ellas cuerpos escogidos, quizá integrados por vasallos regios o aristocráticos. Es posible, pero la palabra no demuestra que existiera una guardia profesional permanente, exclusivamente montada y organizada siempre igual. Un capitular de 811 distingue el servicio en una *scara* de obligaciones como la guardia o la guarnición; no dice cuántos hombres componían cada unidad ni durante cuánto tiempo permanecían movilizados. La importancia

ARMAS FUNDAMENTALES DEL EJÉRCITO CAROLINGIO

El equipo dependía de la riqueza, misión y posición del guerrero. No hubo uniforme, aunque algunas órdenes regias fijaron mínimos.

La lanza fue probablemente el arma más extendida. Servía a pie y a caballo, para acometer, mantener distancia o arrojarse según el tipo de asta y la situación. Las fuentes latinas emplean términos como *lancea* y *hasta*; *framea*, tomado de autores antiguos, no designa con precisión un modelo carolingio. La espada, recta y de doble filo, era más cara y prestigiosa. Las hojas variaban de longitud y calidad, y podían transmitirse, regalarse o formar parte de un pago. No todos los hombres libres poseían una.

El arco tuvo un papel más visible de lo que sugiere la iconografía heroica. El capitular de Aquisgrán pidió a ciertos movilizados arco, dos cuerdas y doce flechas; la carta a Fulrado lo incluyó entre las armas de cada jinete. Arqueros a pie y hombres montados podían emplearlo en escaramuzas, defensa y asedios. El *seax* o cuchillo de un filo continuó usándose, aunque perdió la prominencia de siglos anteriores. La francisca, hacha arrojadiza asociada a los francos merovingios, parece rara en el registro carolingio.

El escudo era la defensa básica. Se fabricaba con madera y podía reforzarse con cuero, pintura y piezas metálicas; su forma no fue siempre idéntica. La cota de malla, llamada *brunia* o *lorica* en distintos textos, protegía a los mejor equipados y poseía gran valor económico. En 811 se prohibió a rectores de iglesias vender o regalar cotas y espadas a personas ajenas sin autorización imperial. Otra disposición de 805 limitó el comercio de armas y armaduras hacia eslavos y ávaros. Estas normas muestran su importancia estratégica, aunque no prueban un monopolio estatal de la producción.

Los cascos aparecen en textos e imágenes, pero sobreviven pocos ejemplares que puedan atribuirse con seguridad al mundo carolingio. Conviene no convertir el casco cónico con nasal, familiar por representaciones posteriores, en equipo universal de los soldados de Carlomagno. Lo mismo vale para la armadura de todos los jinetes: caballo y lanza no implicaban necesariamente cota de malla.

En los asedios, las herramientas eran tan importantes como las armas. Hachas, palas, barrenas y tablones permitían levantar defensas, abrir caminos, construir puentes y excavar. Los francos conocían técnicas de asalto y máquinas heredadas de tradiciones anteriores, pero la evidencia concreta es desigual. El cerco prolongado, la negociación y el control de suministros explican muchas conquistas mejor que una escena espectacular de torres y catapultas.

de las *scarae* reside en esa flexibilidad. El soberano combinaba núcleos de confianza, séquitos aristocráticos y contingentes más amplios según el objetivo.

LOS CONDES, LA BISAGRA ENTRE LA CORONA Y EL TERRITORIO

El conde hacía efectiva en el territorio buena parte de la convocatoria regia. Dentro de su *pagus* debía transmitir la orden, reunir a quienes estaban obligados, comprobar su equipo y conducirlos hasta el punto de concentración. El capitular de Aquisgrán exigía que cada hombre llevara lanza, escudo, arco con dos cuerdas y doce flechas, y encargaba a condes, obispos y abades inspeccionar a sus propios contingentes. Una carta dirigida al abad Fulrado en 806 fija incluso el lugar y el día de reunión en Sajonia, además de enumerar armas, herramientas, carros, ropa y provisiones. La orden podía transmitirse mediante cartas, mensajeros y mandatos específicos, adaptados al origen y destino de la expedición. La reunión era escalonada. Se movilizaban los grupos locales, marchaban bajo sus responsables y confluían en el lugar designado, donde el rey decidía la dirección final.

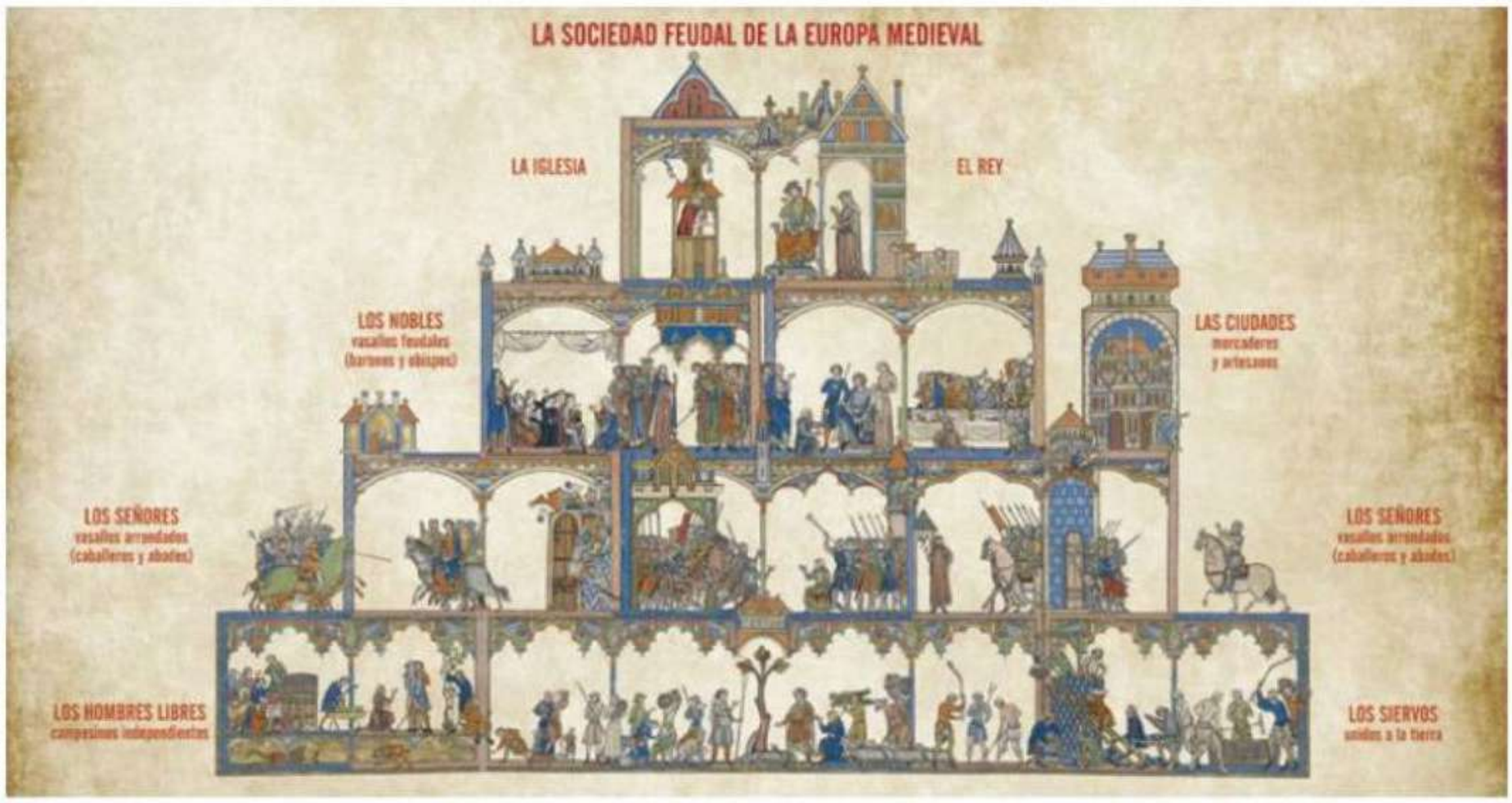
Este mecanismo dependía de vínculos personales, pero también de un oficio público reconocido. El conde no era un funcionario moderno ni un señor completamente autónomo. Actuaba en nombre del soberano y obtenía prestigio, rentas y oportunidades gracias a esa posición. A la vez, poseía intereses propios y redes de parentesco y clientela. Las normas de 811 muestran las fricciones. Algunos hombres alegaban depender de otro señor para eludir al conde; otros recurrían a los *missi* imperiales; ciertos poderosos retenían en casa a vasallos que debían marchar. El gobierno respondía con inspecciones, multas y amenazas de pérdida del cargo o del beneficio. No fue mera negociación ni obediencia automática. Había coerción y sanciones, pero su aplicación pasaba por personas cuya cooperación era indispensable. La fuerza del sistema nació de esa red; sus abusos también.

LA IGLESIA EN ARMAS: OBISPOS Y ABADES

Las instituciones eclesiásticas estaban integradas en la guerra porque controlaban tierras, rentas y hombres. Monasterios y obispados con inmunidad podían movilizar dependientes, mientras sus titulares respondían ante el rey. La carta a Fulrado se dirige a un abad al que se ordena presentarse con sus hombres armados y abastecidos. La Iglesia no estaba al margen de la conquista.

No conservamos, sin embargo, un registro completo que establezca abadía por abadía una cuota calculada siempre según el número de mansos. Hubo obligaciones graduadas y listas de contribuciones, pero algunas pruebas citadas con frecuencia pertenecen a épocas posteriores. El célebre *Indiculus loricatorum*, que enumera contingentes de guerreros acorazados proporcionados por iglesias y nobles, se fecha en 981, bajo Otón II, no en tiempos de Carlomagno. No puede

LOS GRANDES DOMINIOS ECLESIÁSTICOS SE CONVIRTIERON EN APOYOS FUNDAMENTALES DE LA GUERRA REGIA



La sociedad estaba organizada de forma jerárquica en tres grandes grupos cerrados o estamentos, cuya posición dependía de la función que cumplían y de la posesión de la tierra.

utilizarse como si fuera un organigrama del ejército carolingio, aunque ayuda a comprender la continuidad de ciertas prácticas en el mundo poscarolingio.

La relación entre clero y armas tampoco se resolvía siempre enviando a un delegado laico. Obispos y abades acompañaron campañas, asesoraron al rey, organizaron contingentes y, en ocasiones, ejercieron el mando. Las prohibiciones canónicas contra el derramamiento de sangre clerical convivieron con una realidad política en la que los prelados eran magnates del reino. Algunos permanecían lejos del combate directo; otros tuvieron una participación difícil de separar de la acción militar. La casuística fue más variada de lo que sugiere una regla única.

Los grandes dominios eclesiásticos podían suministrar caballos, carros, cereal, ganado, herramientas y especialistas. Su administración los convertía en apoyos decisivos. No es necesario imaginar arsenales uniformes en Fulda o Saint-Denis, de los que no poseemos inventarios completos, para reconocer ese papel.

Hablar de «militarización» puede inducir a error si implica que monasterios y diócesis se transformaron en cuarteles. Hubo una imbricación entre poder religioso, riqueza y servicio público. La guerra regia dependía de los patrimonios eclesiásticos tanto como de los laicos.

LOS GRANDES PROPIETARIOS LAICOS. ENTRE EL CONDADO Y LA ALDEA

Por debajo de condes y prelados existía un amplio estrato de propietarios y señores locales, no siempre titulares de un cargo público, que poseían explotaciones repartidas por una o varias regiones. Su papel resulta difícil de medir porque las fuentes iluminan mejor a las grandes familias y a las instituciones. Aun así, fueron esenciales para convertir una orden regia en hombres, animales y suministros.

Los propietarios acomodados podían acudir con caballo, armas y dependientes. Otros entraban en las asociaciones previstas por los capitulares para sostener a un solo combatiente. Los vasallos servían con su señor o eran enviados junto al

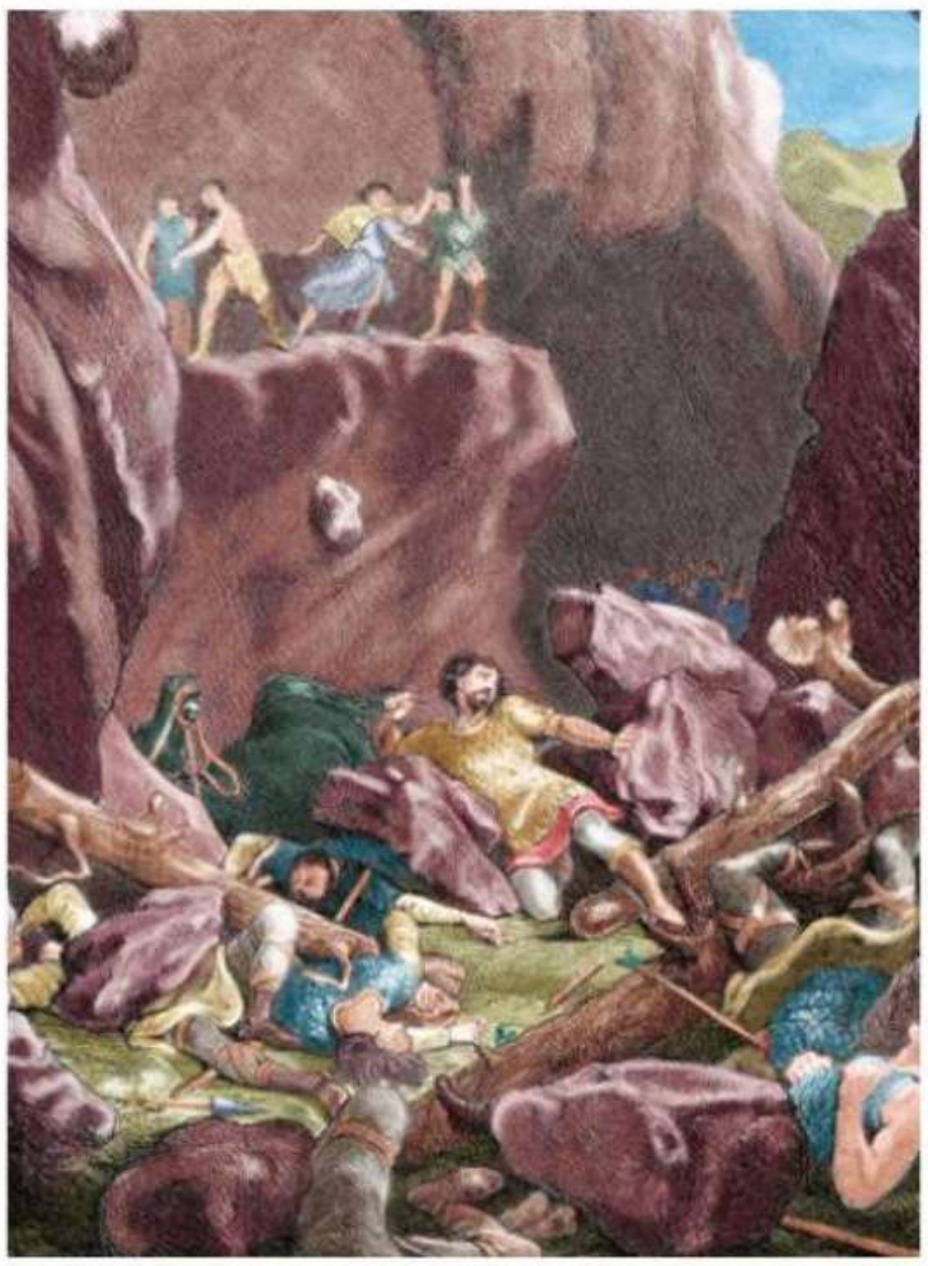
conde, y las disposiciones imperiales trataban de impedir que una fidelidad privada anulase la obligación pública. En la práctica, ambos vínculos se reforzaban o competían según las circunstancias.

La campaña ofrecía recompensa además de riesgo: botín, cautivos, honores, beneficios y proximidad al soberano. No podemos trazar una promoción lineal desde el pequeño propietario hasta la aristocracia condal, ni afirmar que Carlomagno distribuyera sistemáticamente tierras sajonas o pirenaicas entre una clase media de guerreros. El servicio y el favor regio podían elevar a una familia, mientras el coste de las expediciones debilitaba a otra. La guerra redistribuía riqueza y dependencias, pero no según un plan uniforme.

EL ARMAMENTO Y EL DEBATE DEL ESTRIBO

Entre los guerreros mejor equipados figuraban los hombres con caballo, espada, lanza, escudo y cota de malla. Era un conjunto caro, inaccesible para buena parte de la población. Los textos legales asignan valores elevados a armas y monturas y restringen su venta en determinadas circunstancias. Pero incluso dentro de la élite existían diferencias: no todos llevaban la misma protección, ni toda persona que viajaba a caballo combatía como jinete pesado.

La relación entre caballería, propiedad y origen del feudalismo alimentó uno de los debates clásicos de la historia medieval. En 1962, Lynn White propuso que la difusión del estribo entre los francos había hecho posible la carga con la lanza sujeta bajo el brazo. Para sostener a ese nuevo combatiente, Carlos Martel habría concedido tierras, desencadenando una transformación militar y social que conduciría al feudalismo. La explicación resultaba atractiva porque enlazaba una innovación técnica con un cambio político de gran alcance.



ALBUM

Este grabado coloreado del siglo XIX ilustra la célebre emboscada de Roncesvalles, ocurrida el 15 de agosto de 778.

Las objeciones aparecieron pronto. Peter Sawyer y Rodney Hilton señalaron el determinismo de la tesis; Bernard Bachrach discutió su cronología y sus presupuestos militares. La arqueología confirma que el estribo llegó a Europa occidental antes y se difundió de forma gradual, sin provocar una ruptura súbita. Tampoco existe evidencia suficiente de que la carga de choque con lanza fija organizara el combate franco del siglo VIII, ni de que las concesiones de tierra respondieran a una única innovación. El caballo proporcionaba velocidad de marcha, capacidad de reconocimiento, prestigio y ventaja táctica, pero ninguna de esas funciones basta para explicar por sí sola la evolución de la aristocracia.

El error sería proyectar sobre Carlomagno al caballero de los siglos XI o XII. Sus jinetes

EL ENIGMA ULFBERHT

Las llamadas espadas Ulfberht forman un grupo de hojas de doble filo que llevan el nombre —con múltiples grafías— incrustado en el metal. Las variantes más conocidas son +VLFBERH+T y +VLFBERHT+. Se datan aproximadamente entre finales del siglo VIII o comienzos del IX y el siglo XI, de modo que no pertenecen a un único reinado ni pueden identificarse sin más como «la espada de Carlomagno».

Alan Williams reunió alrededor de un centenar de ejemplares conocidos y analizó metalúrgicamente 44. Otros catálogos amplían la cifra, según qué inscripciones y fragmentos acepten. La concentración de hallazgos en Escandinavia y el Báltico contrasta con el origen probablemente franco o renano del nombre Ulfberht. Pudo comenzar como nombre personal y convertirse después en marca de taller, familia, institución o calidad. Tres siglos de producción y las numerosas grafías excluyen que todas las hojas salieran de las manos de un solo herrero.

Tampoco comparten una tecnología única. Williams identificó en varias espadas con la grafía +VLFBERH+T acero hipereutectoide muy limpio, compatible con acero de crisol, mientras otras fueron fabricadas con acero o hierro de menor calidad y procedimientos distintos. Algunas inscripciones torpes pueden ser imitaciones de una marca prestigiosa, pero una grafía diferente no basta por sí sola para declarar falsa una hoja. El conjunto refleja calidades, talleres y cronologías diversos.

El acero de crisol se producía en Asia central, Persia y la India. Su presencia en algunas Ulfberht sugiere que materia prima oriental llegó a artesanos europeos por redes de larga distancia. No demuestra que todas fueran de acero de crisol ni permite reconstruir una ruta concreta hasta el Rin.

Las prohibiciones carolingias de vender armas a eslavos y ávaros o de entregar cotas y espadas eclesiásticas a extraños muestran la voluntad de controlar bienes militares valiosos. No mencionan expresamente las hojas Ulfberht ni prueban que se dictaran para impedir su llegada a los vikingos. La abundancia de ejemplares en el norte puede explicarse por comercio, regalo, botín o circulación de guerreros. Su verdadero interés está precisamente ahí: en revelar que la guerra franca formaba parte de un mundo de intercambios mucho más amplio que las fronteras del imperio.

podían combatir con lanza, espada, arco o venablo y actuar de maneras distintas según el terreno. Las fuentes no permiten afirmar que desmontaran con tanta frecuencia como cabalgaban, pero sí aconsejan separar movilidad estratégica y táctica de carga. La expansión franca descansó en fuerzas montadas importantes, no en una supuesta revolución instantánea del estribo.

LA INFANTERÍA, LA FUERZA OLVIDADA

La infantería continuó siendo imprescindible. Los hombres a pie escoltaban convoyes, ocupaban terreno, protegían campamentos, trabajaban en asedios y combatían en formación. La carta de 806 incluye en los carros hachas, azuelas, barrenas, tablones y palas: una campaña necesitaba abrir caminos, reparar pasos, fortifi-

carse y superar obstáculos, tareas imposibles para una reducida élite montada. Su armamento variaba. La lanza y el escudo eran comunes; el arco, como decíamos, aparece expresamente exigido en algunos capitulares, junto con dos cuerdas y doce flechas. La espada era más costosa y no definía por sí sola la condición libre. La *francisca*, hacha arrojadiza característica de los francos merovingios, parece haber perdido protagonismo en época carolingia. Su nombre deriva de los francos, no al contrario. Es erróneo decir que el arma dio origen al etnónimo del pueblo.

No conocemos la proporción de infantes y jinetes. Algunos podían viajar montados y combatir a pie; otros se ocupaban de carros, animales o máquinas. Las categorías modernas separan funciones que entonces se solapaban. El peso de los asedios y de la logística hace improbable una guerra dominada solo por caballería pesada.

La literatura heroica prefirió el choque individual, pero la conquista se decidió a menudo ante murallas, en bosques, vados y caminos. Allí importaban la disciplina colectiva, las herramientas y el número de brazos. Restituir a la infantería su lugar no significa negar la importancia social de los jinetes; significa comprender que ningún caballo tomaba por sí solo una ciudad ni mantenía abierto un convoy.

LOGÍSTICA: FORRAJE, GRANO Y DOMINIOS REGIOS

El abastecimiento imponía el límite cotidiano de la guerra. Una columna debía alimentar a combatientes, acompañantes, caballos, bueyes y otros animales; trasladar armas, ropa y herramientas; y hacerlo sin destruir antes de tiempo los territorios por los que pasaba. El forraje era especialmente difícil de transportar por su volumen, de modo que la disponibilidad de pastos, agua y grano condicionaba rutas y fechas. Cuanto mayor era la hueste, más breve podía ser su permanencia en un mismo lugar.

La convocatoria dirigida a Fulrado en 806 ofrece una imagen excepcional. Cada jinete debía llevar escudo, lanza, espada larga, arma corta, arco, carcaj y flechas. Los carros transportaban útiles de carpintería y excavación, provisiones para tres meses desde la asamblea y ropa y armas para seis. La orden también prohibía apropiarse durante la marcha de otra cosa que hierba, leña y agua. En 811 se precisó que los tres meses de comida empezaban a contarse al cruzar determinadas fronteras —el Rin, el Elba, el Loira o los Pirineos, según la ruta—, no necesariamente al salir de casa. Las exigencias eran, pues, importantes y a la vez adaptadas a la distancia.

Esto no significa que cada soldado cargara individualmente con todo lo necesario. Los responsables reunían carros, animales y provisiones; las comunidades contribuían; los condes debían mantener puentes y embarcaciones y reservar parte del forraje. A partir del punto previsto, el ejército recurría asimismo a compras, tributos, requisas, forrajeo y botín. La distinción entre aprovisionamiento organizado y explotación del terreno no era absoluta. Además, los palacios y dominios regios ayudaban a sostener al monarca, a su corte y, en determinadas ocasiones, a las

LA CARTA A FULRADO ORDENABA QUE CADA SEÑOR MARCHASE JUNTO A SUS HOMBRES PARA IMPEDIR ABUSOS



ALBUM

Durante el verano las comunidades feudales se volcaban por completo en la recolección del cereal, el cual constituía el sustento base de la población.

tropas. Las grandes propiedades eclesiásticas y aristocráticas completaban esa base. Sería excesivo describirlas como una red estatal de depósitos diseñada de antemano para todas las invasiones. Su distribución, unida a la navegación fluvial, las antiguas vías, los puentes y los recursos locales, facilitaba la concentración y el tránsito. Las rutas hacia Sajonia o el Danubio se repitieron porque combinaban objetivos estratégicos, corredores geográficos y posibilidades de abastecimiento.

La logística también explica la atención a la disciplina. Una fuerza que saqueaba a sus propios súbditos antes de llegar al frente perdía apoyos y provisiones. La carta a Fulrado ordenaba que cada señor marchase junto a sus hombres para impedir abusos. La maquinaria franca no solo debía mover personas: debía contenerlas.

EL CALENDARIO BÉLICO. UNA ESTACIONALIDAD FLEXIBLE

El clima y el ciclo agrario daban ritmo a las campañas. La primavera avanzada y el verano ofrecían pastos, días largos y mejores caminos; también permitían reunir hombres tras ciertas labores del campo. Las asambleas generales, conocidas tradicionalmente como «campo de marzo» o «campo de mayo», servían para tratar asuntos políticos y militares, aunque no existió un calendario rígido ni todas las expediciones partieron de una misma reunión.

La necesidad de regresar para la cosecha limitaba a algunos combatientes, pero no a todos por igual. Las campañas podían comenzar antes, extenderse hasta el

otoño o continuar durante el invierno. El asedio de Pavía, iniciado en 773 y concluido en junio de 774, es el ejemplo más claro de una operación que desbordó la estación habitual. Las guarniciones y los séquitos más estables tampoco se disolvían al terminar el verano.

La repetición anual fue decisiva en Sajonia, donde cada avance podía provocar nuevas sumisiones y revueltas. En el reino lombardo o el territorio ávaro, divisiones internas, alianzas, asedios y apropiación del tesoro aceleraron el desenlace. Carlomagno combinó devastación, juramentos, bautismos, rehenes, deportaciones y negociación con élites. La guerra estacional era parte de una estrategia más amplia.

EXPLORADORES, MENSAJEROS E INFORMACIÓN

Las fuentes dejan entrever hombres enviados por delante de la hueste para reconocer caminos, vados, posiciones enemigas y recursos. Otros llevaban órdenes entre columnas, aliados y guarniciones. La coordinación de fuerzas que avanzaban por rutas distintas hacia Sajonia, Italia o el espacio danubiano habría sido imposible sin mensajeros fiables y conocimiento local. No sabemos si esos exploradores formaban una categoría estable de «caballería ligera». El reconocimiento podía confiarse a jinetes del séquito, habitantes de la frontera, guías, aliados o partidas reunidas para la ocasión. Su silencio relativo en las crónicas refleja la preferencia de los autores por las decisiones del rey, no su falta de importancia.

Un camino bloqueado, una crecida o un adversario esquivo podían alterar el plan. La emboscada pirenaica de 778 muestra el coste de atravesar terreno difícil con una columna alargada. Carlomagno organizó campañas simultáneas, pero las comunicaciones no eran infalibles.



ALBUM

Detalle del fresco de Rafael que ilustra la coronación de Carlomagno como emperador de los romanos por el papa León III en la Navidad del año 800 en la Basílica de San Pedro en Roma.

FORTIFICACIONES, PUENTES Y CONTROL DEL TERRITORIO

La expansión franca exigió tomar, reutilizar y levantar fortificaciones. Las fuentes hablan de ciudades, campamentos, castillos y plazas defendidas con vocabulario variable; *burgus* es uno de esos términos, no el nombre de una red uniforme planificada desde Aquisgrán. Antiguos recintos romanos, centros episcopales, fortalezas indígenas y obras nuevas podían servir como bases, refugios, depósitos o puntos de control.

En el sur de los Pirineos, Girona se incorporó al dominio franco en 785 y Barcelona cayó en 801 tras un prolongado asedio. Es preferible hablar de condados fronterizos o usar «Marca Hispánica» como denominación historiográfica, no como una circunscripción unitaria gobernada desde el principio por un único margrave. En Sajonia y en el este, ríos, puentes, campamentos y plazas fuertes apoyaron tanto la penetración militar como la autoridad de condes y obispos.



ASC/MEISTERDRUCKE

Soldado de la caballería pesada carolingia del siglo VIII, con sus características cota de malla *(brunia)* y lanza, según una ilustración de Giorgio Albertini.

No todas aquellas posiciones albergaron guarniciones permanentes ni tuvieron una función fiscal idéntica. Algunas se ocupaban durante una campaña; otras protegían un paso o una comunidad. La defensa descansaba también en guardias locales y convocatorias de emergencia. La guerra de asedio fue central, pero su técnica no debe adornarse sin pruebas. El bloqueo, el hambre, la devastación del entorno, la negociación y la traición podían ser más eficaces que un asalto. Los carolingios conocían máquinas y trabajos de ingeniería, aunque las fuentes no confirman el empleo de torres, arietes y catapultas en todos los episodios que la historiografía les ha atribuido. Pavía capituló después de meses de cerco; el llamado Anillo de los ávaros cayó en un contexto de luchas internas y expediciones sucesivas. La paciencia podía ser un arma tan útil como la fuerza.

La máquina de guerra franca fue menos uniforme y más adaptable de lo que sugiere la metáfora. Su eficacia procedía de hacer converger recursos públicos, fidelidades privadas, patrimonios laicos y eclesiásticos, contingentes diversos y planificación logística. Funcionaba con tensiones e improvisaciones, pero sostuvo campañas de una amplitud excepcional. Carlomagno no creó un ejército moderno ni venció gracias a una sola innovación: supo convertir la movilización de la sociedad que gobernaba en instrumento de dominio. ■

ALBUM

Esta estampa de 1936 representa la entrada de Carlomagno en Pavía tras la capitulación lombarda, después de meses de asedio.

x.com/byneontelegram

ENLACE AL CANAL
x.com/byneontelegram
Ó escanea el código QR:

LA CONQUIS

LOMBARDOS, PAPAS Y EL

TA DE ITALIA

DOMINIO DE LA PENÍNSULA

En el otoño de 773, cuando los ejércitos francos comenzaron a atravesar los Alpes, nada permitía asegurar que la campaña fuese a resolverse con rapidez. Al otro lado de las montañas esperaba el reino lombardo, asentado en Italia desde hacía más de dos siglos, con una capital bien defendida en Pavía, una aristocracia poderosa y una tradición política propia. Menos de un año después, sin embargo, Desiderio había perdido el trono y Carlomagno se presentaba como rey de los francos y de los lombardos. Vista desde lejos, la secuencia parece sencilla: invasión, sitio, capitulación y cambio de soberano. Lo que ocurrió fue bastante más importante. La caída de Pavía cerró décadas de tensiones entre lombardos, papas y bizantinos, resolvió a favor de Carlos un conflicto dinástico que amenazaba su posición dentro del propio mundo franco y lo convirtió en el principal poder de la península. Desde entonces, Roma dejaría de ser para los carolingios un aliado lejano al que se socorría de vez en cuando y pasaría a formar parte de su horizonte político de manera permanente. También cambió la naturaleza del poder de Carlomagno. Hasta ese momento gobernaba un gran reino al norte de los Alpes; después de 774 era además soberano de otro pueblo, heredero de una monarquía italiana y árbitro de una región donde se cruzaban los intereses del papado, Bizancio y los ducados lombardos del sur. La conquista de Italia fue, por eso, uno de los momentos decisivos de su reinado y una de las condiciones que hicieron posible, veintiséis años más tarde, su coronación imperial en Roma.

ITALIA ANTES DE CARLOMAGNO

Para entender por qué aquella campaña tuvo tanta trascendencia hay que olvidar por un momento el mapa moderno. En el siglo VIII no existía una Italia políticamente unificada, sino una península fragmentada por siglos de guerras y cambios de soberanía. El reino lombardo, creado después de la invasión de 568, dominaba buena parte del norte y del centro y tenía su capital en Pavía, pero tampoco formaba un bloque compacto. Los grandes duques conservaban amplios márgenes de autonomía y en el sur, sobre todo en Benevento, el poder del rey podía sentirse de manera muy tenue. A su lado sobrevivían territorios ligados al Imperio bizantino. Rávena había sido durante mucho tiempo la sede del exarca, representante del emperador de Constantinopla, Roma seguía perteneciendo jurídicamente al ámbito imperial y ciudades como Nápoles, además de Sicilia, Calabria y otros enclaves meridionales, mantenían vínculos de intensidad desigual con Bizancio. La situación se hizo todavía más inestable a medida que Constantinopla fue per-



Grabado del siglo XIX de Desiderio, duque de Toscana y último rey de los lombardos. ASC

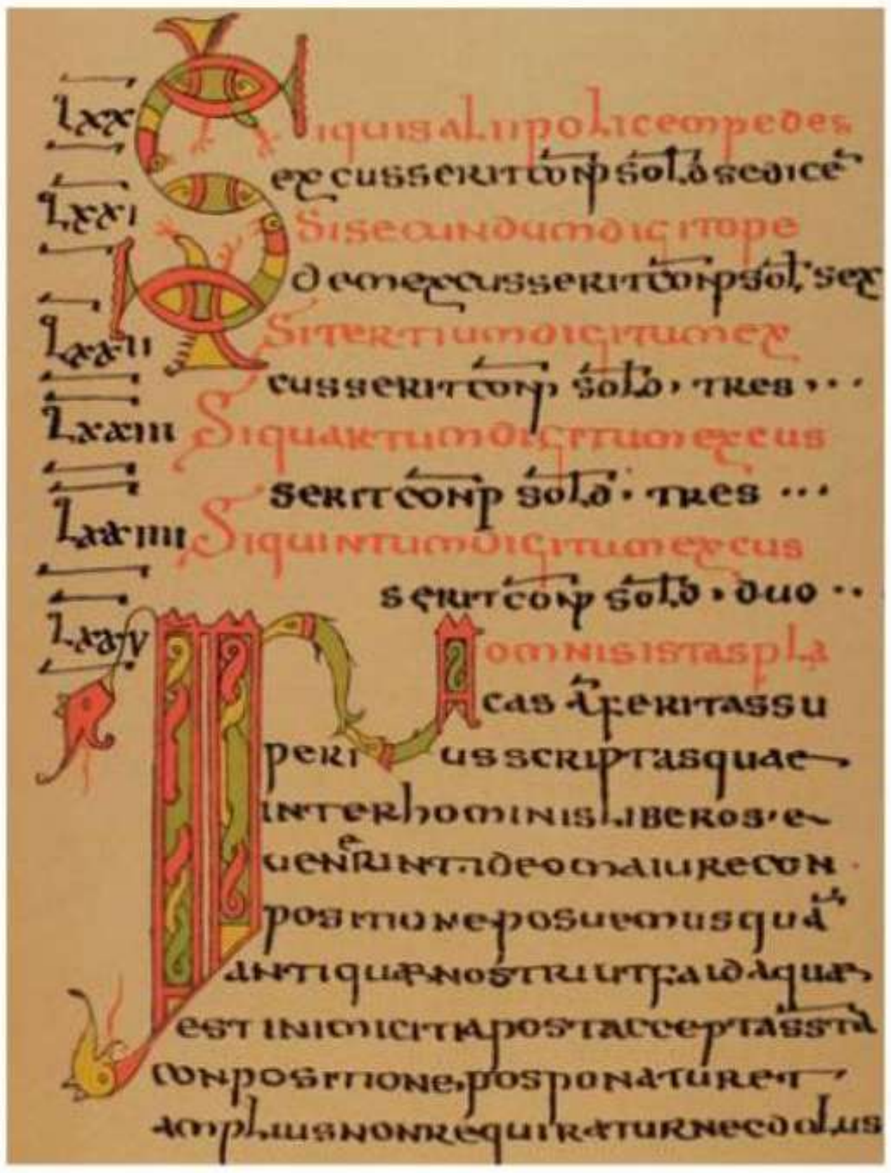


En este mapa que muestra la división del Reino Lombardo en la Alta Edad Media, la parte norte del reino lombardo aparece resaltada en verde oscuro, abarcando el norte de Italia y Córcega. La Langobardia Minor, los ducados meridionales (como Spoleto y Benevento) se muestran en un tono verde más claro en el centro-sur de la península.

diendo capacidad militar para intervenir en Occidente. Las disputas religiosas en torno a la iconoclastia agravaron la distancia con el papado, pero no fueron el único motivo; pesaban también las tensiones fiscales, los problemas de comunicación y, sobre todo, la sensación creciente de que el emperador ya no podía proteger Roma frente a la expansión lombarda. El papa continuaba siendo formalmente un súbdito imperial, aunque en la práctica actuaba cada vez más como un poder territorial con intereses propios.

Tampoco los lombardos podían seguir viéndose como un grupo germánico aislado frente a una población romana sometida. Después de doscientos años en la península, su aristocracia era cristiana, utilizaba el latín en la administración y había incorporado buena parte de las instituciones, costumbres y formas de vida del

EL REINO LOMBARDO DOMINABA BUENA PARTE DEL NORTE Y DEL CENTRO DE ITALIA Y TENÍA SU CAPITAL EN PAVÍA



ALBUM

Reproducción del *Edicto* de Rotario, primera recolección escrita de las leyes de los lombardos, promulgado el 22 de noviembre de 643 por el rey Rotario (636-652). Reúne en forma orgánica las antiguas leyes del pueblo lombardo.

mundo romano. Conservaban leyes y una identidad política propias, pero formaban parte plena de la cultura latina y cristiana de Occidente. Pavía era quizá la mejor expresión de esa madurez política. No era únicamente la residencia del rey y el lugar donde se guardaba el tesoro, sino también el centro desde el que se producía y conservaba una tradición jurídica que daba cohesión al reino. En 643, más de un siglo antes de la llegada de Carlomagno, el rey Rotario había promulgado allí su célebre *Edicto*, una recopilación de 388 capítulos redactada en latín que puso por escrito muchas de las antiguas costumbres lombardas y reguló cuestiones tan distintas como las herencias, el matrimonio, los delitos, la propiedad o los procedimientos judiciales. El texto no quedó congelado: Grimoaldo, Liutprando, Rachis y Astolfo añadieron nuevas disposiciones, de modo que la ley fue adaptándose a una sociedad cada vez más integrada en el mundo romano y cristiano. La propia existencia de esa legislación explica por qué sería un error imaginar el reino que encontró Carlos como una estructura rudimentaria sostenida únicamente por la fuerza de sus guerreros. Había una corte, oficiales, jueces, notarios, iglesias y monasterios con importantes patrimonios, además de una aristocracia acostumbrada a negociar con el monarca y a defender sus derechos. Esa densidad institucional iba a ser una ventaja para el conquistador: si lograba sustituir al rey sin destruir los mecanismos que mantenían unido el reino, podía apropiarse de un aparato político que llevaba generaciones funcionando. De hecho, el derecho lombardo sobreviviría a la conquista franca durante siglos, una continuidad que dice mucho sobre la manera en que Carlomagno entendió su victoria. Carlomagno, por tanto, no iba a entrar en un territorio extraño ni a derribar un orden completamente ajeno al suyo; iba a disputar el control de un reino que compartía con los francos muchos rasgos religiosos y culturales, aunque defendiera celosamente su independencia.

El equilibrio comenzó a romperse antes de que Carlos fuera rey. Liutprando, que gobernó entre 712 y 744, había reforzado la monarquía lombarda y extendido su influencia sobre numerosos territorios de la península, pero fue su sucesor Astolfo quien dio el paso que alarmó definitivamente a Roma. En 751 conquistó Rávena y puso fin al exarcado, privando al Imperio bizantino de su principal centro político en el norte de Italia. Para el papado, la desaparición de aquella barrera resultaba inquietante: un soberano lombardo controlaba ahora territorios que rodeaban cada vez más el espacio romano y podía amenazar sus comunicaciones con el norte.

El papa Esteban II decidió entonces buscar ayuda donde todavía existía una fuerza capaz de intervenir. A finales de 753 atravesó los Alpes para encontrarse con Pipino el Breve, que apenas dos años antes había destronado al último merovingio, Childerico III, y necesitaba reforzar la legitimidad de una dinastía recién llegada al trono. La alianza resultó útil para ambos. En 754, en Saint-Denis, Esteban ungió de nuevo a Pipino y también a sus hijos, Carlos y Carlomán; a cambio, el rey franco se comprometió a defender Roma y cumplió su promesa en dos campañas contra Astolfo, en 754 y 756. Lo verdaderamente novedoso vino después. Los territorios arrebatados a los lombardos no regresaron a manos del emperador bizantino, sino que fueron entregados al papa. La llamada Donación de Pipino contribuyó a formar el Patrimonio de San Pedro y sentó las bases del futuro poder territorial de los pontífices. Cuando Carlomagno heredó el reino en 768, aquella relación ya formaba parte de la herencia familiar. Proteger Roma no era una ocurrencia personal ni una empresa nacida de la ambición de un solo rey; era uno de los compromisos que daban sentido a la nueva monarquía carolingia y que, llegado el momento, justificarían una intervención mucho más profunda en Italia.



ASC

La hija de Desiderio conocida posteriormente como Desiderata estuvo casada brevemente con Carlomagno.



ASC7MEISTERDRUCKE

El encuentro histórico entre el papa Adriano I y Carlomagno en una miniatura ilustrada en las *Crónicas de Francia,* impresas y editadas por Antoine Vérard en el siglo xv.

DE LA ALIANZA MATRIMONIAL A LA GUERRA

La guerra con los lombardos, pese a lo que podría parecer después, no era inevitable. Tras la muerte de Astolfo en 756, Desiderio, antiguo duque de Toscana, consiguió la corona y al principio mantuvo incluso buenas relaciones con el papado. A finales de la década siguiente se exploró una solución todavía más ambiciosa: unir a las grandes familias gobernantes mediante matrimonios y crear una red de alianzas que estabilizara la región. Bertrada, madre de Carlomagno y de Carlomán, desempeñó un papel central en esas negociaciones y viajó a Italia en el 770. De aquel acercamiento salió el matrimonio de Carlos con una hija de Desiderio, cuyo nombre ni siquiera conocemos con seguridad; «Desiderata», empleado durante siglos, parece ser una denominación posterior. La boda convertía al rey franco en yerno del monarca lombardo y encajaba en una política más amplia, porque otra hija de Desiderio, Liutperga, estaba casada con Tasilón III de Baviera. Si aquellos vínculos prosperaban, Pavía podía situarse en el centro de un entendimiento capaz de unir Lombardía, Baviera y una parte sustancial del poder franco, algo que en Roma se contempló con abierta inquietud. El papa Esteban III escribió en 770 a los dos hermanos francos una carta durísima para intentar impedir los matrimonios

DESIDERIO INTENTÓ QUE EL NUEVO PONTÍFICE, ADRIANO I, RECONOCIERA Y UNGIERA A LOS HIJOS DE CARLOMÁN

lombardos, apelando a su condición de reyes cristianos ungidos y empleando una retórica que hoy resulta llamativa por su hostilidad. La advertencia no impidió la unión, aunque esta apenas duró. En 771 Carlomagno repudió a la hija de Desiderio y la devolvió a la corte paterna. No sabemos por qué. Las fuentes no permiten decidir si pesaron motivos personales, dinásticos o estrictamente políticos, y cualquier explicación demasiado cerrada sería especulativa. Lo que sí sabemos es que ese mismo año se produjo un acontecimiento que alteró por completo el equilibrio entre las dos familias. El 4 de diciembre murió Carlomán, hermano y corregente de Carlos. Sus hijos eran herederos naturales de sus dominios, pero Carlomagno se movió con rapidez, consiguió el apoyo de buena parte de la aristocracia y reunió bajo su autoridad la mayor parte del reino. Gerberga, viuda de Carlomán, huyó entonces con sus hijos y buscó refugio precisamente en la corte de Desiderio. El antiguo suegro de Carlos disponía desde ese momento de algo mucho más peligroso que un motivo de resentimiento familiar: tenía bajo su protección a unos niños cuya legitimidad podía utilizarse contra el nuevo dueño de todo el reino franco.

La elección de Adriano I como papa en 772 terminó de convertir aquella rivalidad en una crisis internacional. Desiderio intentó que el nuevo pontífice reconociera y ungiera a los hijos de Carlomán, una operación que habría dado a los sobrinos de Carlomagno una sanción religiosa comparable a la que la propia familia carolingia había recibido de Roma años antes. Adriano se negó, y el conflicto pasó pronto de la diplomacia a la presión territorial. El rey lombardo ocupó ciudades vinculadas al papado y amenazó el espacio romano; el papa respondió apelando al compromiso que los francos habían asumido desde tiempos de Pipino. Carlomagno no lanzó de inmediato a su ejército al otro lado de los Alpes. Antes exigió la devolución de las ciudades y trató de forzar una salida negociada, quizá porque una campaña italiana era costosa y porque todavía convenía evitar una guerra abierta con un reino bien asentado. Cuando quedó claro que Desiderio no cedería, reunió sus fuerzas en 773. La decisión no puede explicarse por una sola causa. Carlos acudía en defensa del papa, pero también eliminaba a un monarca que protegía a sus rivales dinásticos, resolvía el fracaso de la alianza matrimonial y ampliaba su margen de intervención en una península estratégicamente decisiva. La política italiana, la seguridad de Roma y la propia consolidación del poder carolingio se habían convertido ya en un único problema.

LOS ALPES, PAVÍA Y ROMA

La invasión comenzó con una maniobra que obligó a los lombardos a dispersar su atención. Los francos avanzaron en dos grandes contingentes: el dirigido por Carlomagno atravesó los Alpes por la zona del Mont Cenis, mientras otro ejército, mandado por su tío Bernardo, utilizó una ruta más septentrional, asociada tradicionalmente al paso que después sería conocido como Gran San Bernardo. Dividir

las fuerzas tenía riesgos, pero también ventajas evidentes. Mover miles de hombres, caballos, carros y provisiones por una sola vía de montaña habría convertido la logística en una pesadilla y habría permitido a Desiderio concentrar su defensa en unos pocos desfiladeros. La operación, además, exigía algo menos espectacular que una carga de caballería pero igual de decisivo: mantener alimentado y en movimiento a un ejército a través de una de las barreras naturales más difíciles de Europa occidental. Las antiguas calzadas romanas no habían desaparecido por completo, pero su mantenimiento era irregular y en muchos tramos el avance dependía de caminos estrechos que obligaban a organizar con cuidado la marcha de hombres, animales y equipajes.

Un ejército podía vivir en parte de los recursos del territorio, aunque en las zonas altas esa posibilidad disminuía y cualquier retraso multiplicaba los problemas. Había que transportar grano, herramientas, armas y otros suministros, encontrar forraje para los caballos y evitar que una columna demasiado larga quedara atascada en los pasos. Tampoco sabemos con precisión cuántos hombres llevó Carlomagno a Italia, y las fuentes no permiten reconstruir una especie de diario logístico de la campaña, pero la elección de dos rutas distintas revela que sus mandos eran muy conscientes de esas dificultades. En los valles de acceso, los lombardos podían aprovechar fortificaciones y estrechamientos —las llamadas *chiuse*— para bloquear a un enemigo superior, y eso obligaba a los francos a combinar presión frontal, maniobra y amenaza de envolvimiento. La retirada de Desiderio de aquellas posiciones no fue, por tanto, un detalle menor.

Una vez superada la defensa alpina, la guerra cambiaba de naturaleza. En la llanura del Po, Carlos disponía de más espacio para mover sus contingentes, recibir abastecimientos y aislar ciudades, mientras los lombardos perdían la protección que les ofrecían los pasos de montaña. Los lombardos prepararon posiciones para bloquear el paso, conscientes de que en un terreno estrecho la superioridad numérica franca valía mucho menos, pero la amenaza de ser desbordados por otra columna hizo insostenible la resistencia. Las fuentes carolingias envolvieron el episodio en un tono casi providencial; probablemente la explicación fue más sencilla y más militar. Si los defensores permanecían demasiado tiempo en los pasos, corrían el riesgo de quedar aislados entre dos fuerzas enemigas. La línea se quebró, los lombardos se retiraron hacia la llanura y Desiderio se encerró en Pavía, mientras su hijo Adalgiso se dirigía a Verona, donde se encontraban también Gerberga y los hijos de Carlomán. Carlos no obtuvo una gran batalla campal que resolviera la campaña en un día; tuvo que afrontar algo mucho más habitual en la guerra medieval, un asedio prolongado. Pavía estaba fortificada y disponía de medios para resistir, de modo que los francos la cercaron desde finales del verano o comienzos del otoño de 773 y esperaron. La estrategia consistía menos en asaltar murallas que en cerrar accesos, impedir la entrada de víveres y dejar que el hambre y el desgaste hicieran el trabajo. Mientras una parte del ejército mantenía el cerco, Verona cayó

LOS LOMBARDOS PODÍAN APROVECHAR FORTIFICACIONES Y ESTRECHAMIENTOS PARA BLOQUEAR A UN ENEMIGO SUPERIOR



ASC/MEISTERDRUCKE

Carlomagno cruzando los Alpes en 773, detalle del emperador y su séquito, óleo sobre lienzo del pintor romántico francés Eugène Roger, conservado en el Palacio de Versalles.

y la familia de Carlomán terminó en manos francas. A partir de ahí, Gerberga y sus hijos desaparecen de las fuentes, un silencio que ha alimentado numerosas conjeturas, pero no permite saber con certeza cuál fue su destino.

El sitio se prolongó durante meses y, cuando llegó la primavera de 774, Carlomagno tomó una decisión que demuestra hasta qué punto aquella campaña era política además de militar: dejó Pavía bloqueada y viajó a Roma para celebrar allí la Pascua. Era la primera vez que visitaba la ciudad. Adriano I lo recibió como al gran protector de la sede de san Pedro, y la estancia permitió renovar los compromisos entre la monarquía franca y el papado. Las fuentes pontificias sostienen que Carlos confirmó y amplió las concesiones territoriales hechas por Pipino, aunque el alcance exacto de aquellas promesas continúa siendo discutido porque no conservamos el documento original. Más allá de esa incertidumbre, la imagen resultaba poderosa. Mientras Desiderio seguía encerrado en su capital, el rey franco era acogido solemnemente en Roma y se presentaba ante el papa no como un invasor oportunista, sino como heredero de la alianza forjada por su padre. Después regresó al norte y el desenlace llegó en junio. Pavía capituló, Desiderio fue depuesto y trasladado al reino franco, donde acabaría recluido en un monasterio; su esposa Ansa y otros miembros de la familia también cayeron en poder del vencedor, mientras Adalgiso logró escapar a Constantinopla y durante años mantuvo viva la esperanza de una restauración con apoyo bizantino. Carlomagno se apoderó del

tesoro real y adoptó el título de *rex Francorum et Langobardorum,* «rey de los francos y de los lombardos». La fórmula importa porque revela lo que pretendía hacer: no destruir el reino y sustituirlo por una provincia administrada desde el norte, sino suceder a Desiderio y colocar la monarquía lombarda bajo la dinastía carolingia. La célebre tradición según la cual habría sido coronado en 774 con la Corona Férrea de Monza pertenece a épocas posteriores y no puede demostrarse con testimonios contemporáneos; lo que sí está fuera de duda es que Carlos empezó a gobernar como rey de un segundo pueblo y que, desde aquel momento, Italia dejó de ser para él un escenario exterior.

REY DE LOS LOMBARDOS

La conquista no terminó con la capitulación de Pavía. De hecho, los años siguientes demostraron que apoderarse de la capital había sido la parte más visible de un proceso mucho más largo. Carlomagno mantuvo buena parte de las estructuras existentes porque necesitaba que el reino siguiera funcionando: las leyes lombardas continuaron en vigor, numerosos aristócratas conservaron sus posiciones y las divisiones territoriales no desaparecieron de la noche a la mañana. La continuidad fue especialmente visible en el terreno jurídico y en la vida cotidiana de las comunidades. Un campesino, un propietario o un monasterio del norte de Italia no se despertaron después de junio de 774 sometidos de pronto a unas leyes completamente distintas. Los documentos siguieron redactándose en latín, los pleitos continuaron resolviéndose en buena medida según prácticas conocidas y las iglesias conservaron propiedades y redes de influencia que ningún conquistador sensato podía permitirse ignorar. Carlomagno necesitaba a esos obispos y abades no solo como autoridades religiosas, sino como hombres capaces de leer, escribir, administrar patrimonios y servir de intermediarios entre la corte y la sociedad local. También necesitaba a muchos aristócratas lombardos. Desposeerlos a todos habría convertido una conquista relativamente rápida en una rebelión permanente. Por eso la sustitución de élites fue selectiva y se aceleró sobre todo allí donde había resistencia, como ocurrió tras la revuelta de Friuli. En otros lugares, la fidelidad al nuevo rey permitió conservar tierras, prestigio y funciones públicas. El resultado fue una clase dirigente mixta, en la que familias francas recién llegadas convivían y se emparentaban con linajes lombardos, mientras los monasterios y obispados proporcionaban una



ASC

Flavio Adalgiso (Adelchis) fue rey de Italia y rey de los lombardos entre los años 759 y 774 y Patricio de Constantinopla (774).



ASC

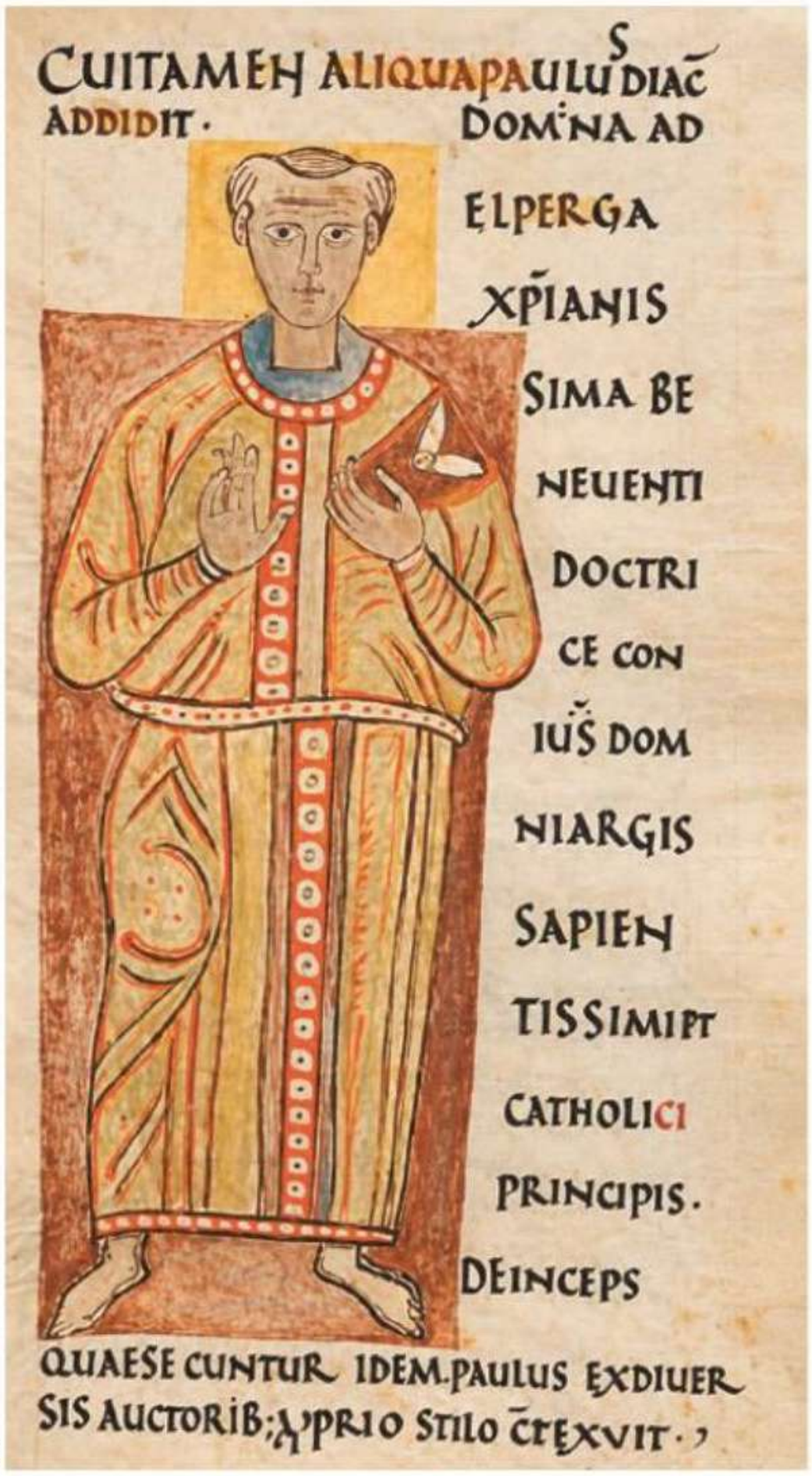
La Corona de Hierro (o Corona Férrea de Lombardía) fue utilizada durante siglos para coronar a los reyes de Italia y a los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico.

red de continuidad que atravesaba el cambio de dinastía. Esa política no eliminó los conflictos, pero dio a la presencia carolingia una profundidad que una simple ocupación militar nunca habría tenido. Cuando años más tarde los capitulares y los enviados regios intentaron imponer criterios comunes en territorios muy distintos, podían hacerlo apoyándose en instituciones que ya existían, no desde un vacío administrativo.

A la vez, el nuevo soberano fue introduciendo hombres de confianza, reforzando la presencia de condes ligados a su casa y creando una red de fidelidades que redujera el riesgo de una restauración. La revuelta de Rotgaudo, duque de Friuli, en 776 mostró que ese riesgo era real. Carlos tuvo que regresar con rapidez, sofocó el levantamiento y a partir de entonces el control franco se hizo más firme en algunas regiones, aunque siguió dependiendo de la colaboración de las élites locales. Esa combinación de continuidad y sustitución fue característica del gobierno carolingio.

No existía una burocracia central capaz de administrar el territorio como lo haría un Estado moderno; el poder se sostenía mediante juramentos, cargos, tierras, relaciones familiares y la presencia periódica de enviados regios. Más adelante, los *missi dominici* desempeñarían un papel importante en la supervisión de condes y autoridades, pero incluso ellos dependían de una sociedad en la que gobernar significaba negociar constantemente con aristócratas, obispos y monasterios. La decisión más clara para integrar Italia en la estructura dinástica llegó en 781. Carlomán, hijo de Carlomagno, fue bautizado en Roma por Adriano I, recibió el nombre de Pipino y fue ungido rey de Italia. La operación permitía conservar la personalidad política del antiguo reino lombardo y al mismo tiempo dejaba claro que su futuro pertenecía a los carolingios. Italia tendría un rey propio, pero ese rey sería un hijo de Carlos. La monarquía conquistada no desaparecía; quedaba absorbida dentro de una familia que ya gobernaba a ambos lados de los Alpes.

Esa absorción, con todo, tenía límites geográficos muy precisos. Carlomagno nunca controló toda la península. En el sur, Benevento había quedado fuera de la



Pablo Diácono, o Paulus Warnefridus, fue un monje benedictino e historiador de los lombardos.

caída de Pavía y se convirtió en el principal foco de continuidad lombarda. Su gobernante, Arechis II, yerno de Desiderio, adoptó después de 774 el título de *princeps*, una manera de subrayar que la tradición política de su pueblo sobrevivía fuera del alcance directo de los francos. Desde Benevento y Salerno consolidó un poder propio, mantuvo contactos con Bizancio y trató de preservar un espacio de autonomía entre dos gigantes. Carlomagno descendió hacia el sur en 786-787 y obligó a Arechis a negociar: el príncipe aceptó pagar tributo, entregar rehenes y reconocer la superioridad carolingia, pero aquello no equivalía a una conquista efectiva. Tras la muerte de Arechis en 787, su hijo Grimoaldo, que se encontraba en manos de los francos como rehén, recibió permiso para regresar y sucederle después de asumir compromisos de fidelidad. Durante un tiempo llegó incluso a incorporar el nombre de Carlos en documentos y monedas, señal visible de subordinación, pero Benevento conservó una autonomía muy amplia y acabó escapando de nuevo a una obediencia estrecha. En otras zonas del sur persistían además territorios vinculados a Bizancio y ciudades con tradiciones políticas propias. La Italia carolingia fue, por tanto, una realidad poderosa pero incompleta: dominaba el norte y buena parte del centro, influía sobre Roma y podía imponer su peso en el sur, pero no había borrado el mosaico que caracterizaba a la península desde hacía siglos.

UNA CONQUISTA QUE CAMBIÓ EL EQUILIBRIO DE OCCIDENTE

La relación con Roma fue quizá la consecuencia más profunda de la victoria. Adriano I había pedido ayuda a Carlomagno para defender las posesiones pontificias, pero una vez derrotado Desiderio quedó claro que ambos aliados no entendían exactamente del mismo modo el nuevo reparto de poder. El papa esperaba que las antiguas promesas francas se tradujeran en la entrega efectiva de ciudades

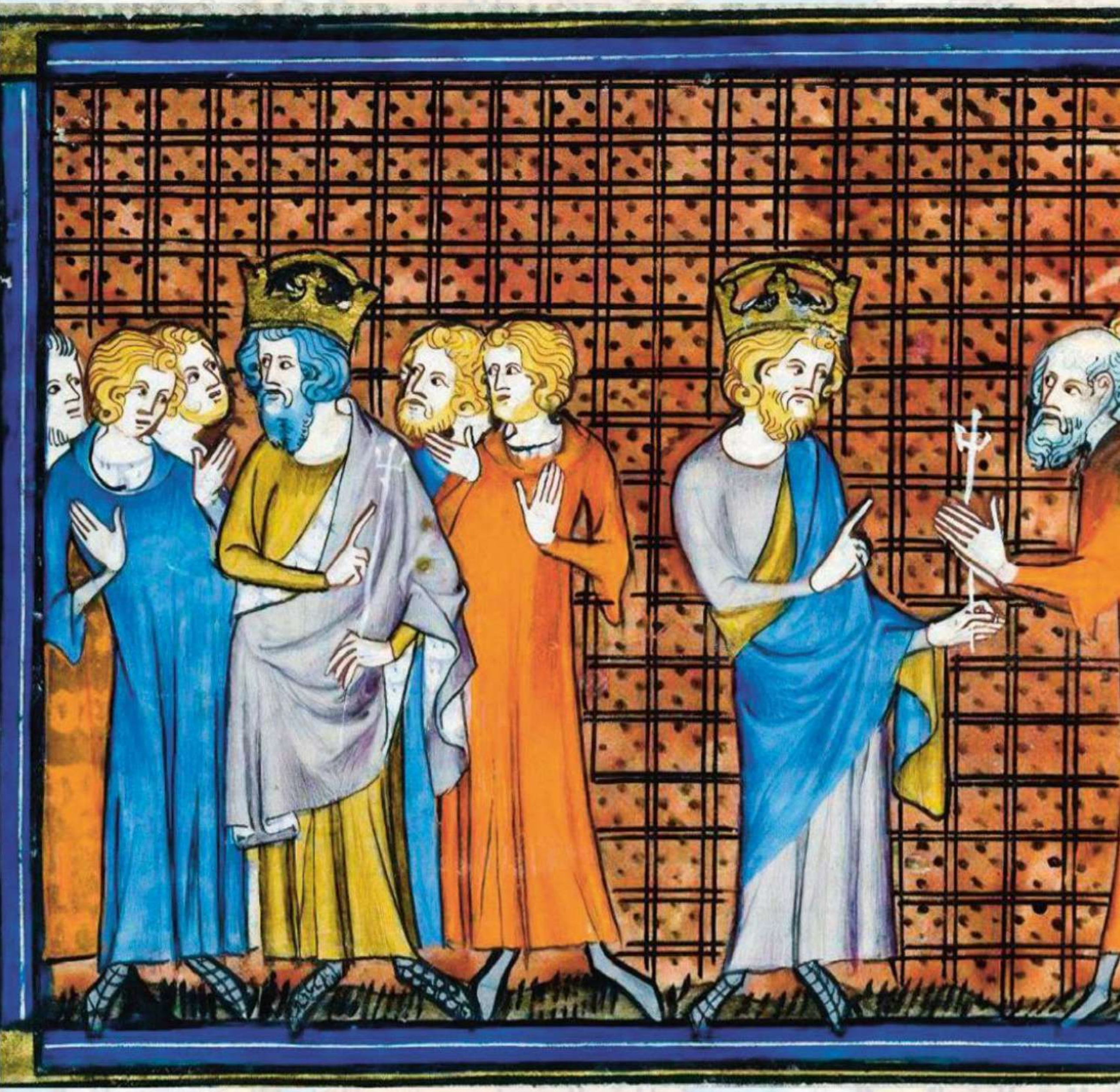
LA PROTECCIÓN DEL PAPA SE CONVIRTIÓ EN UNA RELACIÓN PERMANENTE Y CADA VEZ MÁS CARGADA DE SIGNIFICADO

y territorios que consideraba pertenecientes a san Pedro; Carlos, en cambio, debía actuar al mismo tiempo como protector del pontífice y como soberano de un reino italiano cuyos intereses no siempre coincidían con los de Roma. La correspondencia de Adriano revela negociaciones, quejas y reclamaciones frecuentes. Lejos de debilitar la alianza, esas fricciones muestran hasta qué punto se había vuelto estrecha: papa y rey se necesitaban y discutían precisamente porque ninguno podía ignorar ya al otro. Roma dependía de la capacidad militar franca para frenar a sus adversarios, mientras la monarquía carolingia obtenía del vínculo con san Pedro una legitimidad religiosa difícil de encontrar en ningún otro lugar de Occidente. Al mismo tiempo, la incorporación del antiguo reino lombardo intensificó la circulación de personas e ideas entre Italia y las tierras francas. Clérigos, manuscritos, textos litúrgicos, modelos artísticos y saberes escolares cruzaron los Alpes con mayor frecuencia, y algunos miembros de la élite lombarda acabaron integrándose en el entorno de Carlos. Pablo Diácono es el ejemplo más conocido: procedente de una familia noble lombarda y autor de la *Historia Langobardorum*, pasó varios años en la corte carolingia. Su presencia resulta simbólica porque muestra mejor que cualquier decreto la naturaleza de la conquista: el mundo lombardo no fue borrado, sino incorporado, reutilizado y, en parte, convertido en uno de los componentes de la nueva cultura política que Carlomagno estaba construyendo.

Cuando se observa el conjunto, la campaña de 773-774 deja de parecer una simple expedición victoriosa. Carlomagno había eliminado a un rival dinástico, salvado al papado de la presión lombarda, heredado un segundo reino y convertido los Alpes en una frontera interior de sus dominios. También había descubierto las dificultades de gobernar Italia: las revueltas del norte, la autonomía de Benevento, la presencia bizantina en el sur y las reclamaciones territoriales del papa demostrarían durante años que la península no podía reducirse a una conquista rápida ni a una obediencia uniforme. Pero lo esencial ya no tendría marcha atrás. Desde la Pascua de 774, cuando Carlos entró por primera vez en Roma mientras Pavía seguía cercada, la política carolingia quedó vinculada a la Ciudad Eterna. La protección del papa, que con Pipino había sido una alianza estratégica, se convirtió bajo su hijo en una relación permanente y cada vez más cargada de significado. Un cuarto de siglo después, en la Navidad del año 800, otro pontífice colocaría sobre la cabeza de Carlomagno una corona imperial. Aquella escena no surgió de la nada: detrás estaban el viaje de Esteban II al reino franco, las campañas de Pipino, la crisis con Desiderio, el paso de los Alpes, el largo sitio de Pavía y la decisión de Carlos de presentarse no solo como vencedor, sino como rey legítimo de los lombardos. Italia había ampliado su poder y, al mismo tiempo, había transformado el horizonte de su reinado. A partir de 774, Carlomagno dejó de ser únicamente el señor de los francos; empezó a convertirse en el soberano alrededor del cual podía reorganizarse el Occidente latino. ■

Las guerras

CONQUISTA, REBELIÓN Y CRISTIANIZA



de Sajonia

CIÓN FORZOSA

Carlomagno presidiendo una asamblea, los sajones sometiéndose a Carlomagno y Carlomagno haciendo bautizar a los sajones en un manuscrito iluminado (1332-1350). ALBUM



ASC

Representación de una batalla entre francos y sajones en un grabado publicado en *Una historia popular de Francia desde los tiempos más remotos*. de François Guizot (s. XIX).

En el otoño de 782, en Verden, junto al río Aller, Carlomagno ordenó matar a miles de sajones que habían participado en una nueva rebelión contra el dominio franco. Los *Annales regni Francorum,* la gran crónica de la corte carolingia, fijan la cifra en 4500 y cuentan el episodio con una sequedad que todavía hoy resulta estremecedora. No sabemos si el número debe aceptarse al pie de la letra, y la condición exacta de quienes fueron entregados al rey ha sido objeto de debate, pero el núcleo del relato no ofrece demasiadas dudas. Tras una grave derrota franca en el monte Süntel, el monarca respondió con una ejecución colectiva concebida como castigo ejemplar. Verden fue el momento más brutal de una guerra que llevaba ya una década y que aún tardaría más de veinte años en cerrarse.

Las llamadas guerras de Sajonia, desarrolladas con interrupciones entre 772 y 804, fueron el conflicto más largo del reinado de Carlomagno y uno de los que mejor permiten ver el reverso de su proyecto político. En Italia había podido apropiarse de una monarquía ya formada, ocupar Pavía y proclamarse rey de los lombardos. En Sajonia no existía nada parecido: ni una capital cuya caída significase el fin de la resistencia, ni un soberano con autoridad suficiente para rendir a todo el país, ni una administración central que pudiera pasar de unas manos a otras. Había, en cambio, comunidades regionales, aristocracias locales, asambleas, redes de parentesco y santuarios dispersos por un territorio de bosques, ríos y zonas pantanosas que se extendía al nordeste del reino franco. Conquistarlo exigió volver una y otra vez sobre los mismos lugares, tomar rehenes, reconstruir fortalezas, imponer juramentos que duraban poco y convertir una frontera inestable en una zona sometida de forma permanente. Y, a medida que la guerra se prolongó, la obediencia política y la conversión al cristianismo terminaron fundiéndose hasta hacerse casi indistinguibles.

LOS SAJONES ANTES DE CARLOMAGNO

La Sajonia del siglo VIII no formaba un Estado unitario. Las fuentes francas distinguen habitualmente entre westfalianos, angrios y ostfalianos, a los que se sumaban, más al norte, los nordalbingios, asentados entre el bajo Elba y la península de Jutlandia. Estas denominaciones describen agrupaciones regionales, no provincias con fronteras y gobiernos comparables a los de un reino medieval más tardío. La autoridad estaba repartida entre jefes y familias poderosas, y las decisiones colectivas podían tomarse en asambleas, pero ningún dirigente podía garantizar por



ALBUM

«Carlomagno acepta el sometimiento de los sajones», grabado en madera de la *Historia Popular de Francia*, edición de Charles Lahure de 1886.



ASC

La destrucción del Irminsul por Carlomagno (1882), por Heinrich Leutemann. El Irminsul era un roble sagrado para los sajones, que creían que conectaba la tierra y el cielo. Carlomagno obligó a los prisioneros sajones a cortar uno de ellos y abjurar de sus creencias.

sí solo la obediencia del conjunto. Esa fragmentación, que a primera vista parecía una debilidad, se convirtió en uno de los grandes problemas de los francos. Derrotar a un grupo no implicaba someter a los demás, y los pactos firmados con unos notables podían carecer de valor para quienes no habían participado en ellos.

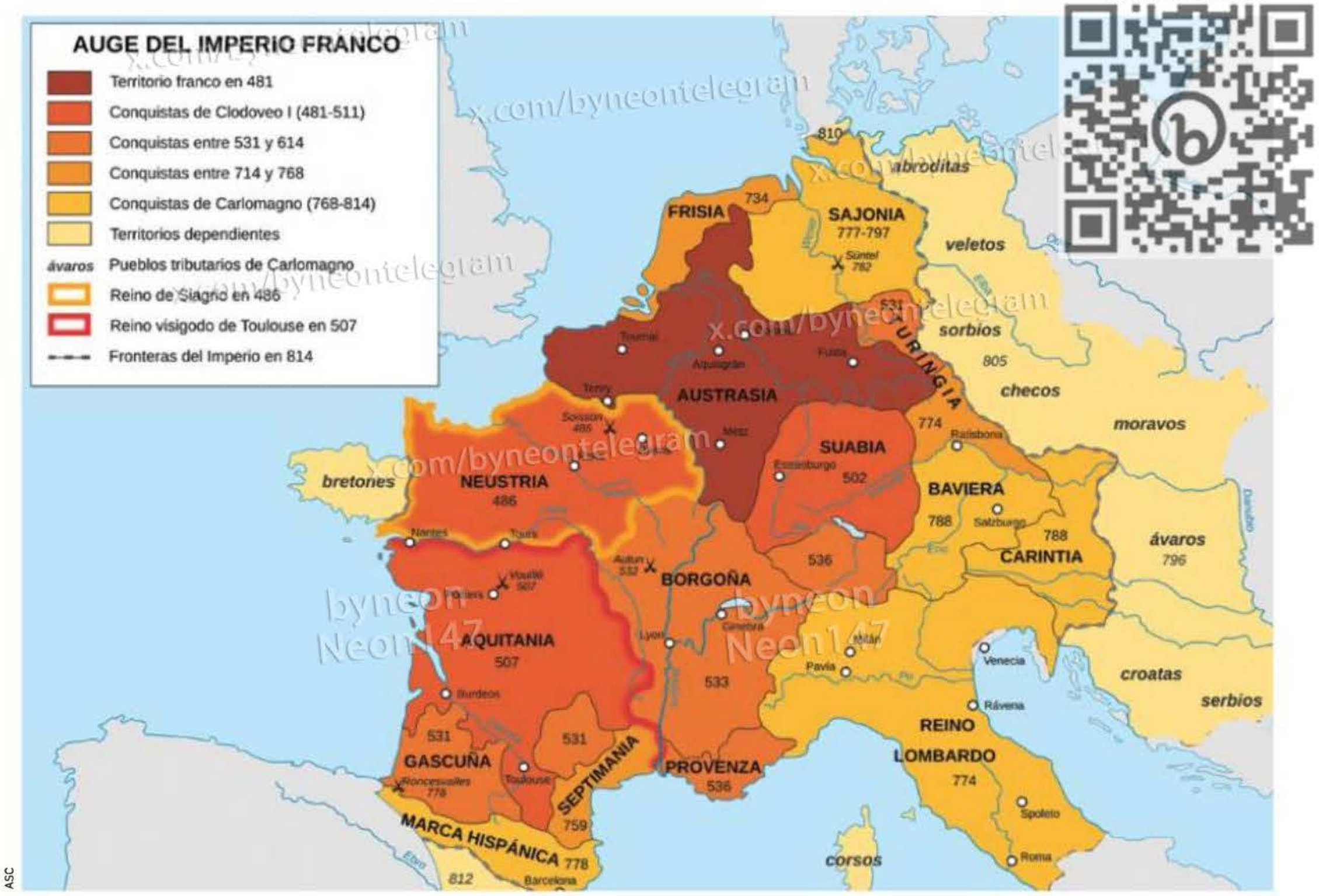
También la imagen de los sajones como una sociedad atrasada frente a unos francos supuestamente civilizados necesita matices. La arqueología muestra asentamientos rurales estables, explotaciones agrícolas y ganaderas, fortificaciones y contactos comerciales con Frisia y con el mundo escandinavo. La sociedad estaba jerarquizada, aunque no resulta fácil proyectar sin más sobre la etapa anterior a la conquista las categorías que aparecen después en la legislación escrita bajo dominio carolingio. La *Lex Saxonum* distingue nobles, hombres libres y grupos dependientes o semilibres, y refleja un orden social en el que el nacimiento determinaba derechos, obligaciones y compensaciones legales muy diferentes. Carlomagno no destruyó por completo ese entramado; de hecho, acabaría necesitando a una parte de las élites sajonas para gobernar el país. Lo que sí hizo fue obligarlas a redefinir su posición dentro de un nuevo sistema en el que la fidelidad al rey y la pertenencia a la Iglesia cristiana se convirtieron en elementos decisivos.

La religión tradicional formaba parte de ese paisaje social. Los sajones compartían con otros pueblos germánicos cultos vinculados a divinidades como Wodan y Donar, pero conocemos mal sus prácticas porque casi toda la información fue

LA *LEX SAXONUM* DISTINGUE NOBLES, HOMBRES LIBRES Y GRUPOS DEPENDIENTES O SEMILIBRES

puesta por escrito por autores cristianos, generalmente hostiles a ellas. El caso más célebre es el Irminsul, destruido por los francos en 772. Las fuentes contemporáneas lo presentan como un santuario de gran importancia; textos posteriores hablan de una gran columna o tronco sagrado relacionado con la idea de un soporte del mundo. A partir de ahí se han levantado muchas reconstrucciones, algunas muy imaginativas. No sabemos con certeza qué aspecto tenía ni dónde se encontraba exactamente, aunque su localización suele situarse en las proximidades de Eresburgo, en la actual Westfalia. Lo que sí está claro es que Carlomagno no atacó solo una posición militar: al derribar el Irminsul y apoderarse de los bienes depositados en el santuario, golpeó un símbolo religioso y colectivo cuya destrucción anunciaba que la guerra iba a librarse tanto sobre la tierra como sobre las creencias.

ENLACE AL CANAL
x.com/byneontelegram
Ó escanea el código QR:



La expansión del Imperio Franco entre 481 y 814 abarcó desde la unificación de las tribus francas por Clodoveo I hasta el apogeo del Imperio carolingio bajo Carlomagno.

UNA LEY PARA IMPONER LA NUEVA FE

La *Capitulatio de partibus Saxoniae* es uno de los documentos que mejor muestran hasta qué punto religión y obediencia política quedaron entrelazadas durante la fase más dura de la guerra. El texto se conserva en un único manuscrito medieval y su fecha no es segura: durante mucho tiempo se situó en 785, aunque otros especialistas han propuesto 782 y los repertorios actuales mantienen abierta la discusión. Por eso es más prudente situarlo en los años centrales del conflicto. Su contenido, en cambio, no ofrece dudas. Varias conductas podían castigarse con la muerte: incendiar una iglesia, matar a un obispo, sacerdote o diácono, quemar un cadáver según un rito pagano, rechazar deliberadamente el bautismo o comer carne durante la Cuaresma «por desprecio del cristianismo». También imponía el diezmo y obligaba a sostener materialmente las nuevas iglesias. Era, por tanto, una legislación de ocupación que protegía al mismo tiempo la nueva religión y la nueva autoridad. No sabemos con qué frecuencia se aplicaron literalmente todas esas penas, pues las fuentes apenas documentan casos concretos para algunas infracciones. Pero la amenaza era inequívoca: permanecer fuera de la comunidad cristiana podía convertirse en un delito contra el orden del rey. En 797, cuando la resistencia se había debilitado, otra legislación sajona adoptó un tono menos excepcional. La Corona empezaba a pasar de la conquista a la administración.

UNA FRONTERA QUE NUNCA ESTABA EN PAZ

El conflicto no surgió de la nada en 772. Francos y sajones llevaban generaciones compartiendo una frontera mal definida en la que se alternaban comercio, pactos, incursiones, robos de ganado, ataques a iglesias y represalias. Carlos Martel y Pipino el Breve ya habían realizado campañas al este del Rin, y los misioneros cristianos avanzaban desde Frisia y Hesse hacia espacios donde su presencia era recibida de manera desigual. El propio Eginardo, al escribir décadas después la vida de Carlomagno, recordó que en buena parte de la frontera apenas había obstáculos naturales capaces de separar a unos de otros y que los asesinatos, incendios y saqueos se producían en ambos sentidos. Su explicación, naturalmente, está escrita desde el lado vencedor y presenta a los sajones como responsables de una cadena de traiciones, pero deja ver un problema estructural: el reino franco no podía considerar segura su frontera nororiental mientras existiera al otro lado una sociedad políticamente independiente y capaz de organizar ataques rápidos.

En 772 Carlomagno decidió cambiar la escala del conflicto. Penetró en Sajonia, tomó Eresburgo y destruyó el Irminsul. La campaña fue breve, pero sentó un precedente. A partir de entonces el patrón se repitió con una regularidad

PARA CARLOMAGONO SAJONIA SE CONVIRTIÓ EN UNA GUERRA REPETITIVA, SIN UN DESENLACE DEFINIDO

agotadora. El ejército franco entraba en territorio sajón durante la temporada de campaña, imponía una rendición local, recibía rehenes y juramentos de fidelidad, y se retiraba cuando llegaba el momento de dispersar las tropas. Poco después, en cuanto el rey estaba ocupado en Italia, Aquitania o cualquier otro frente, reaparecía la rebelión. En 774 los sajones aprovecharon precisamente la ausencia de Carlomagno, concentrado en la conquista del reino lombardo, para lanzar nuevos ataques hacia territorio franco; al año siguiente el rey regresó al norte y avanzó en profundidad por las regiones de Westfalia y Angria, mientras en 776 tuvo que volver otra vez tras una nueva insurrección.

El fracaso de las expediciones puntuales llevó a reforzar fortalezas y guarniciones. Eresburgo fue reconstruida, se ocuparon posiciones estratégicas como Sigiburgo y el poder franco intentó hacer permanente una presencia que hasta entonces había sido estacional. Aun así, el problema político seguía intacto. Cada juramento tenía un alcance limitado y la resistencia podía desplazarse de una región a otra sin necesidad de una coordinación central. Para Carlomagno, acostumbrado a resolver otros conflictos mediante la derrota de un rey o la sumisión de una aristocracia organizada, Sajonia se convirtió en una guerra irritantemente repetitiva, sin un momento claro en el que poder decir que estaba terminada.

La geografía ayudaba a los defensores. Los grandes ríos, Rin, Lippe, Weser y Elba, podían servir a los francos como ejes de avance y abastecimiento, pero entre ellos se extendían bosques, colinas y terrenos húmedos en los que un ejército



SHUTTERSTOCK

El río Elba (arriba, vista desde el mirador de Bastei, en la Suiza sajona) desempeñó un papel estratégico fundamental como frontera geopolítica, barrera militar y límite de la expansión franca.

EN LA ASAMBLEA DE PADERBORN DE 777 ACTUÓ COMO SOBERANO DE UN TERRITORIO QUE CONSIDERABA SOMETIDO

numeroso perdía buena parte de sus ventajas. Las fuerzas carolingias necesitaban reunir hombres de regiones alejadas, concentrar caballos, alimentos y carros, y mantener abiertas rutas por las que hacer llegar provisiones durante semanas. Una vez terminada la campaña, buena parte de los contingentes debía regresar a sus lugares de origen. Los sajones, en cambio, combatían cerca de sus asentamientos y podían dispersarse cuando la presión era demasiado fuerte para reagruparse después. Esta diferencia explica por qué las victorias francas podían ser rotundas sobre el terreno y, sin embargo, producir resultados políticos tan frágiles. También ayuda a entender el creciente recurso a fortificaciones, guarniciones y asambleas celebradas en suelo sajón. Carlomagno necesitaba convertir una superioridad militar temporal en una presencia cotidiana. La guerra, en definitiva, no se ganó por una batalla decisiva, sino por la capacidad del reino franco para volver año tras año, movilizar recursos a una escala que sus adversarios no podían igualar y mantener cada vez más puntos ocupados hasta que el espacio disponible para la rebelión fue reduciéndose.

VIDUQUINDO Y LA REBELIÓN QUE NO SE APAGABA

En ese escenario apareció Viduquindo, el personaje que acabaría encarnando la resistencia sajona. Sabemos menos de él de lo que su leyenda posterior haría creer. Las fuentes lo presentan como un noble destacado, probablemente ligado a Westfalia, pero no fue «rey de los sajones» ni jefe indiscutido de todo el territorio. Su importancia creció porque supo convertirse en el referente de las sucesivas rebeliones y, sobre todo, porque escapó una y otra vez de las manos de Carlomagno. En 777, cuando el rey reunió en Paderborn una gran asamblea a la que acudieron numerosos sajones para prestar obediencia y recibir el bautismo, Viduquindo fue el gran ausente: había buscado refugio entre los daneses, bajo la protección del rey Sigfrido. Aquella huida conectaba la guerra sajona con un espacio político más amplio. La expansión franca hacia el Elba no podía dejar indiferentes a los poderes escandinavos, para los que una Sajonia independiente funcionaba también como franja de separación frente al avance carolingio.

La asamblea de Paderborn de 777 pareció, por un momento, anunciar la pacificación. Carlomagno recibió juramentos, promovió bautismos y actuó como soberano de un territorio que consideraba sometido. Al año siguiente se sintió lo bastante seguro como para marchar con un gran ejército hacia la península ibérica, donde la expedición acabaría en el fracaso de Zaragoza y en la emboscada de Roncesvalles. Mientras el rey estaba lejos, Viduquindo reapareció y la revuelta volvió a extenderse. En 779 y 780 los francos regresaron a Sajonia y obtuvieron nuevas sumisiones; hubo nuevos bautismos y nuevas promesas. Pero la estabilidad era aparente. La guerra había entrado en un círculo en el que cada pacificación contenía ya las condiciones de la siguiente rebelión, porque el sometimiento militar iba

acompañado de exigencias religiosas, fiscales y políticas que alteraban de raíz la vida de las comunidades.

La crisis definitiva llegó en 782. Ese año Carlomagno intentó reorganizar Sajonia como territorio integrado en su reino, extendiendo la autoridad de condes y representantes regios. Al mismo tiempo, una fuerza franca que operaba en la zona recibió la orden de hacer frente a una amenaza eslava. Los sajones se rebelaron y el ejército enviado contra ellos sufrió una dura derrota en el monte Süntel. Los *Annales* describen cómo varios jefes francos, deseosos de llevarse la gloria, atacaron de manera precipitada; el resultado fue desastroso. Murieron dos enviados reales, varios condes y numerosos hombres. No fue una catástrofe comparable por su alcance a la destrucción de un gran ejército, pero sí un golpe político extraordinario: hombres de la alta aristocracia habían caído frente a una población que la corte llevaba años proclamando sometida. Carlomagno interpretó la rebelión no como una simple continuación de la guerra, sino como la ruptura de juramentos prestados al rey. Su respuesta iba a ser mucho más dura que las anteriores.

VERDEN: EL LÍMITE DE LA VIOLENCIA CAROLINGIA

Carlomagno avanzó hacia el Weser y el Aller y convocó a los sajones que todavía se mostraban dispuestos a obedecerle. Según los *Annales regni Francorum*, los propios sajones entregaron a los responsables de la rebelión, salvo Viduquindo, que había vuelto a escapar hacia territorio danés. La crónica añade que 4500 fueron ejecutados en Verden en un solo día. La cifra ha generado discusión durante más de un siglo. Se ha dudado de su exactitud, se ha debatido la logística de una matanza de semejante escala e incluso se propuso en el pasado que el texto latino pudiera haber sido mal transmitido. Ninguna de esas cuestiones, sin embargo, permite borrar el episodio. La lectura aceptada de la fuente habla de una ejecución masiva ordenada por el rey y vinculada directamente al levantamiento de 782.



Monumento a Viduquindo en Nienburg an der Weser, en la Baja Sajonia (Alemania).

SHUTTERSTOCK



ASC

Carlomagno recibe la sumisión de Viduquindo en Paderborn (h. 1840), óleo sobre lienzo del pintor francés de origen neerlandés Ary Scheffer conservado en el Palacio de Versalles.

Conviene también evitar dos simplificaciones opuestas. La primera consiste en convertir Verden en un acto incomprensible incluso para los parámetros de su tiempo, como si Carlomagno hubiera actuado fuera de cualquier lógica política altomedieval. Para él y para su entorno, los hombres castigados no eran solo enemigos capturados, sino súbditos que habían jurado obediencia y después se habían rebelado, lo que situaba el conflicto en el terreno de la traición. La segunda simplificación es aún más problemática: utilizar esa lógica para minimizar lo ocurrido. La justicia regia de la Alta Edad Media podía ser brutal, pero ejecutar a miles de personas como escarmiento siguió siendo una medida extraordinaria. El episodio muestra hasta qué punto la guerra sajona había endurecido al poder carolingio y cómo la violencia podía convertirse en un instrumento consciente de gobierno.

La matanza tampoco resolvió nada. En 783 los sajones volvieron a combatir y Carlomagno tuvo que enfrentarse a ellos en dos grandes acciones, cerca de Detmold y junto al río Hase. Eginardo, que quería presentar la campaña como una sucesión de victorias, subrayaría después esas batallas como momentos decisivos,

pero la resistencia no desapareció. Lo que sí cambió fue la intensidad de la presión. El rey pasó el invierno de 784-785 en Sajonia, algo poco habitual en una guerra que hasta entonces había seguido en gran medida el ritmo de las campañas estivales, y mantuvo una presencia constante que dificultó la recomposición de los rebeldes. La estrategia ya no consistía únicamente en entrar, castigar y retirarse: había que ocupar el territorio, controlar las rutas, exigir rehenes y hacer visible que el monarca podía permanecer allí hasta que la resistencia se agotara.

LA CONVERSIÓN COMO OBEDIENCIA

La dureza militar fue acompañada por una legislación que convirtió el cristianismo en parte del orden político. En algún momento de los años centrales de la guerra, probablemente entre 782 y 785, se promulgó la *Capitulatio de partibus Saxoniae*, uno de los textos más severos de todo el reinado. Su fecha exacta continúa discutiéndose, pero su contenido es inequívoco: la protección de iglesias y clérigos, el bautismo, los ayunos, los ritos funerarios y la fidelidad al rey aparecen regulados dentro de un mismo marco penal. Quemar una iglesia, matar a un sacerdote, practicar determinadas costumbres paganas, rechazar deliberadamente el bautismo o comer carne en Cuaresma «por desprecio del cristianismo» podían castigarse con la muerte. También se imponía el diezmo y se obligaba a las comunidades a sostener materialmente las nuevas iglesias.

Este modo de legislar dice mucho sobre el proyecto de Carlomagno. Para la corte franca, aceptar el bautismo no era solo cambiar de religion, significaba entrar en una comunidad política cristiana cuya cabeza era el rey. Por eso la apostasía, la destrucción de iglesias o el retorno a cultos anteriores podían interpretarse también como señales de rebelión. El problema era que esa identificación entre fe y obediencia hacía muy difícil distinguir la conversión sincera del sometimiento. Miles de sajones podían recibir el bautismo después de una derrota y, meses más tarde, destruir las mismas iglesias cuando volvía a estallar la revuelta. Desde el punto de vista franco aquello confirmaba su «infidelidad»; desde el sajón, el bautismo impuesto podía ser simplemente una cláusula más de una capitulación militar.

Dentro del propio mundo carolingio surgieron críticas. Alcuino de York, uno de los intelectuales más próximos al soberano, no cuestionó el derecho de Carlomagno a gobernar los territorios conquistados ni rechazó la evangelización, pero sí advirtió contra una política que confundía demasiado deprisa victoria militar y fe. En cartas escritas en la década de 790 insistió en que los nuevos conversos necesitaban instrucción antes que cargas, y llegó a señalar incluso que la exigencia del diezmo había contribuido al resentimiento de los sajones. El argumento de Alcuino era a la vez práctico y religioso. Se podía obligar a alguien a recibir agua sobre la cabeza, pero no se le podía obligar a creer. Aquellas objeciones no

LA *CAPITULATIO DE PARTIBUS SAXONIAE* CONVIRTIÓ EL CRISTIANISMO EN PARTE DEL ORDEN POLÍTICO

transformaron de inmediato la política real, aunque ayudan a explicar el giro más moderado que se percibe a finales de siglo.

EL BAUTISMO DE VIDUQUINDO Y UNA PAZ TODAVÍA LEJANA

En 785 se produjo el gran gesto simbólico que Carlomagno llevaba años buscando. Viduquindo aceptó someterse y fue bautizado en Attigny, una residencia regia en la actual Francia. Las fuentes relacionan el acontecimiento con la intervención personal del monarca, que actuó como padrino, y la tradición posterior convirtió la escena en una reconciliación casi legendaria entre los dos grandes protagonistas de la guerra. Históricamente conviene ser más prudentes. No sabemos qué grado de convicción religiosa acompañó al bautismo de Viduquindo, ni hasta qué punto podía hablar en nombre de otros sajones. Lo significativo es que, desde ese momento, desaparece de la documentación como jefe rebelde. Carlomagno había conseguido neutralizar al adversario cuya capacidad para volver una y otra vez había dado continuidad a la resistencia.

Eso no significó el final de las guerras. Las rebeliones reaparecieron en la década de 790, sobre todo en las regiones septentrionales, y la movilización militar franca continuó. El conflicto se mezcló además con las campañas contra los ávaros y con la tensión creciente en la frontera danesa, de manera que Sajonia pasó a ser no solo un territorio que había que pacificar, sino la base desde la que asegurar el nordeste del imperio.

A finales de siglo, sin embargo, la política empezó a cambiar. En 797 un nuevo capitular para Sajonia redujo el carácter excepcional de la legislación anterior y dio mayor espacio a procedimientos judiciales y compensaciones económicas. La conquista seguía siendo un hecho consumado y la conversión no se ponía en cuestión, pero la corte parecía asumir que un país no podía gobernarse indefinidamente como si cada infracción fuera un acto de guerra.

La transformación se apoyó también en la Iglesia. Misioneros como Willehad y Liudger trabajaron en las regiones del Weser, Frisia y Westfalia, y los centros episcopales fueron tomando forma de manera gradual. Aquí conviene huir de cronologías demasiado limpias: algunas sedes nacieron primero como distritos misioneros y solo más tarde adquirieron una organización episcopal estable. Bremen, Minden, Verden, Osnabrück, Münster y Paderborn se consolidaron entre las últimas décadas del siglo VIII y los primeros años del IX, mientras Hildesheim pertenece ya al reinado de Luis el Piadoso. La red eclesiástica no sustituyó de golpe a las antiguas estructuras sajonas, pero ofreció al poder franco una forma de presencia permanente que el ejército, por sí solo, nunca había conseguido. Iglesias, monasterios, obispos y sacerdotes proporcionaban lugares de culto, educación y asistencia, pero también puntos de autoridad, recursos, archivos y vínculos estables con el poder carolingio.



SHUTTERSTOCK

Carlomagno con los sajones bautizados en el Weser, ilustración histórica de 1869 creada originalmente por el célebre artista francés Alphonse de Neuville.

DEPORTAR PARA DOMINAR

La fase final fue especialmente dura en el norte. Los nordalbingios, situados entre el Elba y la frontera danesa, continuaron resistiendo cuando otras regiones habían aceptado ya de manera más estable el nuevo orden. Carlomagno recurrió entonces a una práctica que había utilizado en otros contextos, pero que en Sajonia adquirió una escala notable: el traslado forzoso de población. Las fuentes registran deportaciones en distintos momentos y Eginardo afirma que, al término de la guerra, el rey tomó a 10 000 habitantes de las orillas del Elba y los dispersó, junto con sus mujeres e hijos, por diferentes regiones de la Galia y Germania. Como ocurre con otras cifras altomedievales, no podemos tratar ese número como un censo moderno, pero sí refleja una política deliberada de desarraigo destinada a romper redes de resistencia y reducir la capacidad de los grupos más rebeldes para reorganizarse.

En 804, además, territorios situados al norte del Elba fueron entregados a los abodritas, eslavos aliados de los francos. La medida revela el carácter pragmático de la expansión carolingia. La guerra que las fuentes presentaban como combate contra el paganismo podía apoyarse perfectamente en aliados no francos cuando servían a los intereses del rey. La frontera se reconstruía mediante una combinación de fuerza, pactos, desplazamientos de población y nuevas lealtades. Para entonces la Sajonia de 772 había desaparecido como espacio políticamente independiente. No porque todos sus habitantes hubieran sido sustituidos ni porque su aristocracia hubiera sido



ISTOCK

El bautizo de Viduquindo, líder de la resistencia sajona contra Carlomagno, tuvo lugar en 785 en Attigny, Francia, marcando el fin de las Guerras Sajonas y su sumisión al dominio franco.

exterminada, sino porque las élites que sobrevivieron y prosperaron lo hicieron ya dentro del marco carolingio, aceptando cargos, relaciones de dependencia, formas de justicia y una religión que vinculaban el territorio con el resto del reino.

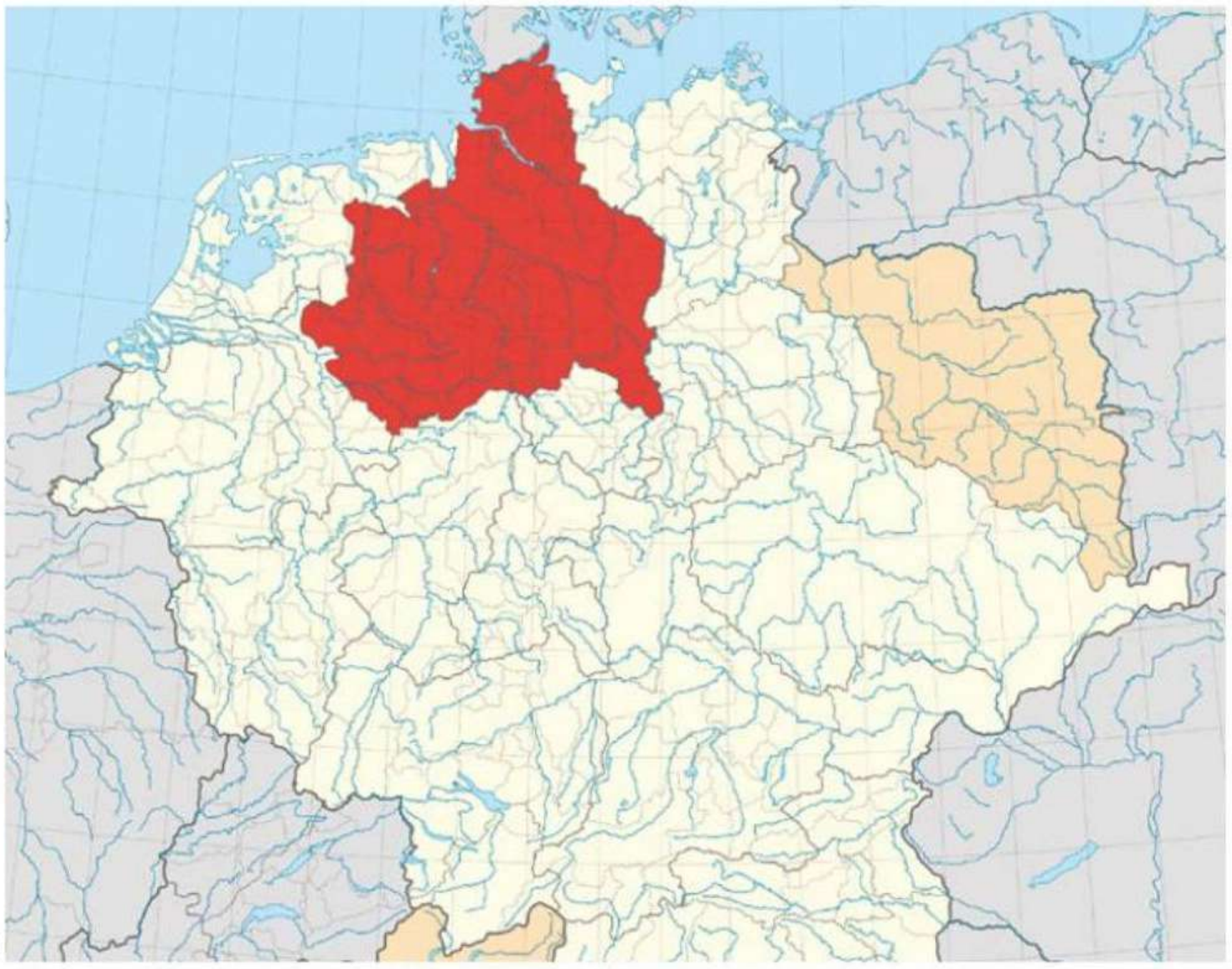
UNA CONQUISTA QUE TRANSFORMÓ A VENCEDORES Y VENCIDOS

El balance de treinta y dos años de guerra resulta difícil de reducir a una simple historia de victoria franca. Carlomagno ganó. Hacia 804 la resistencia militar organizada había sido sofocada, Sajonia estaba incorporada a su espacio político y la cristianización institucional era irreversible. Pero el precio fue enorme: campañas reiteradas, cosechas destruidas, muertes en combate, ejecuciones, toma de rehenes y deportaciones. Eginardo, que admiraba profundamente al emperador, reconoció que ninguna otra guerra librada por los francos había sido tan larga, amarga y trabajosa. Su explicación atribuía la duración del conflicto a la inconstancia de los sajones, siempre dispuestos —según él— a jurar y romper sus juramentos. Leído hoy, ese mismo relato permite observar algo distinto: la dificultad de someter una sociedad descentralizada que no veía por qué debía aceptar como definitivo un pacto impuesto tras cada derrota local.

La conquista tampoco produjo una «franquización» completa de Sajonia. Buena parte de la aristocracia local sobrevivió, se cristianizó y se integró en las redes de poder del reino. En el siglo IX volvemos a encontrar grandes familias sajonas con

enorme capacidad política, y de ese medio surgirían los liudolfingos, antepasados de los reyes otonianos que en el siglo x gobernaron la Francia oriental y alcanzaron la dignidad imperial. La ironía histórica es evidente: una región sometida por Carlomagno con una violencia excepcional acabaría proporcionando, unas generaciones después, la dinastía que recuperaría en el este la idea imperial. Esa continuidad, sin embargo, no debe confundirse con una aceptación inmediata. En 841-842, durante las guerras civiles entre los descendientes de Luis el Piadoso, el movimiento de los Stellinga movilizó a sectores dependientes y libres de rango inferior que apelaron a antiguas costumbres frente a las élites sajonas cristianizadas. Más de medio siglo después del inicio de la conquista, las fracturas sociales que el nuevo orden había reorganizado seguían produciendo conflictos.

Para la figura de Carlomagno, Sajonia constituye una prueba incómoda pero imprescindible. El mismo soberano que protegió escuelas, reunió a algunos de los mejores intelectuales de su tiempo y promovió una reforma cultural de enorme alcance fue capaz de ordenar la matanza de Verden y de respaldar una legislación que amenazaba con la muerte a quienes se resistieran al bautismo. No son dos personajes distintos, ni sirve de mucho elegir uno y ocultar al otro. La construcción carolingia descansó a la vez sobre negociación y coerción, integración de élites y destrucción de resistencias, reforma religiosa y conquista militar. En Sajonia esos elementos aparecen con una claridad que en otros territorios puede quedar disimulada. Allí, durante más de treinta años, Carlomagno descubrió que vencer una batalla era mucho más fácil que convertir una frontera en un reino. ■



ASC

El ducado troncal de Sajonia fue uno de los grandes ducados raíz del Reino de Alemania en la Alta Edad Media.

La frontera del norte

CONQUISTA, REBELIÓN Y CRISTIANIZACIÓN FORZOSA

Ante las incursiones de los vikingos y los pueblos daneses dirigidos por el rey Godofredo en el mar del Norte, Carlomagno fortificó las costas de Frisia y el río Elba a partir de 810.

ISTOCK



ISTOCK

Las embarcaciones vikingas, especialmente los drakkar, estaban diseñadas específicamente para poder varar en playas y ascender ríos poco profundos.

En el año 810, mientras Carlomagno permanecía en Aquisgrán preparando una posible guerra contra el rey danés Godofredo, llegó una noticia inquietante. Una flota de unas doscientas naves procedente del norte había caído sobre Frisia, devastado las islas costeras, desembarcado en tierra firme y derrotado a los frisones en tres enfrentamientos. Los vencedores exigieron tributo. Según los *Annales regni Francorum*, ya habían recibido cien libras de plata cuando la noticia alcanzó al emperador. Carlomagno reaccionó inmediatamente; mandó reunir tropas y abandonó el palacio dispuesto a dirigirse hacia aquella frontera.

La escena resulta significativa porque nos sitúa ante un Carlomagno distinto del conquistador de las décadas anteriores. Después de haber sometido Lombardía, Sajonia y Baviera y destruido el poder ávaro, el anciano emperador descubría que en el norte aparecía un adversario capaz de golpear desde el mar y retirarse antes de que el enorme aparato militar franco pudiera concentrarse. No había comenzado todavía la gran oleada vikinga que castigaría a sus sucesores, pero algunas de sus primeras señales ya eran visibles.

FRISIA, DONDE EL IMPERIO MIRABA AL MAR

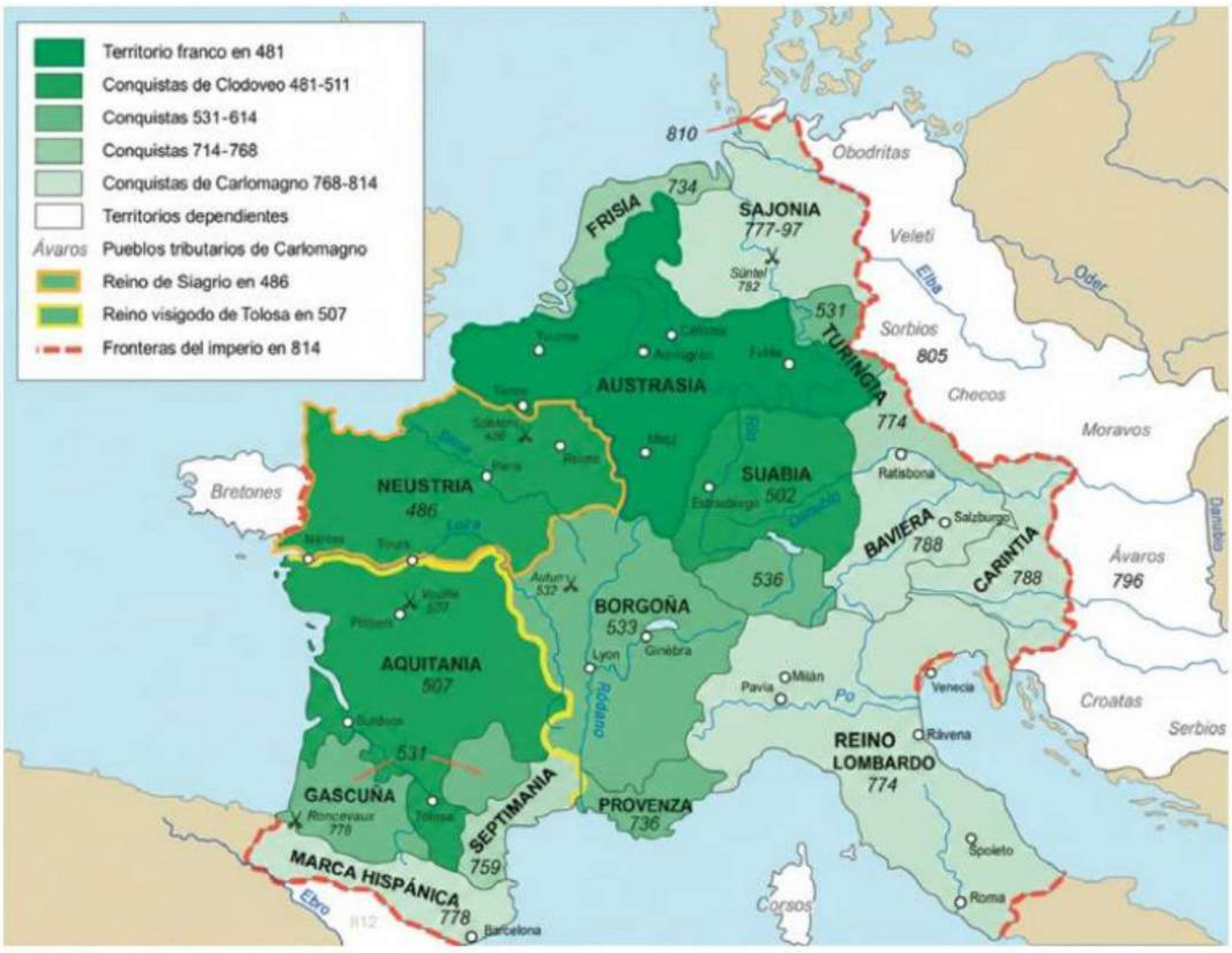
La frontera septentrional no era un espacio vacío situado más allá de Sajonia. El mar del Norte formaba parte de una activa red comercial que unía los territorios francos con Inglaterra, las costas frisias, Dinamarca y el Báltico. Los frisones desempeñaban un papel fundamental en la zona como navegantes y comerciantes, y el gran emporio de Dorestad, situado en el territorio donde las vías fluviales del Rin conectaban con el mar, se había convertido para entonces en uno de los principales mercados del Occidente carolingio.

LAS MISMAS RUTAS MARÍTIMAS PODÍAN TRANSPORTAR MERCANCÍAS EN UN MOMENTO Y HOMBRES ARMADOS EN OTRO

Por allí circulaban vino, tejidos, cerámica, metales, pieles, esclavos y plata, aunque no todos esos productos recorrían necesariamente rutas completas de un extremo al otro. La arqueología ha demostrado la amplitud de esas conexiones. Objetos procedentes del mundo franco aparecen en asentamientos escandinavos y productos del norte alcanzaban a su vez los mercados continentales. El propio éxito de Dorestad demuestra que la economía carolingia estaba mucho menos aislada de lo que durante mucho tiempo se creyó.

Comerciantes y guerreros tampoco habitaban universos separados. Las mismas rutas marítimas podían transportar mercancías en un momento y hombres armados en otro. Los barcos que permitían conectar costas y remontar ríos ofrecían también una extraordinaria capacidad para atacar con rapidez. La diferencia entre comercio, expedición política y saqueo podía ser mucho menos clara de lo que sugieren nuestras categorías.

Durante buena parte del siglo VIII, los principales enemigos septentrionales de los francos habían sido los sajones. Pero las guerras de Carlomagno alteraron por



Diferentes fases de expansión territorial de los francos, desde el núcleo inicial y las anexiones bajo la dinastía merovingia a las grandes conquistas de Carlomagno hacia Germania, Italia y España.



ASC

Monumento a Viduquindo, el histórico líder sajón y oponente de Carlomagno, en la ciudad de Herford, en Renania del Norte-Westfalia, Alemania.

completo ese equilibrio. Al someter progresivamente Sajonia y avanzar hasta el Elba, el poder franco se acercó a Dinamarca. Los daneses dejaron de ser un pueblo remoto situado más allá de otros intermediarios y pasaron a observar directamente la expansión de una potencia que acababa de conquistar y cristianizar por la fuerza a sus vecinos meridionales.

La relación no comenzó únicamente con hostilidad. Había intercambios comerciales, desplazamientos de personas y contactos diplomáticos. Viduquindo, el gran dirigente de la resistencia sajona, había buscado refugio entre los daneses en 777. Años después, otros aristócratas y príncipes utilizarían alternativamente las cortes franca y danesa como lugares de exilio y apoyo. La frontera era una zona de contacto antes que una raya estable sobre el terreno.

GODOFREDO Y LA BATALLA POR EL COMERCIO

A comienzos del siglo IX apareció en las fuentes un rey danés mucho más decidido a frenar la expansión carolingia: Godofredo. Su reino no puede identificarse sin más con la Dinamarca moderna ni sabemos con seguridad hasta qué punto alcanzaba realmente su autoridad, pero es evidente que disponía de suficientes recursos para organizar grandes expediciones, intervenir entre los pueblos eslavos del sur del Báltico y desafiar al emperador.

El choque se agravó después de la derrota definitiva de la resistencia sajona. Carlomagno mantenía una estrecha alianza con los abodritas, un pueblo eslavo asentado al este de Sajonia que actuaba como contrapeso frente a los daneses. Godofredo atacó a esos aliados francos en 808. La campaña fue costosa incluso para él, pero tuvo una consecuencia económica extraordinaria. Y es que, antes de regresar a sus dominios, Godofredo destruyó el emporio de Reric, un importante centro comercial situado en territorio abodrita. Los anales francos explican que aquel mercado le proporcionaba importantes ingresos mediante los tributos que pagaba, pero el rey decidió trasladar a sus mercaderes hacia Sliesthorp, el lugar identificado generalmente con Hedeby. La operación resulta reveladora. Una guerra por el control territorial podía ser también una guerra por las rutas comerciales, los comerciantes y los impuestos que generaban.



ASC

En 810, Godofredo dirigió 200 barcos para saquear la costa frisona y reclamó la Frisia Septentrional como territorio danés.

Hedeby ocupaba una posición excepcional junto al estrecho corredor terrestre que permitía comunicar el Báltico con el mar del Norte evitando circunnavegar la península de Jutlandia. Su desarrollo acabaría convirtiéndolo en uno de los grandes núcleos comerciales de la era vikinga. La decisión de Godofredo muestra que los reyes escandinavos no vivían únicamente del saqueo: comprendían perfectamente el valor político de controlar puertos y mercados.

Ese mismo año, el rey danés reforzó la frontera meridional de su territorio. Los *Annales regni Francorum* describen la construcción de una gran defensa desde el Báltico hasta el mar del Norte, dejando una puerta para carros y jinetes. El pasaje suele relacionarse con el Danevirke, el complejo sistema de fortificaciones de Schleswig, aunque partes de aquellas defensas eran anteriores a Godofredo. Más que «construir» desde cero una muralla contra Carlomagno, el rey amplió y reorganizó un dispositivo fronterizo que llevaba tiempo desarrollándose.

Los francos respondieron también fortificando posiciones. En 809 se levantó una fortaleza en Esesfeld, al norte del Elba. A un lado y otro de la frontera se acumulaban

GODOFREDO DESTRUYÓ EL EMPORIO DE RERIC, UN IMPORTANTE CENTRO COMERCIAL SITUADO EN TERRITORIO ABODRITA

empalizadas, tropas y aliados. La conquista de Sajonia no había cerrado el norte; había abierto un conflicto nuevo.

LOS PRIMEROS GOLPES DESDE EL MAR

Mientras esa rivalidad crecía, las costas de Europa occidental empezaban a recibir ataques escandinavos que los contemporáneos percibieron como una amenaza nueva. El célebre saqueo de Lindisfarne, en 793, no fue el primer contacto violento entre escandinavos y las islas británicas, pero se convirtió en el símbolo de una nueva época. Poco después aparecieron noticias de ataques sobre territorios vinculados al mundo franco.

En 799 se produjo una incursión contra Aquitania. Al año siguiente, Carlomagno inspeccionó parte de la costa atlántica y ordenó preparar barcos y puestos de vigilancia en puertos y desembocaduras. No estaba creando una armada imperial permanente comparable a las flotas de épocas posteriores sino que rataba de responder a un tipo de guerra incómodo para un poder cuya gran ventaja consistía en reunir numerosos contingentes terrestres. Los atacantes podían aparecer en un punto, saquearlo y desaparecer antes de que llegara un ejército.

Pero el desafío alcanzó otra escala en el año 810 cuando la flota danesa que cayó sobre Frisia no se limitó a una incursión contra un monasterio indefenso. Los daneses desembarcaron, vencieron a fuerzas locales y exigieron plata. Godofredo no acompañaba personalmente a la expedición, pero el ataque se produjo en el contexto de su enfrentamiento con Carlomagno y fue interpretado en la corte franca como una amenaza política directa.



ISTOCK

Grabado de la pintura histórica de 1894 *Una incursión nórdica bajo el mando de Olaf Tryggvason*, de Christian Krohg, que representa al líder vikingo durante sus campañas militares.



ISTOCK

El ataque al monasterio de Lindisfarne, en el reino anglosajón de Northumbria (al norte de Inglaterra), ocurrido el 8 de junio de 793, marca simbólicamente el inicio de la Era Vikinga.

El emperador reunió rápidamente un ejército y avanzó hacia el norte. Pero la gran confrontación que parecía aproximarse nunca se produjo ya que Godofredo murió aquel mismo año, asesinado por uno de sus hombres, según los anales. Su sucesor Hemming prefirió negociar y en 811 se acordó la paz entre daneses y francos. Así pues, la muerte del rey resolvió el peligro inmediato, pero no el problema que anunciaba. Carlomagno falleció apenas cuatro años después, en 814, de modo que las grandes devastaciones vikingas sobre el territorio franco pertenecen sobre todo al reinado de sus hijos y nietos. Dorestad, que en tiempos del emperador había simbolizado la prosperidad comercial del norte, sería atacada repetidamente a partir de 834. Décadas más tarde, flotas mucho mayores penetrarían por el Sena, el Loira, el Rin y otros ríos.

Así pues, sería anacrónico presentar a Carlomagno como el hombre que combatió «las invasiones vikingas». La realidad es que no conoció el fenómeno con la intensidad que sufrirían sus descendientes y, además, sus enemigos daneses actuaban como un poder político organizado, no simplemente como bandas de saqueadores. Peor lo que sí alcanzó a ver fue el comienzo de una transformación profunda. La conquista de Sajonia había llevado al imperio hasta las puertas de Escandinavia; el comercio había creado vías de comunicación extraordinariamente activas; y esas mismas vías podían convertirse en corredores de ataque. Carlomagno había pasado la mayor parte de su reinado ampliando las fronteras hacia fuera. En sus últimos años, en las costas del norte, empezaba a descubrir que también habría que aprender a defenderlas. ■

Estatua ecuestre de Carlomagno creada por Agostino Cornacchini entre 1720 y 1725, situada a la izquierda del pórtico de la Basílica de San Pedro en la Ciudad del Vaticano. ASC

Hacia el Danubio

BÁVAROS, ÁVAROS Y ESLAVOS ANTE LA EXPANSIÓN CAROLINGIA

IRLANDA

GALES

ANGLOSAJONES

Londres

MARCA DANESA

Hamburgo

Brema

SAJONES

Münster

ESLAV

Aquisgrán

AUSTRASIA

Erfurt

Fulda

MARCA SORABA

BRETAÑA

NEUSTRIA

Reims

París

Maguncia

Worms

FRANCONIA

Ratisbona

MARCA ORIEN

Tours

Bourges

ALAMANIA

BAVIERA

ÉANO

ÁNTICO

Burdeos

AQUITANIA

BORGOÑA

Lyon

Ginebra

CARINTIA

MARCA PANÓNICA

Tolosa

LOMBARDÍA

Pavia

Génova

FRIUL

Verona

Venecia

Rávena

DALMACIA

CROATA

Espalato

MARCA HISPÁNICA

Zaragoza

Pisa

TUSCIA

ESPÓLETO

Ragusa

Cattaro

Dyrr

BALEARES

CÓRCEGA

BENEVENTO

CERDEÑA

CALABRIA

TERRITORIOS BIZANTI

E O

SICILIA

Siracusa

1 Territorios heredados por Carlomagno

2 Territorios conquistados por Carlomagno

3 Territorios dependientes del Imperio

4 Marcas defensivas del Imperio

5 Líneas de resistencia del Imperio

En septiembre de 791, Carlomagno avanzó hacia el este siguiendo el curso del Danubio al frente de uno de los mayores ejércitos que había reunido hasta entonces. Había pasado buena parte de los meses anteriores en Ratisbona, preparando hombres, víveres, caballos y embarcaciones para una campaña que debía llevarlo más allá de la antigua frontera bávara, hasta las tierras dominadas por los ávaros. Nada de aquello se improvisaba. Para alcanzar Panonia había que alimentar durante semanas a miles de hombres y animales, mantener abiertos caminos y pasos fluviales, coordinar contingentes llegados de regiones muy distintas y, sobre todo, asegurar una retaguardia que apenas tres años antes todavía pertenecía a un ducado gobernado por una dinastía propia. La expedición de 791 no se entiende, por tanto, como una guerra aislada contra un pueblo de las estepas, sino como la consecuencia directa de un proceso iniciado en Baviera y prolongado durante casi dos décadas por toda la Europa central. En ese tiempo, Carlomagno eliminó la autonomía de los agilolfingos, quebró el poder político del kanato ávaro y extendió su influencia sobre una constelación de pueblos eslavos que nunca llegó a dominar del mismo modo. El resultado no fue una frontera nítida ni una sucesión ordenada de provincias, sino una zona inmensa de fidelidades cambiantes, territorios directamente gobernados, aliados, tributarios y pueblos que aceptaban la autoridad franca solo mientras esta podía hacerse sentir.

BAVIERA, LA PUERTA DEL ESTE

Baviera ocupaba una posición singular dentro del mundo franco. Desde el siglo VI estaba gobernada por los agilolfingos y, aunque sus duques reconocían de una forma u otra la superioridad de los reyes francos, disponían de un margen de actuación que se parecía mucho a la independencia. Convocaban asambleas, repartían cargos, fundaban monasterios, controlaban una aristocracia propia y mantenían relaciones con sus vecinos sin esperar instrucciones constantes de la corte. Tasilón III, convertido en duque en 748 cuando todavía era un niño, encarnó mejor que nadie esa ambigüedad. Era sobrino de Pipino el Breve por parte de madre y había crecido dentro de la órbita política de los carolingios, pero al llegar a la edad adulta gobernó Baviera como un príncipe con intereses propios. En 757 prestó fidelidad a Pipino y a sus hijos, una ceremonia que los escritores carolingios recordarían después como prueba de subordinación; sin embargo, durante años siguió actuando con una libertad considerable. La distancia entre lo que Tasilón creía ser y lo que Carlomagno estaba dispuesto a permitirle se fue haciendo cada vez mayor a medida que el poder carolingio se consolidaba.

La ruptura tenía además una historia familiar incómoda. Hacia 763 Tasilón se casó con Liutberga, hija del rey lombardo Desiderio, y se convirtió así en yerno del monarca al que Carlomagno destronaría en 774. El parentesco no condenaba por sí solo al duque bávaro, pero después de la conquista de Italia colocó a su casa dentro de una red dinástica que la corte franca podía contemplar con recelo. A ello se sumó un episodio más antiguo que acabaría adquiriendo una importancia sorprendente. En el año 763, durante una campaña de Pipino contra Aquitania, Tasilón abandonó el ejército y regresó a Baviera. Décadas después, los anales carolingios calificarían aquella marcha como *harisliz*, es decir, deserción del ejército, una falta gravísima. Lo revelador es que Pipino no lo castigó entonces. El episodio



ASC

La victoria de Carlomagno sobre los ávaros cerca de Ratisbona, obra del artista alemán Albrecht Altdorfer pintada en 1518, conservada en el Museo Nacional Germánico de Núremberg.

permaneció en la memoria política hasta que, veinticinco años después, se convirtió en una de las piezas jurídicas utilizadas para despojar al duque de su poder. La historia de la caída de Tasilón muestra así hasta qué punto en la política carolingia una antigua ofensa podía ser reinterpretada cuando cambiaban las circunstancias y resultaba útil convertir un conflicto político en una acusación legal.

La crisis se precipitó en 787. Carlomagno, que ya había eliminado el reino lombardo y estaba inmerso en la larga guerra sajona, decidió terminar con una autonomía bávara que podía comprometer su flanco oriental. Tres ejércitos amenazaron el ducado desde direcciones diferentes y Tasilón, sin aliados capaces de sostener una guerra abierta, acabó sometiéndose en el Lechfeld, cerca de Augsburgo, en octubre de aquel año. Renovó su fidelidad, entregó rehenes y aceptó condiciones que reducían drásticamente su margen de maniobra. Aun así, Carlomagno no se conformó. En 788 convocó una asamblea en Ingelheim en la que el propio duque fue acusado de quebrantar sus juramentos, de mantener contactos hostiles con los ávaros y, sobre todo, de aquella deserción de 763 que ahora regresaba convertida en delito capital. Los testimonios procedieron en parte de magnates bávaros, un detalle importante porque la deposición no fue simplemente la imposición de un conquistador extranjero. Sectores de la propia aristocracia local tenían razones para preferir una relación directa con el rey franco antes que continuar bajo la tutela de una casa ducal que monopolizaba cargos y patronazgo. Tasilón fue condenado a muerte, pero Carlomagno conmutó la pena por la tonsura y el encierro monástico. Su esposa



ALBUM

Tras ser obligado por Carlomagno a renovar su juramento de fidelidad en el año 787, Tasilón III regresó a Ratisbona y comenzó a negociar en secreto una alianza militar con los ávaros.

y sus hijos fueron apartados igualmente de la vida política, y seis años más tarde, en la asamblea de Frankfurt de 794, el antiguo duque reapareció para renunciar públicamente a cualquier derecho que pudiera conservar sobre Baviera. Con aquella ceremonia se cerraba, también en el terreno simbólico, la historia política de los agilolfingos.

La incorporación de Baviera al reino carolingio fue mucho menos destructiva que la conquista de Sajonia y tampoco supuso borrar de un golpe sus instituciones. Carlomagno colocó a hombres de confianza en posiciones clave y reforzó el vínculo directo entre la aristocracia bávara y la corte, pero buena parte de las estructuras locales continuó funcionando. La *Lex Baiuvariorum* siguió siendo una referencia jurídica, nobles del territorio conservaron influencia y la red eclesiástica ofrecía al nuevo poder una infraestructura que no era necesario crear desde cero. Salzburgo, Frisinga, Passau y Ratisbona poseían obispos, monasterios, tierras, escribas y conexiones políticas de larga trayectoria; en 798, a petición de Carlomagno, el papa elevó a Arn de Salzburgo a la dignidad arzobispal y convirtió su sede en el centro metropolitano de Baviera. La Iglesia bávara se integró así en el entramado carolingio y, al mismo tiempo, se convirtió en una herramienta decisiva para proyectar la autoridad hacia el este. Ratisbona desempeñó un papel especialmente importante. Antigua fortaleza romana, residencia de los duques y punto natural de comunicación con el Danubio, pasó a ser durante estos años una de las principales bases desde las que el rey podía reunir ejércitos, recibir embajadas y organizar las campañas orientales. La caída de Tasilón no fue, por ello, el final de un problema regional: abrió una puerta geopolítica que colocaba a los francos frente a frente con los ávaros.

EL VIEJO PODER DE LOS ÁVAROS

Los ávaros llevaban instalados en la cuenca de los Cárpatos desde finales del siglo VI. Su llegada había transformado el equilibrio de Europa central y durante generaciones su kanato fue uno de los grandes interlocutores militares de Bizancio en la frontera danubiana. La imagen tradicional de una horda nómada asentada provisionalmente en las llanuras de Panonia resulta demasiado pobre para describir una estructura política que había sobrevivido más de dos siglos, controlaba poblaciones diversas y poseía una jerarquía propia capaz de recaudar tributos, movilizar guerreros y redistribuir riqueza. Su élite conservaba rasgos culturales de tradición esteparia, visibles en el armamento, en los ajuares funerarios y en determinados objetos de prestigio, pero el mundo ávaro del siglo VIII

LA IGLESIA BÁVARA SE CONVIRTIÓ EN UNA HERRAMIENTA DECISIVA PARA PROYECTAR LA AUTORIDAD HACIA EL ESTE

era también el resultado de una larga convivencia con comunidades eslavas, germánicas y romanizadas y de siglos de relación, conflictiva y a veces diplomática, con el Imperio bizantino.

Buena parte del prestigio de sus gobernantes se había construido precisamente sobre la capacidad de concentrar riqueza. Desde el siglo VI, Constantinopla pagó a los ávaros enormes cantidades de oro a cambio de treguas, alianzas o simplemente de mantenerlos alejados de determinados territorios balcánicos. A esos pagos se añadían los botines de guerra y los tributos exigidos a pueblos subordinados, de modo que el tesoro del kan acumuló durante generaciones objetos, metales preciosos y piezas de procedencia muy diversa. Esa riqueza impresionaría a los francos cuando finalmente cayó en sus manos, pero en 788 todavía había razones para considerar al kanato un adversario peligroso. Ese mismo año se produjeron incursiones ávaras contra territorios bávaros y friulanos vinculados ya a la esfera carolingia, y las negociaciones fronterizas emprendidas poco después no resolvieron la tensión. En 790 se intentó precisar dónde terminaba la autoridad de unos y comenzaba la de los otros. El fracaso de aquellas conversaciones preparó el camino para la guerra.

ENLACE AL CANAL
x.com/byneontelegram
Ó escanea el código QR:



ALBUM

Tasilón jura lealtad a Carlomagno (787), grabado en madera hacia 1860, basado en un fresco de alrededor de 1825-30, en las arcadas del jardín de la corte de Múnich.

Carlomagno pasó buena parte de 791 en Ratisbona organizando la expedición. El Danubio servía de vía de penetración y de abastecimiento, y las fuerzas francas avanzaron acompañadas por embarcaciones que transportaban provisiones mientras otros contingentes operaban desde Italia y las regiones alpinas. Antes de internarse en territorio enemigo, el ejército celebró varios días de ayuno y letanías, un detalle que recuerda que la campaña se concebía también dentro de un lenguaje religioso. La victoria era presentada como prueba del favor divino y la guerra contra un poder pagano podía describirse como una empresa cristiana. La preparación fue extraordinaria, pero el resultado estuvo lejos de la conquista fulminante que cabría esperar. Los ávaros evitaron una gran batalla decisiva, abandonaron o destruyeron algunas posiciones y dejaron que el ejército franco penetrara en un territorio donde cada jornada de marcha alargaba las líneas de suministro. Carlomagno avanzó profundamente y pudo presentar la expedición como un éxito, pero no destruyó el kanato ni capturó su centro político.

Aquel año dejó además una lección que las crónicas heroicas no podían esconder por completo, el enemigo más peligroso no siempre llevaba armas. Las fuentes hablan de una epidemia entre los caballos que habría acabado con una proporción enorme de las monturas del ejército, quizá hasta nueve de cada diez según el cálculo transmitido. La cifra puede contener exageración, pero la magnitud de la pérdida no parece dudosa. En una fuerza que dependía de los caballos no solo para la caballería, sino también para el transporte de bagajes, mensajeros y mandos, la



ASC

Iluminación del *Salterio de Stuttgart* (primera mitad del siglo IX, h. 820-830) que representa a jinetes y soldados carolingios en batalla, posiblemente frente a los ávaros.

EL TESORO ÁVARO. ¿DE DÓNDE SALIÓ TANTA RIQUEZA?

Cuando las fuerzas carolingias alcanzaron el núcleo del poder ávaro entre 795 y 796, el botín causó asombro. Las fuentes francas hablan de oro, plata, tejidos y objetos preciosos acumulados durante generaciones, y algunas tradiciones llegaron a describir largos convoyes de carros trasladando la riqueza hacia el oeste. No es posible convertir esas imágenes en un inventario exacto, pero sí sabemos que el kanato había manejado cantidades extraordinarias de metal precioso. Su origen explica por qué el tesoro era mucho más que el producto de unas cuantas campañas de saqueo. Desde finales del siglo VI, el Imperio bizantino pagó a los ávaros grandes sumas de oro para asegurar treguas y contener sus ataques en los Balcanes. Los estudios numismáticos calculan que a lo largo de varias décadas fluyeron hacia la cuenca de los Cárpatos millones de sólidos bizantinos. El kan podía redistribuir esa riqueza entre sus seguidores y convertirla en un instrumento de poder: el oro no solo compraba objetos, compraba fidelidades. A ello se añadían el botín obtenido en guerra y los tributos exigidos a comunidades sometidas, especialmente en el amplio mundo eslavo situado bajo influencia ávara. Parte del metal se fundía o transformaba en vajillas, hebillas, guarniciones de cinturón y adornos de caballo, de modo que no todo el tesoro debía consistir en monedas guardadas intactas durante dos siglos.

Carlomagno utilizó el botín de una manera igualmente política. Una parte pasó al tesoro regio y otra fue distribuida entre aristócratas, iglesias, monasterios y aliados. Regalar riqueza era una forma de gobernar: premiaba la fidelidad, reforzaba vínculos y convertía una victoria militar en prestigio tangible. El eco del botín llegó incluso a quienes no habían participado en la campaña, y la corte lo presentó como signo de una victoria concedida por Dios.

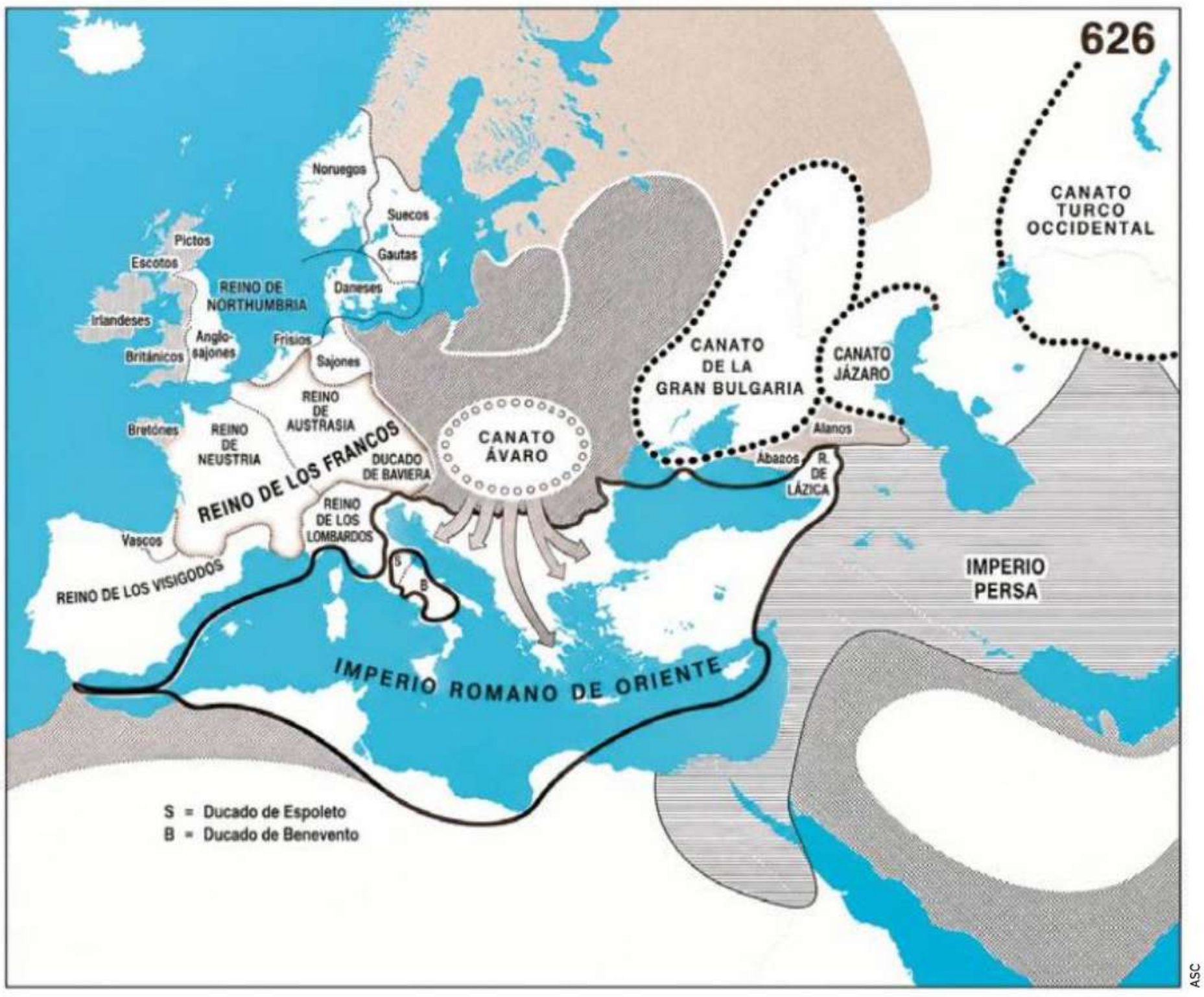
Durante mucho tiempo se sugirió que esta llegada masiva de metales preciosos pudo financiar o incluso provocar la gran reforma monetaria de Carlomagno. La cronología obliga a ser prudentes. La reforma del denario pesado se sitúa hacia 793, antes de que el grueso del tesoro ávaro llegara a manos francas en 795-796, y los análisis arqueométricos de monedas carolingias apuntan además a un uso creciente de plata procedente de las minas de Melle, en Aquitania. El botín ávaro enriqueció indudablemente a la corte y amplió su capacidad de recompensa, pero no puede presentarse como la causa de la reforma monetaria. Su importancia fue, sobre todo, política y simbólica: hizo visible ante toda la aristocracia que las guerras del rey podían transformar una victoria lejana en riqueza repartida en el corazón del imperio.

enfermedad tenía consecuencias estratégicas inmediatas. Carlomagno permaneció durante un periodo inusualmente largo en Ratisbona y la gran ofensiva oriental perdió impulso. La epidemia de 791 resulta especialmente reveladora porque devuelve la guerra a su escala material: detrás de las decisiones de los reyes había animales que enfermaban, forraje que se agotaba, carros que se atascaban y distancias que convertían una victoria táctica en un problema logístico. El poder carolingio era formidable, pero seguía sometido a límites que ningún capitular podía abolir.

LA CAÍDA DEL KANATO

Los años siguientes ofrecieron a los ávaros un respiro que no supieron aprovechar. Carlomagno tuvo que atender otros frentes. En 792 estalló la conspiración de Pipino el Jorobado y nuevas rebeliones sajonas volvieron a reclamar ejércitos y recursos. Mientras tanto, dentro del propio kanato se agudizaron las luchas entre facciones. Hacia 795, la violencia interna alcanzó a los principales dirigentes y debilitó la estructura que durante generaciones había mantenido cohesionadas a las élites. Los francos no crearon aquella crisis, pero supieron aprovecharla. Desde Friul, el duque Erico impulsó incursiones que alcanzaron el corazón del territorio ávaro y obtuvieron una parte considerable del tesoro. Al año siguiente fue Pipino, el hijo de Carlomagno que gobernaba Italia, quien dirigió una expedición de mayor alcance y penetró hasta la sede del poder del kan, donde se apoderó de nuevas riquezas y recibió la sumisión de dirigentes locales.

Las fuentes francas llamaron la atención sobre el llamado «Anillo», convertido después en uno de los elementos más célebres de las guerras contra los ávaros. Durante mucho tiempo se imaginó como una gigantesca fortaleza circular formada por varios recintos concéntricos de tierra y madera, en cuyo centro se acumulaba el tesoro del kanato. Parte de esa imagen procede, sin embargo, de relatos tardíos como el de Notker de San Galo, escrito varias décadas después y lleno de escenas



La expansión de los ávaros comenzó en el siglo VI cuando este pueblo nómada de Eurasia llegó a la cuenca de Panonia tras huir de Asia Central.

construidas para maravillar y moralizar al lector. La arqueología no ha permitido identificar con seguridad una estructura monumental que corresponda a esa descripción ni fijar de manera indiscutible la localización del centro tomado por los francos. Es más prudente hablar de la sede o núcleo del poder ávaro, fortificado de algún modo y asociado al tesoro y al ceremonial de la élite, sin convertir en plano arquitectónico una narración literaria posterior. Lo esencial no cambia: entre 795 y 796 el sistema político que había dominado la cuenca de los Cárpatos sufrió un golpe del que ya no se recuperaría.

La victoria tuvo una repercusión enorme en la corte. El botín fue trasladado hacia el oeste y distribuido entre iglesias, monasterios, grandes aristócratas y aliados, siguiendo una lógica que Carlomagno había utilizado muchas veces. La riqueza capturada en campaña se convertía en fidelidad, prestigio y capacidad para recompensar servicios. Eginardo, escribiendo más tarde, sostuvo que los francos habían pasado de ser relativamente pobres a enriquecerse con el tesoro ávaro, una afirmación panegírica que no debe leerse como una estadística económica, pero sí como indicio de la impresión causada por aquellas cantidades de oro, plata, tejidos y objetos preciosos. El botín alimentó también una poderosa interpretación religiosa. Para Alcuino y otros hombres de la corte, la caída de un poder pagano parecía confirmar que Dios favorecía la expansión del reino cristiano. Sin embargo, precisamente Alcuino advirtió de un peligro que la experiencia sajona había hecho evidente: conquistar un territorio no equivalía a convertir sinceramente a sus habitantes. En 796, Arn de Salzburgo y Paulino de Aquilea participaron en la organización de la misión en las nuevas tierras y defendieron la necesidad de instruir antes de bautizar, una postura bastante distinta de las conversiones coercitivas aplicadas durante los momentos más duros de las guerras de Sajonia.

El kanato no desapareció de un día para otro ni todos los ávaros fueron expulsados o muertos. Durante los primeros años del siglo IX aparecen todavía grupos dirigidos por jefes que negociaban con los francos, aceptaban el bautismo o pedían protección frente a sus vecinos eslavos. En 805, una comunidad ávara obtuvo permiso para asentarse bajo autoridad franca en la parte occidental de Panonia. Esa supervivencia obliga a matizar la vieja imagen de una aniquilación total. Lo que se derrumbó fue la estructura política capaz de imponer obediencia y redistribuir tributos a gran escala; las personas permanecieron y tuvieron que encontrar un lugar dentro de un paisaje político nuevo, en el que la supremacía franca era real pero mucho menos uniforme de lo que sugieren los mapas coloreados de los imperios medievales.

UNA FRONTERA SIN LÍNEAS NÍTIDAS

Gobernar aquel espacio resultó más difícil que conquistarlo. La historiografía tradicional acostumbró a dibujar en el mapa una serie de «marcas» orientales y a presentarlas como distritos militares bien delimitados, administrados por

margraves con competencias casi uniformes. La realidad de finales del siglo VIII fue bastante menos ordenada. Carlomagno utilizó prefectos, condes, duques fronterizos, obispos y aliados locales, y distribuyó responsabilidades de acuerdo con las necesidades de cada zona. Geroldo, cuñado del rey, desempeñó un papel central en Baviera y en la frontera oriental hasta su muerte en 799; Erico de Friul actuó con gran autonomía en el sureste y murió ese mismo año cerca de Tarsatica, en la costa dálmata. La desaparición casi simultánea de ambos muestra hasta qué punto el sistema seguía dependiendo de personas concretas y de redes de confianza más que de una administración territorial perfectamente estandarizada.

Con el tiempo, las fuentes y la historiografía utilizarían nombres como Panonia, frontera ávara o marca oriental para describir partes de ese espacio, y de algunas de aquellas estructuras surgirían siglos más tarde entidades políticas duraderas. Pero sería engañoso imaginar que Carlomagno diseñó de antemano una «Ostmark» destinada a convertirse en Austria o que trazó sobre el Danubio un sistema de fronteras equivalente al de un Estado moderno. En la práctica, su dominio se organizaba por capas. Baviera estaba integrada de forma bastante directa en el reino y contaba con una aristocracia y una Iglesia incorporadas al sistema carolingio; más al este, en las antiguas tierras ávaras, la autoridad dependía de guarniciones, condes, obispos, centros estratégicos y comunidades sometidas de manera desigual; más allá aún comenzaba una periferia de pueblos que podían pagar tributo, enviar rehenes, proporcionar tropas o reconocer al emperador sin quedar por ello incluidos en una administración franca estable. Helmut Reimitz ha insistido recientemente en que la topografía política de ese «Este» carolingio era mucho más imprecisa que la que construyeron después los mapas y las categorías historiográficas. La misión cristiana podía recibir un territorio de actuación; la soberanía, en cambio, rara vez podía encerrarse dentro de una línea tan clara.

LOS ESLAVOS: ALIADOS, TRIBUTARIOS Y ADVERSARIOS

Esa falta de homogeneidad se aprecia especialmente en la relación con los pueblos eslavos. La propia palabra «eslavos» resulta demasiado amplia si se utiliza como si designara un único actor político. Al este del Elba, en Bohemia, en los Alpes orientales y hacia el Adriático existían comunidades y agrupaciones con intereses distintos, enfrentadas a menudo entre sí y capaces de utilizar a los francos del mismo modo que los francos intentaban utilizarlas. Los obodritas, asentados al noreste de Sajonia, fueron aliados especialmente útiles durante las guerras sajonas porque mantenían una enemistad antigua con sus vecinos. Combatieron junto a las fuerzas carolingias y, tras las deportaciones de sajones nordalbingios en 804, recibieron temporalmente parte de los territorios evacuados. No se trataba de una política sentimental de amistad entre pueblos, sino de la vieja lógica de la frontera: sostener a un aliado podía resultar mucho más barato que ocupar directamente un espacio difícil.

EN LAS ANTIGUAS TIERRAS ÁVARAS, LA AUTORIDAD DEPENDÍA DE GUARNICIONES, CONDES, OBISPOS Y CENTROS ESTRATÉGICOS



ASC

Atila, seguido por sus hordas bárbaras, pisotea Italia y las artes (detalle), obra de Eugène Delacroix en 1847, representa la devastación de Italia por parte del rey de los hunos.

Más al sur, los sorbios mantuvieron una relación más inestable. Las expediciones francas buscaban asegurar el corredor oriental de Sajonia, imponer tributo y evitar que jefes locales se convirtieran en apoyo de nuevas rebeliones, pero no produjeron una anexión comparable a la de Baviera. Algo semejante ocurrió con Bohemia. En 805 un ejército encabezado por Carlos el Joven, hijo de Carlomagno, penetró en territorio bohemio y al año siguiente se repitieron las operaciones, aunque la capacidad franca para controlar de manera permanente aquellas regiones fue limitada. La corte podía exigir sumisión, rehenes o tributos y considerar a los bohemios dentro de su esfera de superioridad; otra cosa era gobernar aldeas y valles situados a cientos de kilómetros de Aquisgrán. Cuanto más avanzaba el imperio hacia el este, más dependía de pactos locales y menos se parecía su autoridad a la ejercida en el corazón franco.

En los Alpes orientales, los carantanios ofrecen un ejemplo diferente. Ya antes de la caída de Tasilón habían entrado en la órbita bávara y su cristianización estuvo ligada a Salzburgo. Cuando Baviera fue incorporada, esa relación pasó al marco

LA CONQUISTA DEL TESORO ÁVARO PROPORCIONÓ A LA CORTE UNA IMAGEN PERFECTA PARA CELEBRAR EL TRIUNFO

carolingio sin necesidad de una campaña de conquista como la sajona. La Iglesia salzburguesa extendió su acción misionera por Carintia y Panonia y se convirtió en una pieza fundamental para mantener vínculos con poblaciones sobre las que la presencia militar podía ser intermitente. Hacia el sureste, en cambio, las relaciones con comunidades eslavas y con los espacios costeros del Adriático se mezclaban con la competencia bizantina, lo que aconseja no prolongar artificialmente la política de Carlomagno hacia conflictos que estallarían ya bajo su hijo Luis el Piadoso. La frontera oriental no era una sola frontera sino la suma de muchas, cada una con sus propias reglas.

El avance carolingio modificó también las rutas de circulación, aunque conviene no imaginar que el comercio nació allí después de las conquistas. El Danubio llevaba siglos conectando regiones y los contactos entre Baviera, Panonia, los Balcanes y Bizancio nunca habían desaparecido. Lo que cambió fue quién controlaba algunos de los puntos de paso y qué redes políticas protegían o gravaban los intercambios. Ratisbona ganó centralidad como residencia regia y nodo oriental, mientras monasterios y sedes episcopales participaron en la circulación de mercancías, manuscritos, clérigos y noticias. La desarticulación del poder ávaro no abrió de repente una puerta que hubiera permanecido cerrada, pero sí reorganizó los intermediarios y acercó la esfera carolingia a circuitos económicos y diplomáticos que se extendían hacia el sudeste europeo.



ASC

Como nieto mayor, Lotario I heredó la ambición de mantener unido el gran imperio que Carlomagno había unificado.

AL ESTE DEL IMPERIO

La expansión hacia el Danubio muestra una cara del gobierno de Carlomagno distinta de la que ofrecen Italia o Sajonia. En Baviera pudo eliminar una dinastía y absorber un territorio ya cristiano sin destruir sus leyes ni sus élites; frente a los ávaros utilizó una campaña de gran escala, se benefició después de la crisis interna de su adversario y convirtió el saqueo de su centro político en una victoria de enorme valor propagandístico; con los pueblos eslavos, en cambio, tuvo que aceptar una gama mucho más amplia de soluciones,



ASC/MEISTERDRUCKE

Proyecto de un canal entre el Rin y el Danubio, 793. Carlomagno visita el emplazamiento del Canal que conecta el Mar del Norte con el Mar Negro, grabado de Jean Michel Moreau del siglo XVIII.

desde la alianza hasta el tributo, pasando por expediciones punitivas que no desembocaban necesariamente en ocupación. No hubo, por tanto, un único método carolingio de conquista. Hubo una combinación de fuerza, negociación, patronazgo religioso y capacidad para aprovechar las divisiones del adversario.

Al final del reinado, la autoridad de Carlomagno alcanzaba mucho más lejos hacia el este que la de Pipino el Breve, pero su intensidad disminuía con la distancia. En Ratisbona, un conde o un obispo podía formar parte del mismo entramado político que los grandes magnates francos; en la antigua Panonia ávara, el poder dependía de jefes locales, misioneros y comandantes fronterizos; en Bohemia o entre los sorbios, una promesa de tributo podía significar poco si durante años no aparecía un ejército que la hiciera recordar. Esa gradación no fue un fracaso excepcional, sino una característica normal de los imperios premodernos, y explica mejor que cualquier línea sobre un mapa lo que Carlomagno consiguió. Su dominio oriental no fue una muralla cerrada, sino una franja de influencia que se ensanchaba y se contraía conforme cambiaban las alianzas, las campañas y las personas encargadas de sostenerla.

La conquista del tesoro ávaro proporcionó a la corte una imagen perfecta para celebrar el triunfo: carros de riquezas avanzando hacia Occidente, jefes paganos sometidos y nuevas tierras abiertas a la misión cristiana. La realidad posterior fue menos espectacular y, precisamente por ello, más importante. Había que gobernar poblaciones distintas, mantener caminos, resolver disputas, colocar hombres de confianza sin destruir todas las jerarquías locales y decidir hasta dónde merecía la pena enviar un ejército. En esa tarea se definió una frontera oriental cuya historia continuaría mucho después de la muerte de Carlomagno. El Danubio no se convirtió en el borde fijo de su imperio; se convirtió en el gran eje de una periferia donde el poder carolingio descubrió, quizá con más claridad que en ningún otro lugar, que conquistar y gobernar eran dos empresas muy diferentes. ■

CARLOMAGNO
ENTRE AL-ÁNDALUS,
AQUITANIA Y LOS
PIRINEOS

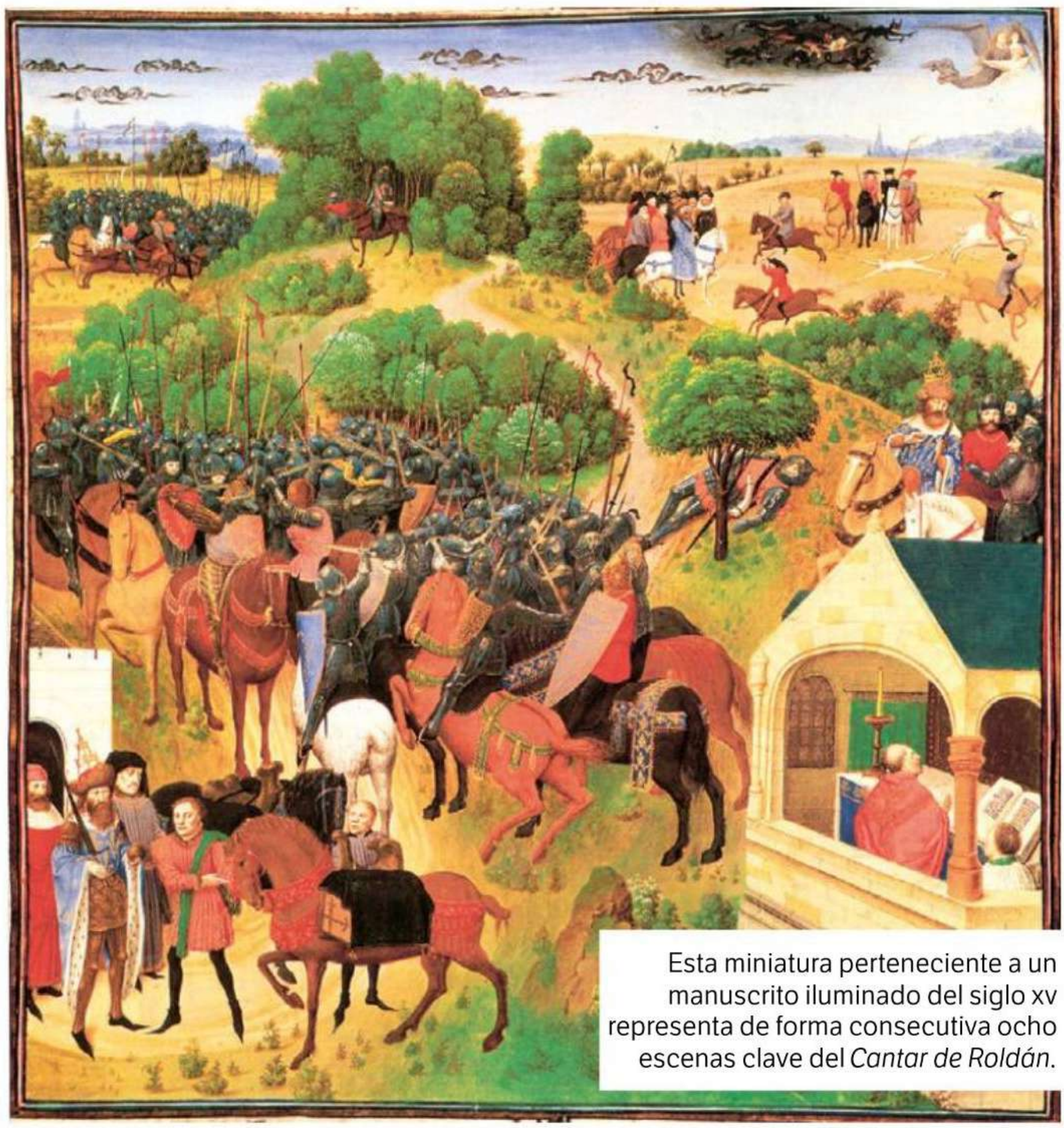
Roncesvalles y la frontera del sur

Miniatura en un manuscrito de 1399 que recrea la batalla de Roncesvalles, acontecida el 15 de agosto de 778.

ASC

En el verano de 778, un ejército franco que había cruzado los Pirineos con la expectativa de tomar Zaragoza regresaba hacia el norte tras un fracaso que ningún cronista carolingio tuvo interés en subrayar. En algún punto de los Pirineos occidentales, en la zona tradicionalmente identificada con Roncesvalles, la retaguardia de esa columna fue aniquilada. El episodio, apenas un párrafo en las fuentes contemporáneas, se convertiría tres siglos más tarde en el poema fundacional de la épica francesa y, de camino, en una de las falsificaciones históricas más productivas de la Edad Media.

Entre la expedición real y la leyenda de Roldán media una distancia que conviene mantener nítida, porque es precisamente esa distancia la que revela cómo se construyen las memorias nacionales sobre la arena movediza de los hechos. El presente artículo reconstruye la campaña de 778, su fracaso ante Zaragoza y la emboscada de Roncesvalles, distinguiendo el suceso histórico de su elaboración legendaria posterior; y examina después, en un registro distinto, la consolidación mucho más lenta y desigual de la presencia franca al sur de los Pirineos, que culminó en la conquista de Barcelona en 801 y en la formación, no de una provincia diseñada



ASC

Esta miniatura perteneciente a un manuscrito iluminado del siglo xv representa de forma consecutiva ocho escenas clave del *Cantar de Roldán*.

de antemano, sino de un mosaico de condados fronterizos. Aunque la expresión Marca Hispánica aparece en algunas fuentes carolingias del siglo IX, no designaba una circunscripción administrativa unificada, con límites e instituciones propias, como durante mucho tiempo se interpretó retrospectivamente.

LA CRISIS DE AL-ÁNDALUS Y LA LLAMADA A CARLOMAGNO

La expedición de 778 nació de una crisis interna del emirato omeya de Córdoba, y no de un proyecto carolingio de conquista peninsular. Abd al-Rahman I (castellanizado como Abderramán), superviviente de la persecución y matanza de la familia omeya emprendida por los abasíes tras su llegada al poder en 750, había logrado imponerse en Al-Ándalus desde 756, pero su autoridad sobre los valíes de las marcas superiores distaba de ser efectiva. El historiador español especializado en Al-Ándalus Eduardo Manzano Moreno ha insistido en que el poder omeya de estos años era todavía un poder en construcción, dependiente de pactos cambiantes con élites locales de origen árabe, beréber y muladí que conservaban amplios márgenes de autonomía en la frontera del Ebro. Zaragoza, gobernada por Husayn ibn Yahya al-Ansari, y Barcelona, en manos de Sulaymán ben Yaqzan al-Arabí, formaban parte de ese entramado de poderes locales reacios a la centralización cordobesa.

En 777, según recoge el catedrático emérito de Historia medieval en la Universidad de la Sorbona Philippe Sénac en sus trabajos sobre la frontera pirenaica altomedieval, una embajada encabezada por Sulaymán ben al-Arabí se presentó ante Carlomagno en la dieta de Paderborn. Los emisarios ofrecían la entrega de varias plazas del valle del Ebro —Zaragoza, Huesca y otras ciudades cuyos gobernadores se habían sublevado contra Abderramán I— a cambio de apoyo militar franco contra el emir. Carlomagno, que en esos años combinaba la guerra contra los sajones con una política exterior atenta a cualquier oportunidad de expansión de su autoridad, aceptó la propuesta. Sin embargo, no se trataba de una cruzada contra el islam, pues los propios promotores de la expedición eran gobernadores musulmanes enfrentados a otro poder musulmán, y Carlomagno actuaba como árbitro interesado en un conflicto ajeno, no como paladín de la cristiandad frente al infiel. El veterano medievalista e hispanista británico Roger Collins, en su biografía de Carlomagno, ha sido especialmente insistente en desmontar cualquier lectura anacrónica de la campaña como antecedente de la Reconquista. La operación del año 778 pertenece a la lógica de la política de fronteras carolingia, no a un imaginario religioso que todavía no existía en esos términos.

DOS COLUMNAS, UN OBJETIVO INCIERTO

El ejército franco se dividió en dos cuerpos que debían converger sobre Zaragoza siguiendo una estrategia de tenaza ya empleada por Carlomagno en otros teatros bélicos. Una columna, con el propio rey al frente, cruzó los Pirineos occidentales y avanzó sobre Pamplona; la otra, formada en su mayor parte por contingentes de la Septimania y de la Borgoña, atravesó los Pirineos orientales y descendió hacia Gerona antes de dirigirse también al valle del Ebro. El varias veces citado Bernard Bachrach, cuya obra sobre la organización militar carolingia como hemos visto hasta ahora resulta imprescindible para entender la logística de estas campañas,

DE HRUODLANDUS, PREFECTO DE LA MARCA DE BRETAÑA, AL LEGENDARIO ROLDÁN

Roldán (Roland) es una de las figuras centrales del ciclo carolingio legendario, aunque el personaje histórico apenas deja rastro documental. Eginardo, en su *Vita Karoli Magni* (h. 830), menciona de pasada a un tal Hruodlandus, prefecto de la Marca de Bretaña, como una de las víctimas de la emboscada que los vascones tendieron a la retaguardia del ejército franco en los Pirineos occidentales el 15 de agosto del año 778, durante la retirada de Carlomagno de su campaña en la península ibérica. Esa es prácticamente toda la base histórica sólida. De hecho, historiadores como Menéndez Pidal y más recientemente Philippe Sénac, especialista en la frontera hispano-carolingia, han insistido en que el episodio real fue un ataque vascón de escasa entidad militar, muy alejado de la batalla épica que la tradición literaria posterior construiría.



Roldán, al mando de la retaguardia del ejército de Carlomagno, fue sorprendido por los vascones.

El personaje legendario, como hemos señalado, nace y se consolida sobre todo con el *Cantar de Roldán* (*La Chanson de Roland*), el poema épico francés más antiguo conservado, compuesto probablemente hacia finales del siglo XI o comienzos del XII y transmitido en manuscritos posteriores. Aquí los vascones se transforman en un ejército sarraceno de cien mil hombres, y Roldán, sobrino de Carlomagno, muere heroicamente cubriendo la retirada, traicionado por su padrastro Ganelón.

En relación con los atributos legendarios de Roldán, estos configuran un auténtico arsenal simbólico, y conviene distinguir entre lo que aparece ya en el germinal *Cantar de Roldán* y lo que se acumula después en la tradición italiana y posterior. El elemento central es Durandal o Durandarte, su espada, dotada de un filo capaz de cortar cualquier material; en el propio cantar francés se cuenta que en su empuñadura estaban engastadas reliquias sagradas —un diente de san Pedro, sangre de san Basilio, cabellos de san Denís y un fragmento de las vestiduras de la Virgen—, lo que convierte el arma en algo próximo a un objeto relicario, cargado de virtud casi litúrgica más que puramente mágica. En la escena de su muerte, Roldán intenta romper la espada contra la roca para que no caiga en manos sarracenas y la piedra se abre en canal sin que el acero se quiebre, prueba última de su naturaleza indestructible.

El segundo objeto es el olifante, el cuerno de marfil que Roldán se niega a tocar por orgullo hasta que la batalla está perdida; cuando finalmente lo hace sonar para pedir auxilio a Carlomagno, el esfuerzo es tan sobrehumano que le estalla una vena de la sien, y se dice que su sonido se oyó a treinta leguas de distancia. Ya en la tradición italiana posterior, con Boiardo y sobre todo Ariosto, el personaje se enriquece con nuevos atributos de corte más plenamente mágico y de raíz artúrica y bretona; se le atribuye una invulnerabilidad corporal casi total, y en el *Orlando furioso* aparece también su caballo Brigliadoro o Vegliantino (*Veillantif*).

ha señalado que la capacidad franca para movilizar y coordinar dos cuerpos de ejército separados por cientos de kilómetros de terreno montañoso constituye en sí misma una prueba notable de sofisticación administrativa, más allá del resultado final de la operación.

Pamplona quedó sometida a Carlomagno, aunque las circunstancias exactas de su ocupación son discutidas y las fuentes no permiten determinar con seguridad si la ciudad capituló sin resistencia o si los francos tuvieron que imponerse por la fuerza. La población de la zona, predominantemente vascona y con una relación ambigua respecto a cualquier poder centralizado —ya fuera franco, astur o cordobés—, mantenía en cualquier caso una posición esencialmente pragmática. Las dos columnas francas se reunieron después en las proximidades de Zaragoza, donde Carlomagno esperaba recibir la entrega pactada de la ciudad de manos de Husayn.



MEISTERDRUCKE

El asedio de Pamplona en España por Carlomagno, ganando contra los sarracenos, miniatura de *Entrada de España* (s. XIV).

EL FRACASO ANTE ZARAGOZA

Lo que siguió fue una decepción que las fuentes carolingias posteriores se esforzaron en minimizar. Husayn, que en el ínterin parece haber recompuesto su posición frente a Córdoba o simplemente haber calculado que la entrega de la ciudad a un ejército extranjero no le convenía, se negó a abrir las puertas de Zaragoza. Roger Collins ha subrayado que las razones exactas de esta negativa permanecen oscuras, y que las crónicas árabes, mucho más parcas en detalles sobre el episodio que las francas, tampoco permiten reconstruir con precisión los cálculos políticos de Husayn. Lo cierto es que Carlomagno se encontró ante una plaza fortificada, sin la maquinaria de asedio necesaria para forzar una rendición rápida y sin la garantía de los apoyos internos con los que había contado al aceptar la expedición.

El sitio se prolongó varias semanas sin resultado. A la imposibilidad de tomar Zaragoza se sumaba además la necesidad de atender de nuevo el frente sajón, donde la situación volvía a ser problemática para los francos, aunque no puede afirmarse con seguridad que las noticias de una nueva rebelión fueran la causa directa que precipitó la retirada. Carlomagno levantó el asedio y ordenó el regreso hacia los Pirineos. Es importante no minimizar este fracaso ni disolverlo en la posterior grandilocuencia legendaria; la campaña de 778 fue, en términos estrictamente militares, una operación fallida que no logró ninguno de sus objetivos declarados. Ni Zaragoza ni Huesca cayeron en manos francas y el ejército que cruzó de vuelta los Pirineos lo hacía sin el botín ni la gloria que una conquista habría proporcionado.

PAMPLONA CASTIGADA Y LA MARCHA DE RETIRADA

En su camino de regreso, el ejército franco pasó de nuevo por Pamplona. Aquí las fuentes documentan un episodio que resulta importante para comprender el clima en el que poco después se produciría la emboscada pirenaica. Y es que Carlomagno, posiblemente irritado por el fracaso de la campaña y desconfiado de la fidelidad vascona, ordenó destruir las murallas de la ciudad. Se trata de un acto que puede interpretarse como represalia o, más probablemente, como una medida de prevención estratégica destinada a impedir que la plaza pudiera fortificarse de nuevo contra los intereses francos. La destrucción de las defensas de Pamplona se ha relacionado tradicionalmente con la hostilidad que desembocaría en la emboscada de Roncesvalles, aunque las fuentes no permiten establecer con certeza una relación directa de causa y efecto entre ambos episodios.

La región pirenaica occidental, hay que insistir en ello, no estaba habitada por poblaciones sometidas de forma estable a ningún poder externo. Los vascones de ambas vertientes del Pirineo mantenían una autonomía política y militar considerable, apoyada en un terreno montañoso que favorecía la guerra irregular y dificultaba cualquier ocupación prolongada. Collins, autor de un estudio de referencia sobre los vascos altomedievales, ha insistido en que atribuir a esta población una identidad étnica o política unificada resulta anacrónico. Se trataba más bien de comunidades locales organizadas en torno a linajes y valles, capaces sin embargo de una acción coordinada cuando percibían una amenaza común.

El grueso del ejército franco logró cruzar los Pirineos sin incidentes graves. Pero la retaguardia, encargada de proteger la impedimenta —el tren de bagajes con el botín y los suministros de la campaña— y de cerrar la marcha en algún punto de los Pirineos occidentales, en la zona que la tradición ha identificado con Roncesvalles, fue sorprendida por una fuerza vascona que atacó desde las alturas boscosas que dominaban el camino. La localización exacta del combate continúa siendo discutida. Una de las fuentes tempranas más importantes y el relato más detallado de la emboscada es la *Vita Karoli* de Eginardo, redactada varias décadas después de los hechos, pero basada en informantes cercanos a la corte carolingia. Eginardo es explícito en un punto que la posterior tradición legendaria se encargaría de invertir: los atacantes eran vascones, no sarracenos.

El relato de Eginardo, sobrio y desprovisto de cualquier elaboración épica, describe cómo la retaguardia franca fue atacada en un terreno que hacía inútil su superioridad en armamento y disciplina de combate convencional; los vascones, ligeramente armados y conocedores del terreno, atacaron desde posiciones elevadas, dispersaron a los francos en el fondo del desfiladero, se apoderaron del bagaje y desaparecieron en la oscuridad de los bosques antes de que pudiera organizarse una respuesta eficaz. Entre los muertos, el cronista cortesano menciona por su nombre a tres figuras de la corte: Eggihard, senescal de palacio; Anselmo, conde palatino, y Hruodlandus, prefecto de la marca de Bretaña —el personaje que la tradición legendaria transformaría

LA RETAGUARDIA DEL EJÉRCITO FUE SORPRENDIDA POR UNA FUERZA VASCONA QUE ATACÓ DESDE POSICIONES ELEVADAS



SHUTTERSTOCK

Bajorrelieve de bronce en Roncesvalles que representa el legendario combate singular entre el paladín franco Roldán y el gigante caballero sarraceno Ferragut.

en Roldán—. El medievalista belga J. F. Verbruggen (1920-2013), en su clásico estudio sobre el arte de la guerra en la Europa medieval, ha señalado el episodio de Roncesvalles como un ejemplo temprano y bien documentado de las limitaciones tácticas de los ejércitos carolingios frente a la guerra de guerrillas en terreno montañoso, un patrón que se repetiría en otros contextos fronterizos del imperio.

Conviene notar que Roncesvalles no figuró en los primeros años posteriores a 778 como un desastre de proporciones excepcionales dentro de la historiografía cortesana carolingia. La primera redacción de los *Annales regni Francorum*, la crónica oficial del reino, llegó incluso a silenciar la derrota, mientras que una versión revisada posterior incorporó la emboscada. Ninguna fuente próxima a los acontecimientos sugiere, en cualquier caso, que Carlomagno considerase la pérdida de su retaguardia como algo más que un contratiempo doloroso pero menor dentro de una campaña ya fracasada por otros motivos. Fue precisamente esa discreción de las fuentes inmediatas la que dejó un vacío narrativo que siglos después la imaginación épica llenaría con material de naturaleza completamente distinta.

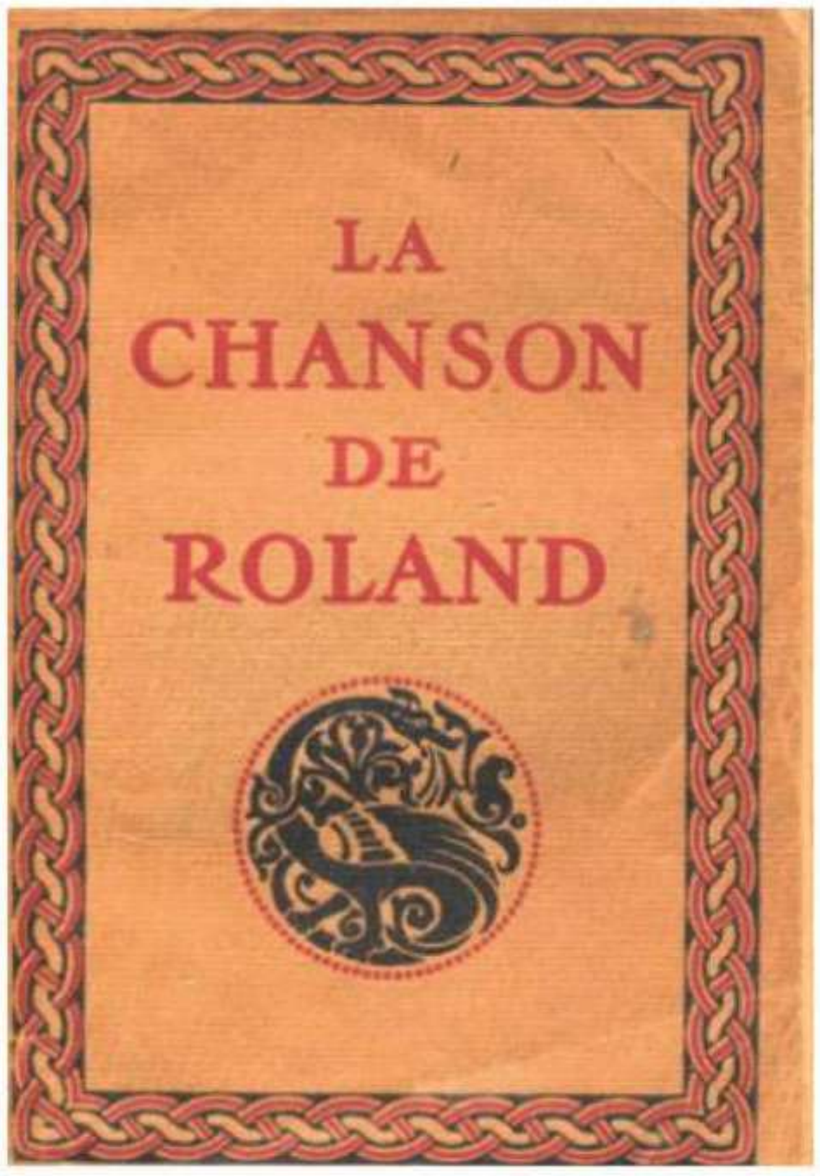
DE LA CRÓNICA AL POEMA: LA INVENCIÓN DE ROLDÁN

La Chanson de Roland («El Cantar de Roldán»), compuesta probablemente hacia finales del siglo XI o comienzos del XII y conservada en su versión más antigua en el llamado *Manuscrito de Oxford*, copiado durante el siglo XII, transformó un episodio de violencia fronteriza protagonizado por vascones en una batalla apocalíptica contra un ejército sarraceno de proporciones bíblicas. Los cambios introducidos por la tradición épica son sustanciales. El poema convierte a los atacantes vascones en un ejército musulmán comandado por el rey Marsilio de Zaragoza; introduce la figura de Ganelón, padrastro de Roldán, cuya traición explica la emboscada como resultado de una conspiración palaciega y no de un conflicto fronterizo local; dota

LA LEYENDA NO RECUERDA RONCESVALLES, LO REINVENTA PARA LAS NECESIDADES DE SU PROPIO TIEMPO

a Roldán del célebre olifante, cuyo sonido tardío en pedir auxilio se convierte en el eje moral del relato; y le atribuye una espada, Durandarte, cargada de reliquias sagradas. Carlomagno, que en la realidad histórica de 778 era todavía un monarca de alrededor de treinta años, aparece en el poema como un emperador anciano de doscientos años, figura providencial de una cristiandad en guerra santa contra el islam.

La transformación no fue casual ni inocente. El historiador y medievalista español Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), en su extenso trabajo sobre los orígenes de la épica románica, defendió una tesis tradicionalista según la cual el poema conservaría, a través de una larga cadena de transmisión oral, un núcleo de memoria histórica auténtica, deformada pero reconocible. Frente a esta posición, el filólogo francés Joseph Bédier (1864-1938) había sostenido décadas antes una tesis individualista que atribuía la composición del poema a la creatividad de un autor concreto trabajando en el siglo XI a partir de tradiciones locales vinculadas a los monasterios situados en la ruta de peregrinación a Compostela, sin que existiera una transmisión oral continua desde el siglo VIII. El debate entre ambas escuelas ocupó buena parte de la filología románica del siglo XX. El medievalista estadounidense Gerard J. Brault (1929-2020), en su edición analítica del poema de 1984, y también el hispanista y catedrático inglés Ian Michael (1936-2020), se inclinaron por lecturas que priorizan el contexto de producción de finales del siglo XI y comienzos del XII —el de las primeras cruzadas y la ideología de guerra santa que las acompañaba— sobre cualquier pretensión de fidelidad a los hechos de 778.



ASC

La Chanson de Roland (Cantar de Roldán) es el cantar de gesta más antiguo conservado en lengua romance.

Lo decisivo, en cualquier caso, es que la sustitución de los vascones por sarracenos no responde a un error de transmisión sino a una necesidad ideológica del momento de composición. A finales del siglo XI y comienzos del XII, con la Primera Cruzada y con la creciente legitimación religiosa de la expansión de los reinos cristianos peninsulares frente a los poderes musulmanes, un poema fundacional de la identidad franca necesitaba un enemigo que encajara con el imaginario de la cristiandad en guerra contra el islam. Los vascones, cristianos ellos mismos y protagonistas de un episodio de resistencia local frente a un ejército invasor, no servían a ese propósito narrativo. Roger Collins ha resumido esta operación con una fórmula elocuente: la leyenda no recuerda Roncesvalles, lo reinventa para las necesidades de su propio tiempo. Distinguir ambos planos —el suceso

LA INFLUENCIA DEL *CANTAR DE ROLDÁN* EN ESPAÑA

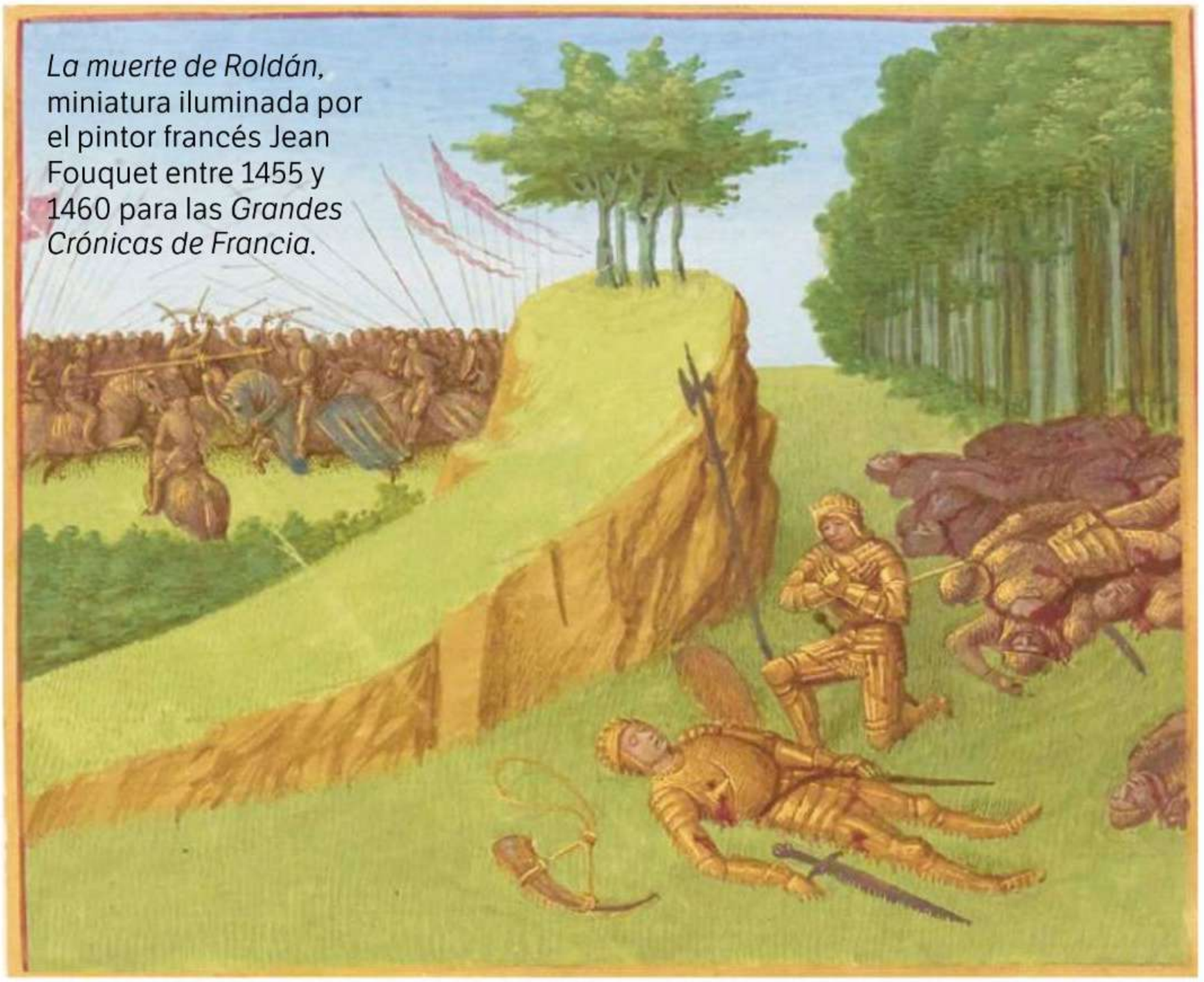
La huella de Roldán en la literatura española sigue un camino peculiar, porque la tradición hispánica no se limitó a recibir el mito francés, sino que lo contestó y lo reescribió desde muy temprano. Ya en el siglo XIII circula un fragmento épico en castellano, el llamado *Roncesvalles* —conservado solo en un manuscrito pamplonés fragmentario—, que demuestra que el cantar carolingio tuvo eco directo en la península antes incluso de fijarse la gran tradición romanceril. Pero el fenómeno más interesante es la aparición de Bernardo del Carpio, un héroe leonés que la historiografía y la épica castellanas construyeron casi como un anti-Roldán: en varias crónicas, entre ellas la tradición que recoge AlfonsoX en la *Estoria de España*, es Bernardo, no los vascones, quien mata a Roldán en Roncesvalles, vengando así el honor hispano frente a la injerencia franca. Ramón Menéndez Pidal y su escuela estudiaron extensamente el ciclo de Bernardo del Carpio y su tradición romanceril, interpretándolo como una manifestación de una épica hispánica que dialogaba y competía con el prestigio de la materia carolingia francesa.

Roldán reaparece con fuerza en el Renacimiento, ya bajo su forma italianizada de Orlando, a través de Ariosto (*Orlando furioso*, 1516-1532) y antes de él Boiardo (*Orlando innamorato*). Esta oleada italiana tuvo una recepción española inmediata y profunda, pues hubo traducciones y continuaciones castellanas del propio Ariosto en el siglo XVI, y el tema de la «locura de Orlando» —el héroe que enloquece de amor no correspondido por Angélica— se convirtió en un tópico literario que Cervantes maneja con ironía constante en el *Quijote*, comparando explícitamente la locura de su protagonista con la de Orlando y convirtiendo a Roldán en referencia obligada del imaginario caballeresco que la novela desmonta. La medievalista y filóloga argentina María Rosa Lida de Malkiel (1910-1962) dedicó estudios importantes a estas filiaciones ariostescas en la literatura española del Siglo de Oro.

de 778, modesto y explicable en sus propios términos políticos, y la construcción épica posterior, con su lógica religiosa e ideológica distinta— no es un ejercicio de pedantería filológica sino una condición necesaria para entender cómo la Edad Media tardía y la Francia moderna construyeron una memoria fundacional a partir de un material histórico que decía, en realidad, otra cosa.

BARCELONA, LUIS DE AQUITANIA Y LOS CONDADOS PIRENAICOS

Si la campaña de 778 ilustra el fracaso de una operación militar diseñada como golpe rápido y su posterior reelaboración legendaria, la historia de la presencia franca al sur de los Pirineos en las décadas siguientes ofrece un contraste instructivo, el de un proceso lento, fragmentario y nunca del todo controlado desde el centro del imperio carolingio, que culminaría con la conquista de Barcelona en el año 801, pero que en modo alguno puede describirse como la ejecución de un plan territorial preconcebido.



La muerte de Roldán, miniatura iluminada por el pintor francés Jean Fouquet entre 1455 y 1460 para las *Grandes Crónicas de Francia*.

ASC

Tras el desastre de Roncesvalles, Carlomagno no abandonó por completo el interés en la frontera pirenaica, pero sí modificó su enfoque. En 781, en el marco de una reorganización más amplia del gobierno de las regiones periféricas del reino, hizo coronar a su hijo Luis, de apenas tres años, rey de Aquitania. Se trataba de una fórmula de gobierno delegado empleada también en Italia con su hermano Pipino, mediante la cual un territorio periférico recibía una administración nominal propia bajo la tutela de consejeros y magnates designados por el rey, mientras el príncipe menor de edad servía como principio de legitimación dinástica. Janet Nelson, en su biografía de Carlomagno y en sus trabajos sobre la política dinástica carolingia, ha explicado esta fórmula como parte de una estrategia deliberada de Carlomagno para proyectar autoridad territorial sin fragmentar el poder central, asignando a cada hijo un ámbito regional de responsabilidad futura.

Fue bajo la cobertura formal de este reino aquitano, y con la dirección efectiva de magnates francos designados para asistir al joven Luis, como se llevaron a cabo las campañas que fueron consolidando, con avances y retrocesos, una presencia franca más estable al sur de los Pirineos orientales. Gerona se sometió en 785, en circunstancias mucho menos documentadas que las de Zaragoza en 778 pero con un resultado radicalmente distinto: la ciudad pasó a integrarse, con su territorio, en un dispositivo militar y administrativo franco de forma duradera. El historiador y medievalista belga François Louis Ganshof (1895-1980), cuya obra sobre las instituciones carolingias (*The Carolingians and the Frankish Monarchy*, 1971) es todavía referencia obligada, ha señalado que la sumisión de Gerona marca un punto de inflexión, pues por primera vez desde 778, la expansión franca al sur de los

Pirineos deja de depender de expediciones puntuales y comienza a asentarse mediante la instalación de condes y guarniciones permanentes.

EL LARGO ASEDIO DE BARCELONA

La conquista de Barcelona, sin embargo, no llegaría hasta 801, y su proceso ilustra bien las dificultades reales de la expansión franca en la región. La ciudad estaba entonces bajo el gobierno de Sa'dun al-Ruayni, un valí que, como antes Sulaymán al-Arabí, mantenía una posición ambigua respecto a la autoridad de Córdoba, gobernada desde 796 por el emir al-Hakam I, y que en algún momento había buscado el apoyo franco frente a la presión cordobesa, para verse después él mismo enfrentado a las fuerzas de Luis de Aquitania. Sa'dun fue capturado cuando intentaba abandonar Barcelona en busca de ayuda, y el mando de la defensa pasó posteriormente a Hamur. La operación que acabó con la conquista de la ciudad se desarrolló entre 800 y 801 y estuvo encabezada nominalmente por Luis de Aquitania, aunque en ella tuvieron un papel militar destacado magnates como Guillermo de Tolosa, Rostany de Gerona y Berà. Las fuentes no permiten reconstruir todas sus fases con absoluta precisión ni atribuir a un único jefe la dirección efectiva de un asedio que se prolongó durante meses. Guillermo de Tolosa —Guilhem, figura que la posterior tradición épica también convertiría en héroe legendario bajo el nombre de Guillaume d'Orange, en un proceso de mitificación paralelo aunque menos estudiado que el de Roldán— desempeñó en cualquier caso un papel destacado en la operación.

Pierre Riché, en su síntesis clásica sobre los carolingios, ha subrayado la magnitud del esfuerzo logístico que representó este asedio prolongado: mantener un ejército operativo durante meses ante una plaza fortificada, en un territorio alejado de las bases de aprovisionamiento habituales del reino franco, exigía una capacidad de organización militar considerable, coherente con lo que Bernard Bachrach ha documentado para otras campañas carolingias de larga duración. La ciudad terminó capitulando por agotamiento de sus defensores y de sus recursos, más que por un asalto decisivo, y su conquista fue recibida en la corte de Aquisgrán como un éxito de proporciones notables, muy superior en su repercusión inmediata al fracaso de 778.



ALBUM

Bera, noble godo del siglo IX que ejerció como primer conde de Barcelona entre los años 801 y 820, en un grabado coloreado del siglo XIX.

UN MOSAICO DE CONDADOS

Es en este punto donde conviene introducir la advertencia historiográfica más

LA HISTORIOGRAFÍA CONVIRTIÓ LA MARCA HISPÁNICA EN UNA ENTIDAD MUCHO MÁS COHERENTE DE LO QUE FUE EN REALIDAD

importante de todo el proceso, y es la tentación de leer la expansión franca al sur de los Pirineos como la creación deliberada de una entidad administrativa unificada, la llamada Marca Hispánica, lo que responde más a una simplificación retrospectiva que a la realidad documental de la época. El historiador y jurisconsulto catalán Ramon d'Abadal i de Vinyals (1888-1970), cuyo trabajo sobre los primeros condes catalanes y sobre la Cataluña carolingia continúa siendo la base insustituible de cualquier estudio sobre el periodo, insistió repetidamente en que el término Marca Hispánica aparece de forma limitada en las fuentes carolingias del siglo IX y que, cuando se emplea, se refiere de forma genérica a la zona fronteriza frente a Al-Ándalus, no a una circunscripción administrativa definida con límites, gobierno o instituciones propias y unitarias.

Lo que existió realmente, y lo que documentan las fuentes con mayor precisión, fue un conjunto de condados que se fueron organizando de manera sucesiva, con cronologías, competencias y grados de integración distintos entre sí. El Rosellón y el condado de Empúries-Peralada tenían ya una trayectoria propia desde antes de la conquista de Gerona. El propio condado de Gerona se constituyó tras la sumisión de 785. Los territorios pirenaicos centrales —Urgell y Cerdaña, y más al oeste Pallars y Ribagorza— siguieron procesos de integración diferenciados, vinculados en buena medida a la resistencia o colaboración de las élites locales preexistentes más que a una imposición externa uniforme. Osona, en la llanura prelitoral, no se consolidaría como territorio franco de forma estable hasta bien entrado el siglo IX, tras sucesivas repoblaciones. Y al oeste, en el área que terminaría dando lugar al futuro reino de Aragón, la presencia franca operó sobre una base todavía distinta, en torno al núcleo de Jaca, sin que pueda hablarse de una integración administrativa homogénea con los condados catalanes orientales.

El historiador francés Michel Zimmermann (1937-2026), especialista en historia de la Cataluña medieval, en sus estudios sobre la identidad y las instituciones catalanas altomedievales, insistió en esta misma dirección. La llamada Marca Hispánica no fue un proyecto territorial unitario ejecutado desde Aquisgrán, sino una denominación fronteriza que la historiografía posterior convirtió con frecuencia en una entidad mucho más coherente de lo que había sido en realidad. Por su parte, el historiador español Josep Maria Salrach (1945-2025), igualmente especializado en la Cataluña medieval, documentó cómo cada uno de estos condados mantuvo, incluso tras su incorporación nominal al mundo carolingio, estructuras de poder local, redes de parentesco y formas de organización territorial heredadas de la época visigoda y de la etapa de dominio islámico, que la autoridad franca tuvo que negociar más que sustituir.

El francés Philippe Sénac, profesor emérito de Historia Medieval en la Universidad de la Sorbona, ha llegado a conclusiones convergentes desde el lado de las fuentes árabes: la frontera del Ebro y del Pirineo oriental fue, durante todo este periodo, un espacio de porosidad constante, con pactos, treguas, cambios de

lealtad y actores locales —musulmanes, cristianos hispanogodos, vascones, francos— que negociaban su posición según las circunstancias, y no un límite estable trazado de una vez por todas por decisión imperial.

La consecuencia de esta reconstrucción es doble. Por un lado, obliga a matizar el relato tradicional que presenta la conquista de Barcelona en 801 como la culminación de un plan de expansión meridional trazado desde 778; entre una fecha y otra median veintitrés años de avances desiguales, retrocesos, sumisiones parciales y reorganizaciones dinásticas, y el propio Carlomagno, ocupado en esos mismos años en la conquista de Sajonia, en la guerra contra los ávaros y en la coronación imperial de la Navidad de 800, tuvo un papel cada vez más indirecto en los asuntos pirenaicos, delegados en la práctica en Luis de Aquitania y en sus magnates. Por otro lado, permite entender por qué estos condados, una vez debilitada la autoridad carolingia central a lo largo del siglo IX, evolucionaron hacia trayectorias políticas divergentes —la más conocida de las cuales sería la progresiva autonomía del condado de Barcelona bajo la dinastía de Wifredo el Velloso— sin que ello supusiera la ruptura de una estructura administrativa unificada previa, sencillamente porque esa estructura unificada, en el sentido estricto del término, nunca había existido como tal.



La Marca Hispánica, fragmentada en condados independientes entre sí, nunca existió como un reino unificado, una provincia administrativa ni una entidad jurídica con fronteras fijas.

DOS FORMAS DE MEMORIA FRONTERIZA

Roncesvalles y la conquista de Barcelona representan, en última instancia, dos caras de una misma frontera meridional carolingia, tratadas por la memoria histórica de maneras opuestas. El primer episodio, un fracaso militar y una acción vascona de alcance limitado, fue transfigurado por la tradición épica en el relato fundacional de una guerra santa contra el islam que en 778 todavía no existía como categoría mental operativa. El segundo, un éxito militar real que amplió de forma duradera la presencia franca al sur de los Pirineos, fue en cambio disuelto por buena parte de la historiografía posterior en la ficción retrospectiva de una provincia unificada —la Marca Hispánica— que nunca tuvo la coherencia institucional que el término llegó a sugerir. En ambos casos, el trabajo del historiador consiste en devolver a los hechos su textura original, la de una frontera hecha de negociaciones, lealtades cambiantes y decisiones tomadas con información incompleta, muy alejada tanto del heroísmo trágico de *La Chanson de Roland* como del determinismo geopolítico que a veces se atribuye, sin fundamento suficiente en las fuentes, a la política pirenaica de Carlomagno y sus sucesores. ■

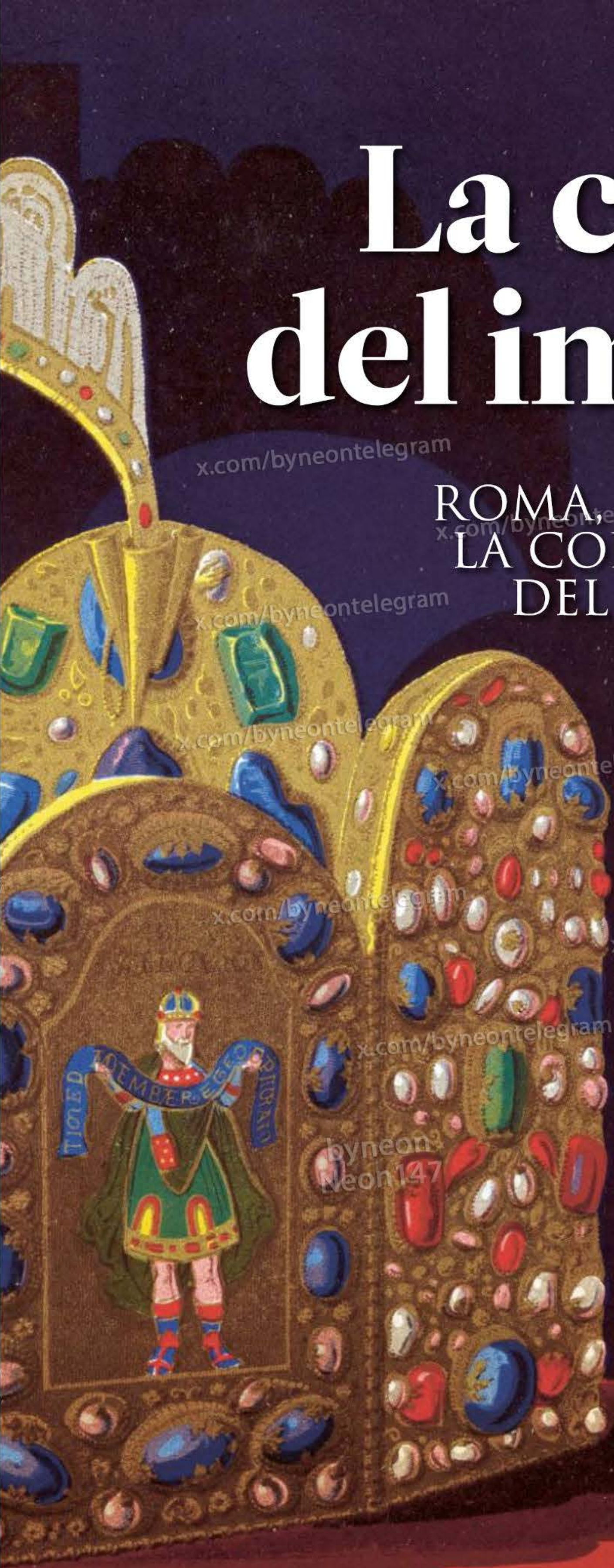
La Corona Imperial del Sacro Imperio Romano Germánico, una joya medieval de oro, piedras preciosas y perlas, fue creada a finales del siglo x, probablemente durante el reinado del emperador Otón I.

ISTOCK

La corona del imperio

I

ROMA, BIZANCIO Y LA CORONACIÓN DEL AÑO 800



x.com/byneontelegram
byneon
Neon147

ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

Ó escanea el código QR:

La mañana de Navidad del año 800, en la basílica de San Pedro de Roma, Carlomagno se encontraba arrodillado ante la tumba del apóstol cuando el papa León III colocó una corona sobre su cabeza. A continuación, los presentes lo aclamaron como «Carlos Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador de los romanos». Occidente volvía a tener un emperador después de más de tres siglos sin una dignidad imperial propia, desaparecida desde finales del siglo v. Pero aquel gesto, que podía parecer la culminación natural del poder alcanzado por el rey de los francos y de los lombardos, abría en realidad un problema formidable. En Constantinopla ya había un Imperio romano y, desde su punto de vista, no necesitaba otro. Lo ocurrido aquel día no fue, por tanto, una simple ceremonia religiosa ni el colofón solemne a una carrera de conquistas. Detrás de la corona había una Roma sacudida por luchas entre familias aristocráticas, un papa al que sus enemigos habían intentado cegar y mutilar apenas veinte meses antes, una emperatriz que gobernaba sola en Constantinopla después de haber depuesto y mandado cegar a su propio hijo y una relación entre francos y bizantinos mucho más ambigua de lo que permitiría pensar la posterior división entre Oriente y Occidente. La coronación desencadenaría una crisis diplomática por el título imperial, a la que pocos años después se sumaría el enfrentamiento por Venecia y Dalmacia. La solución no llegaría hasta 812.

Para comprender por qué una agresión contra León III terminó desembocando en la restauración del Imperio en Occidente hay que retroceder al pontificado de Adriano I. Entre 772 y 795, Roma estrechó extraordinariamente sus relaciones con Carlomagno, mientras el papado aceleraba un proceso iniciado décadas antes: su emancipación política de Constantinopla y la consolidación de un poder territorial propio en Italia central. La antigua vinculación de Roma con el Imperio bizantino no desapareció de un día para otro, pero para finales del siglo VIII pertenecía en buena medida a otro mundo. El papa administraba territorios, recaudaba ingresos, negociaba con potencias vecinas y gobernaba una ciudad en la que la autoridad imperial de Constantinopla era ya prácticamente nominal. A cambio, esa creciente autonomía había convertido el aparato pontificio en un espacio de poder disputado por las principales familias romanas, que competían por cargos, rentas y capacidad de influencia. Cuando Adriano murió en diciembre de 795, aquellas tensiones quedaron al descubierto. Su sucesor, León III, no pertenecía a los grandes linajes aristocráticos que controlaban buena parte de los resortes de la ciudad y su elección frustró expectativas, alteró equilibrios y acumuló enemigos. Apenas cuatro años después, la disputa dejó de ser política para convertirse en violencia abierta.

UN PAPA ATACADO EN LAS CALLES DE ROMA

El 25 de abril de 799, mientras León III participaba en la procesión de las letanías mayores, fue atacado cerca de San Lorenzo in Lucina. Entre los cabecillas de la conspiración se encontraban Pascual, sobrino del difunto Adriano I y *primicerius* de la Iglesia romana, y Campulo, *sacellarius* o tesorero pontificio. Los agresores derribaron al papa del caballo y trataron de arrancarle los ojos y cortarle la lengua. No era una violencia arbitraria. En la tradición política bizantina, la mutilación podía servir para apartar del poder a un adversario sin matarlo, pues la integridad física poseía un fuerte valor simbólico y determinadas lesiones se consideraban incompatibles



MEISTERDRUCKE

Carlomagno, fue coronado emperador de Occidente el 25 de diciembre del año 800 en la antigua basílica de San Pedro de Roma por el papa León III.

con el ejercicio de la autoridad. Los enemigos de León pretendían convertirlo en un hombre políticamente inutilizable. Las fuentes discrepan, sin embargo, sobre lo que consiguieron realmente. El *Liber Pontificalis* presenta su recuperación como casi milagrosa, mientras otros testimonios permiten pensar que las mutilaciones fueron intentadas, pero no consumadas con la gravedad que pretendían los atacantes. Lo seguro es que León sobrevivió y conservó la vista y el habla.

Después del atentado fue recluido primero en San Silvestro y posteriormente en el monasterio de San Erasmo. Sus partidarios consiguieron rescatarlo y conducirlo de nuevo hasta San Pedro, y poco después intervino Winigis, duque franco de Spoleto, que le ofreció protección y facilitó su salida de Roma. El papa tomó entonces una decisión extraordinaria, cruzó los Alpes para buscar personalmente la ayuda de Carlomagno. Ambos se encontraron en Paderborn durante el verano de 799, en una escena de enorme carga política. Era el obispo de Roma quien acudía ante un rey franco para pedir protección frente a sus propios enemigos. Desde los tiempos de Pipino el Breve, los francos se habían convertido en los grandes defensores armados del papado, pero aquella dependencia adquiría ahora una dimensión nueva. Carlomagno recibió a León con honores, aunque la cuestión estaba lejos de ser sencilla porque los adversarios del pontífice no solo lo habían atacado físicamente: lo acusaban también de delitos graves, entre ellos adulterio y perjurio. Protegerlo significaba enfrentarse a una pregunta incómoda: ¿podía un rey juzgar al papa?, y, si no podía hacerlo, ¿quién tenía autoridad para determinar si las acusaciones eran ciertas?



ISTOCK

Hacia 1512, Durero pintó a Carlomagno sosteniendo una espada que representa su poder militar y un orbe con una cruz que denota su dominio cristiano.

Una comitiva de obispos y nobles francos acompañó a León de regreso a Roma y comenzó a investigar tanto la agresión como las denuncias formuladas contra él. Los principales conspiradores fueron enviados a territorio franco, pero el asunto permaneció abierto durante más de un año, hasta que Carlomagno decidió viajar personalmente a Roma en noviembre del año 800. Para entonces no era ya un monarca más dentro del tablero europeo, sino el soberano más poderoso de Occidente. Había sometido el reino lombardo, llevaba décadas combatiendo en Sajonia, había destruido el poder de los ávaros en Europa central y gobernaba un territorio que se extendía desde el Atlántico hasta el Danubio y desde el mar del Norte hasta el centro de Italia. Que un gobernante de semejante dimensión política pudiera aspirar a una dignidad imperial no resultaba extravagante, pero su viaje a Roma tenía, al menos oficialmente, una finalidad mucho más inmediata: resolver la crisis de León III.

A comienzos de diciembre se reunió una gran asamblea en San Pedro y volvieron a plantearse las acusaciones contra el pontífice. Los obispos presentes se resistieron a convertirse en jueces del sucesor de san Pedro. La idea de que «la primera sede no es juzgada por nadie» todavía no había adquirido la formulación jurídica que alcanzaría siglos después, pero la negativa a someter al papa al juicio de otros obispos estaba ya claramente presente. La salida llegó el 23 de diciembre. León III subió al ambón de San Pedro llevando los Evangelios en las manos y prestó un juramento solemne en el que declaró su inocencia ante Dios. No era una absolución pronunciada por un tribunal, sino una purgación voluntaria mediante la cual el papa salvaba su posición sin reconocer que hubiera una autoridad terrenal competente para juzgarlo. Dos días después, ese mismo pontífice colocaba una corona sobre la cabeza de Carlomagno. La proximidad de ambos acontecimientos es demasiado significativa para tratarlos como episodios independientes: la coronación imperial no puede reducirse a una recompensa por haber salvado a León III, pero la crisis del papa creó las condiciones políticas que

ES POSIBLE QUE CARLOMAGNO DESAPROBARA LA FORMA CONCRETA ELEGIDA POR LEÓN III PARA ELEVARLO AL RANGO IMPERIAL

hicieron posible la ceremonia. León había recuperado su posición gracias al respaldo del soberano franco; Carlomagno, por su parte, aparecía ya en Roma no solo como protector de la Iglesia, sino como árbitro de un orden occidental en el que apenas quedaba una autoridad política capaz de situarse por encima de él.



MEISTERDRUCKE

Retrato novecentista del papa Adriano I (772-795), que pidió ayuda a Carlomagno para hacer frente a la invasión del rey lombardo Desiderio.

NAVIDAD DEL AÑO 800

Según los *Annales regni Francorum*, el día de Navidad Carlomagno estaba rezando ante la confesión de san Pedro cuando León III colocó sobre su cabeza una corona. Inmediatamente después, los romanos congregados en la basílica lo aclamaron tres veces como Carlos Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador de los romanos, y finalmente el papa se postró ante él según una forma de reverencia que recordaba al ceremonial imperial. El orden de los gestos importa porque, en la tradición romana y bizantina, la proclamación y la aclamación constituían elementos esenciales de la legitimidad imperial, mientras que la coronación religiosa había ido adquiriendo relevancia sin que eso significara que el emperador debiera su dignidad al patriarca. En Roma, sin embargo, León colocó primero la corona y la aclamación llegó después. La secuencia podía sugerir algo que tendría consecuencias inmensas en los siglos posteriores. Es decir, que era el papa quien convertía al rey de los francos en emperador.

No sabemos si esa lectura fue buscada deliberadamente por León III ni qué partes de la ceremonia habían sido acordadas previamente con Carlomagno. Eginardo introdujo años después uno de los pasajes más célebres de su *Vita Karoli*, según el cual el emperador habría asegurado que, de haber conocido las intenciones del papa, no habría entrado en San Pedro aquel día pese a ser Navidad. Tomada literalmente, la afirmación resulta difícil de aceptar. La dignidad imperial llevaba tiempo flotando alrededor de la corte carolingia, una ceremonia de semejante precisión exigía preparación y las aclamaciones difícilmente pudieron surgir de una ocurrencia espontánea. Eso no significa, sin embargo, que Eginardo inventara sin más la incomodidad de su señor. Es perfectamente posible que Carlomagno conociera la intención de elevarlo al rango imperial y que, aun así, desaprobara la forma concreta elegida por León III, especialmente el protagonismo que la imposición papal de la corona otorgaba al pontífice. El problema quizá no fuera convertirse en emperador, sino parecer que debía el Imperio al papa.

Ahí residía precisamente la fuerza y, al mismo tiempo, la ambigüedad de aquella Navidad. Durante siglos, papas y emperadores podrían volver sobre la misma

DOS EMPERADORES Y UNA SOLA ROMA

Cuando los enviados de Miguel I Rangabé llegaron a Aquisgrán en 812 y reconocieron a Carlomagno como *imperator* y *basileus*, la disputa iniciada doce años antes parecía encontrar finalmente una salida, pero cada palabra había sido medida. Desde el siglo VII, *basileus* se había convertido progresivamente en uno de los títulos centrales de los soberanos bizantinos, aunque el término griego conservaba una flexibilidad que podía resultar muy útil en diplomacia y llegar a aplicarse también, en determinados contextos, a gobernantes extranjeros. Por eso lo verdaderamente significativo del acuerdo no fue solo que Constantinopla utilizara esa palabra, sino que la uniera al reconocimiento explícito de Carlomagno como emperador.

Había, sin embargo, una frontera que los bizantinos no cruzaron. El soberano franco no fue reconocido como *basileus* de los romanos. Constantinopla continuaba reservando para su propio emperador la condición específicamente romana, porque sus habitantes no se consideraban herederos de un Imperio desaparecido. Para ellos, el Imperio romano nunca había dejado de existir. La fórmula de 812 permitía así que dos ideas incompatibles convivieran durante un tiempo. Carlomagno podía presentarse legítimamente como emperador y alegar que incluso Constantinopla había terminado reconociéndolo; los bizantinos podían contestar que habían aceptado la existencia de otro poder imperial, pero nunca que hubiera dos emperadores de los romanos.

No fue una solución definitiva y las disputas reaparecerían durante el siglo IX, pero en aquel momento bastó para evitar que una cuestión de legitimidad desembocara en un enfrentamiento permanente entre las dos mayores potencias cristianas del Mediterráneo. La paradoja quedaba servida: Occidente había recuperado un emperador romano precisamente cuando los romanos de Constantinopla seguían convencidos de que nunca lo habían perdido.

escena y obtener conclusiones opuestas. Roma recordaría que León III había colocado la corona sobre la cabeza del soberano; los emperadores insistirían en que Carlomagno había sido aclamado por el pueblo romano y que su autoridad procedía directamente de Dios. De una ceremonia de apenas unos minutos nacía así un problema político y jurídico destinado a atravesar buena parte de la Edad Media: quién tenía derecho a crear un emperador.

¿QUÉ IMPERIO ACABABA DE NACER?

La coronación no creó un Estado nuevo. Carlomagno siguió gobernando, en lo esencial, las mismas tierras y mediante estructuras semejantes a las del día anterior. Lo que cambió fue la forma de definir su poder. Hasta entonces había sido rey de los francos y de los lombardos, además de patricio de los romanos; desde el año 800 podía presentarse como emperador y reclamar una posición superior al rango regio. Su titulatura acabaría expresándolo con claridad al presentarlo como serenísimo Augusto, coronado por Dios, gran y pacífico emperador que gobernaba el

Imperio romano y, por la misericordia divina, rey de los francos y de los lombardos. Aquello no significaba que estuviera reconstruyendo literalmente el Imperio de Augusto ni que pretendiera gobernar Constantinopla. El imperio carolingio era una realidad nueva que utilizaba el prestigio de Roma, la tradición cristiana y la fuerza militar franca para formular una idea distinta de soberanía universal.

Tampoco conviene imaginar una ruptura inevitable entre francos y bizantinos desde el primer momento. Solo unas décadas antes se habían buscado fórmulas de cooperación muy estrechas y, hacia 781, se había acordado incluso el compromiso matrimonial entre Rotruda, hija de Carlomagno, y Constantino VI, hijo de la emperatriz Irene. Una joven griega fue enviada a la corte franca para enseñar lengua y costumbres bizantinas a la futura esposa y, aunque el matrimonio nunca llegó a celebrarse y el compromiso terminó rompiéndose, el episodio demuestra hasta qué punto ambos mundos todavía podían imaginar alianzas dinásticas. La posterior división entre un Occidente carolingio y un Oriente bizantino no estaba escrita de antemano. Fue precisamente la evolución de los acontecimientos, y muy especialmente la peculiar situación política de Constantinopla a finales del siglo VIII, la que proporcionó a la corte franca una oportunidad excepcional para dar un paso que pocos años antes habría resultado mucho más difícil de justificar.

IRENE Y LA SUPUESTA VACANTE IMPERIAL

En Constantinopla gobernaba entonces Irene de Atenas, cuya trayectoria proporcionó a los carolingios un argumento de enorme utilidad. Tras la muerte de



ISTOCK

Durante la Pascua del año 774, Carlomagno viajó a Roma para ratificar las donaciones territoriales prometidas por su padre, Pipino el Breve.En la imagen, grabado del siglo XIX.

su esposo León IV en 780, Irene había ejercido la regencia en nombre de su hijo Constantino VI, pero la relación entre ambos se deterioró hasta desembocar en una lucha abierta por el poder. En 797, Constantino fue apresado y cegado por orden de hombres vinculados a su madre, que quedó desde entonces como única soberana. Era una situación extraordinaria, pero no significaba que el trono estuviera jurídicamente vacío. Irene gobernaba efectivamente el Imperio, aparecía en la documentación oficial y llegó a utilizar incluso el título masculino de *basileus*, aunque también se documenta la forma femenina *basilissa*. Para Constantinopla, el Imperio romano no había dejado de tener soberano porque una mujer ocupara el trono.

En Occidente, sin embargo, algunos ambientes carolingios aprovecharon precisamente esa excepcionalidad para sostener otra interpretación. Los *Anales de Lorsch* hablaron de un *femineum imperium*, un «imperio femenino», y presentaron la situación como una anomalía que permitiría a los romanos elegir otro emperador. No era una descripción neutral del derecho bizantino, sino una construcción política extraordinariamente útil: si el Imperio carecía de un gobernante plenamente legítimo, Carlomagno no estaba creando un segundo imperio ni usurpando un título ajeno, sino restaurando una dignidad que había quedado vacante. Constantinopla, naturalmente, no tenía ningún motivo para aceptar semejante razonamiento, porque sus habitantes no se consideraban «bizantinos» —una denominación historiográfica posterior—, sino romanos, y su



ASC

El episodio conocido como el Juramento de León III tuvo lugar el 23 de diciembre del año 800, dos días antes de la coronación imperial de Carlomagno en la Navidad de ese mismo año.

LA RELACIÓN ENTRE CONSTANTINO VI Y SU MADRE SE DETERIORÓ HASTA DESEMBOCAR EN UNA LUCHA ABIERTA POR EL PODER

Estado no era para ellos una supervivencia del Imperio romano, sino el propio Imperio romano en continuidad ininterrumpida.

La coronación de Carlomagno introducía así una contradicción difícil de resolver. Durante siglos, incluso después de la desaparición del poder imperial en Occidente, Constantinopla había seguido siendo la única sede imperial efectiva. Ahora Roma había proclamado a otro emperador de los romanos. Las fuentes bizantinas no permiten reducir la reacción oriental a una simple explosión de indignación, pero sí dejan claro que la corte de Constantinopla no podía aceptar fácilmente que un soberano franco reclamara una romanidad imperial que consideraba patrimonio propio. Aun así, la diplomacia siguió buscando salidas. Teófanes el Confesor relata incluso que llegó a plantearse un matrimonio entre Irene y Carlomagno. El alcance real de aquel proyecto es discutido y no sabemos si pasó de una exploración diplomática, pero su mera existencia muestra que las soluciones imaginadas eran todavía mucho más flexibles de lo que permitiría pensar la posterior separación de ambos imperios. Una unión matrimonial habría ofrecido, al menos sobre el papel, una salida espectacular al reunir las dos dignidades en una sola pareja. Nunca llegó a materializarse.

En 802, Irene fue depuesta por una conspiración palaciega encabezada por Nicéforo, responsable de las finanzas imperiales, que ocupó el trono como Nicéforo I. Su llegada al poder cerró definitivamente cualquier posibilidad de unión dinástica y abrió una etapa nueva en la relación con los carolingios. Nicéforo no estaba dispuesto a aceptar sin más el nuevo esquema imperial occidental y las negociaciones continuaron mientras crecía la tensión en el Adriático. La disputa dejaba así de ser exclusivamente una cuestión de palabras, dignidades y precedencias para convertirse en algo mucho más tangible: quién controlaría Venecia, Dalmacia y las rutas marítimas que conectaban Oriente y Occidente.

VENECIA Y DALMACIA, LA FRONTERA REAL DE LOS DOS IMPERIOS

Venecia ocupaba una posición especialmente delicada. Formalmente permanecía vinculada al Imperio bizantino, pero su autonomía era creciente y sus élites estaban divididas entre quienes preferían mantener la relación tradicional con Constantinopla y quienes veían en el poder franco una alternativa cada vez más atractiva. En 805, representantes venecianos y dálmatas acudieron ante Carlomagno y aceptaron su autoridad, un movimiento que Bizancio no podía contemplar con indiferencia. La reacción llegó pronto. Una flota enviada desde Constantinopla consiguió restablecer la influencia oriental en buena parte de la región y, durante los años siguientes, las lealtades volvieron a cambiar en función de la presión ejercida por cada potencia.

El episodio más violento llegó bajo Pipino, hijo de Carlomagno y rey de Italia, que en 810 lanzó una campaña contra Venecia. Las versiones posteriores sobre el



Esta pintura realizada por Friedrich Kaulbach en 1861, representa el momento en el que León III corona a Carlomagno como emperador de los romanos en la Navidad del año 800.

resultado son contradictorias. Las fuentes carolingias presentan una sumisión del ducado, mientras que la tradición veneciana convertiría la resistencia de las lagunas en uno de los episodios fundacionales de su propia independencia. Lo que puede afirmarse con mayor seguridad es que cualquier control franco fue breve y que la posición naval bizantina terminó imponiéndose. Pipino intentó también proyectar su poder hacia la costa dálmata, pero la llegada de fuerzas de Constantinopla limitó sus posibilidades. La geografía establecía aquí una diferencia decisiva: el poder militar que había resultado devastador en Sajonia o Lombardía encontraba sus límites en un escenario marítimo dominado por la experiencia bizantina. Venecia y Dalmacia se transformaron de este modo en moneda de negociación. Tras la disputa teórica sobre quién podía llamarse emperador existía una cuestión mucho más concreta: hasta dónde llegaba realmente el poder de cada imperio.

El conflicto se prolongó mientras Nicéforo I afrontaba problemas aún más graves en Oriente y en los Balcanes. En 811 encabezó personalmente una gran campaña contra el kan búlgaro Krum y terminó sufriendo una derrota devastadora en Pliska, donde murió en combate. La tradición afirma que Krum mandó recubrir de plata su cráneo y lo utilizó como copa ceremonial, una imagen que, más allá del grado de elaboración posterior que pueda contener, resume la magnitud del desastre. Nicéforo no fue sucedido directamente por Miguel I Rangabé, como se ha contado en ocasiones, sino por su hijo Estauracio, gravemente herido en la misma campaña. Su reinado duró apenas unas semanas y, al no poder consolidarse, abdicó en octubre de 811. Solo entonces Miguel I, yerno de Nicéforo, ocupó el trono.

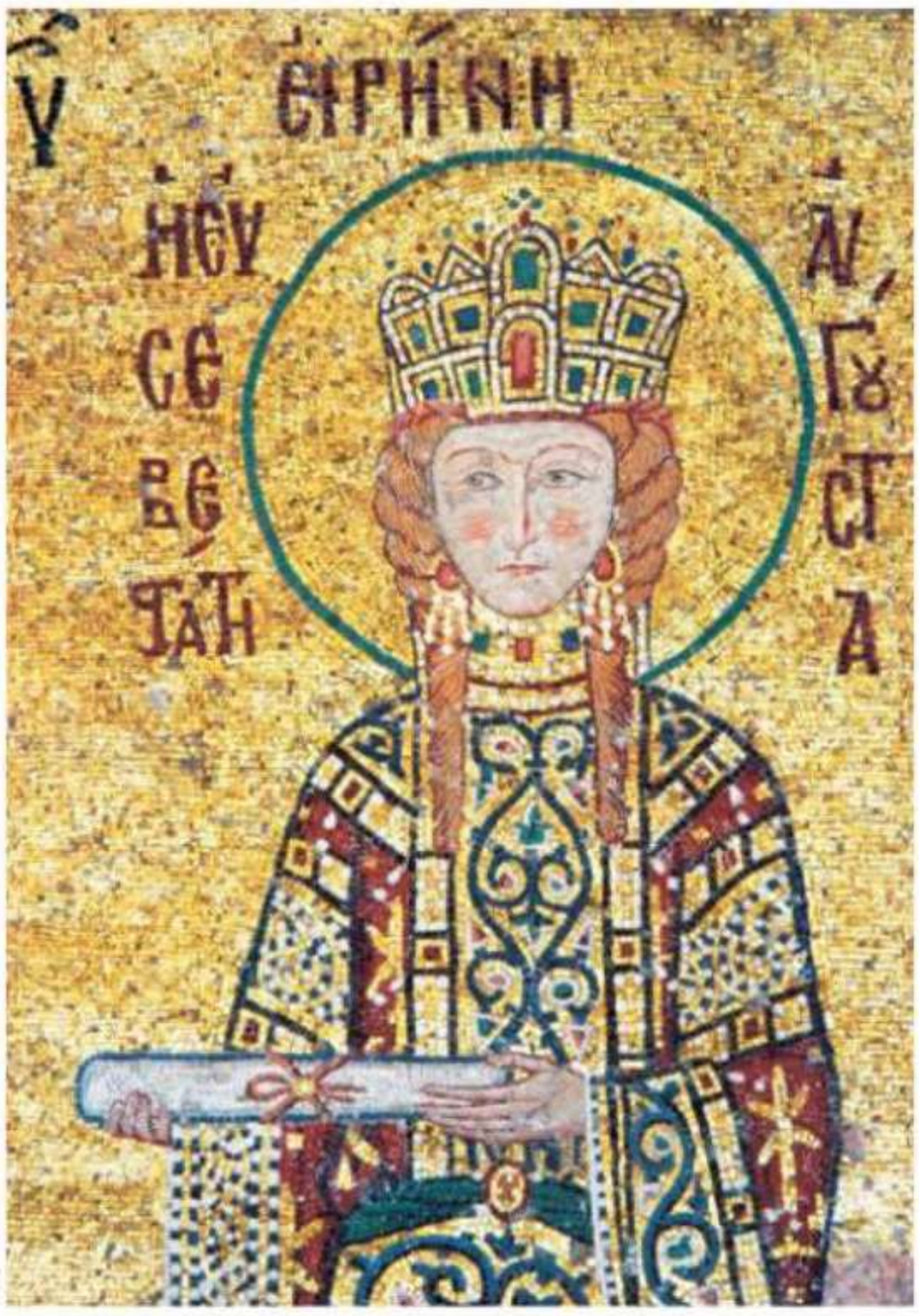
CONSTANTINOPLA EVITABA RECONOCER A CARLOMAGNO COMO «EMPERADOR DE LOS ROMANOS»

El nuevo emperador heredaba un Imperio amenazado por los búlgaros y sin demasiado margen para sostener simultáneamente un conflicto prolongado con los francos. Las circunstancias empujaban a ambas partes hacia un acuerdo.

AQUISGRÁN, 812

En 812, una embajada bizantina llegó a Aquisgrán y los *Annales regni Francorum* registraron el gesto que ponía fin formalmente a doce años de incertidumbre: los enviados orientales aclamaron a Carlomagno como *imperator* y *basileus*. Bizancio reconocía que en Occidente existía otro emperador, una concesión de enorme importancia, pero cuidadosamente limitada. Constantinopla evitaba reconocer a Carlomagno como «emperador de los romanos», porque esa formulación seguía reservada a su propio soberano. La precisión podía parecer casi semántica, pero encerraba la esencia del compromiso. Carlomagno podía ser emperador; el gobernante de Constantinopla seguía siendo, para los bizantinos, el único emperador romano en sentido pleno.

Para los carolingios era suficiente. Después de doce años, el poder que se consideraba heredero directo e ininterrumpido de Roma aceptaba formalmente la dignidad imperial de Carlomagno, mientras el acuerdo estabilizaba al mismo tiempo las esferas de influencia en el Adriático. Venecia y las principales ciudades dálmatas quedaban en la órbita bizantina y Constantinopla reconocía la posición franca en Occidente. Algunos detalles fronterizos continuaron negociándose y todavía hubo conversaciones posteriores sobre Dalmacia, pero el gran enfrentamiento había terminado. La solución era deliberadamente ambigua y precisamente por eso podía funcionar: Aquisgrán podía afirmar que Bizancio había reconocido al emperador occidental; Constantinopla podía responder que nunca



ASC

Retrato de la emperatriz Irene Sarantapechaina en el Mosaico de los Comnenos en Santa Sofía (Constantinopla).



ASC

Sólido acuñado bajo el mandato del emperador Nicéforo I, quien gobernó el Imperio romano de Oriente entre los años 802 y 811.

había reconocido a Carlomagno como emperador de los romanos. Ambas afirmaciones eran compatibles.

El acuerdo de 812, sin embargo, no resolvió para siempre la relación entre los dos imperios. Décadas después volverían a surgir disputas sobre títulos y precedencias, y tampoco existió una línea institucional simple e ininterrumpida desde Carlomagno hasta el Sacro Imperio Romano Germánico de los siglos posteriores. La dignidad imperial occidental atravesó crisis, desapariciones y reconstrucciones antes de adquirir una nueva forma con Otón I en 962. El verdadero legado de la Navidad del año 800 fue más profundo. Desde entonces Occidente volvió a disponer de una idea imperial propia, distinta aunque inevitablemente relacionada con Constantinopla, y al mismo tiempo quedó abierta otra cuestión destinada a durar todavía más tiempo, la de quién tenía autoridad para conferir esa dignidad.



ASC

Búlgaros y bizantinos en lucha, una de las ilustraciones más famosas contenidas en el *Menologio de Basilio II,* manuscrito bizantino que data de los alrededores del año 1000.

LA RESPUESTA DE CARLOMAGNO

Carlomagno parece haber comprendido perfectamente el problema. En 813, ya anciano y consciente de que el futuro de la dinastía descansaba en su único hijo varón superviviente, Luis de Aquitania, convocó una asamblea en Aquisgrán y lo asoció al poder imperial. León III no estaba allí. No hubo viaje a Roma ni una nueva intervención pontificia. Lo cierto es que las fuentes no describen de forma idéntica el momento de la coronación, pues según algunas tradiciones, Carlomagno colocó personalmente la corona sobre la cabeza de Luis y otras presentan al príncipe tomándola del altar y coronándose siguiendo las instrucciones de su padre. Pero en cualquiera de las versiones la conclusión política es la misma, la transmisión de la dignidad imperial podía realizarse sin participación del papa.



ASC

Al ser el único hijo sobreviviente de Carlomagno, Luis de Aquitania se convirtió en el gobernante único de los francos tras la muerte de su padre en 814.

Trece años después de aquella Navidad en San Pedro, Carlomagno ofrecía así una respuesta práctica a la ambigüedad del año 800. León III había colocado la corona sobre su cabeza, pero eso no significaba necesariamente que Roma poseyera el derecho exclusivo de crear emperadores. El debate, por supuesto, no terminó. Siglos después, papas y soberanos volverían una y otra vez sobre aquella escena para defender posiciones incompatibles: unos recordarían al pontífice coronando al emperador; los otros insistirían en que el Imperio procedía de Dios, de la aclamación y de una autoridad política que no necesitaba recibir su legitimidad del papa.

Quizá ahí resida la verdadera trascendencia de la coronación de Carlomagno. No restauró sencillamente el Imperio romano, porque el Imperio romano seguía existiendo en Constantinopla, ni creó de una vez el Sacro Imperio de la plena Edad Media. Hizo algo más complejo y, a la larga, más decisivo: abrió en Occidente una nueva tradición imperial y obligó a papas, francos y bizantinos a negociar qué significaba ser emperador en una Europa que ya no podía aceptar sin discusión que Roma tuviera una sola heredera. La corona colocada sobre la cabeza de Carlomagno aquel 25 de diciembre no resolvió una cuestión de legitimidad. La creó. ■

De Aquisgrán a Bagdad

El 20 de julio del año 802 ocurrió en Aquisgrán algo que debió de dejar sin palabras a buena parte de quienes lo contemplaron. Un hombre llamado Isaac apareció ante Carlomagno acompañado de un elefante. El animal se llamaba Abul-Abbas y había recorrido miles de kilómetros desde el mundo dominado por el califa abasí Harún al-Rashid. Los *Annales regni Francorum* registraron su llegada con una naturalidad que contrasta con lo extraordinario de la escena. En una corte instalada en el corazón de Europa, donde casi nadie habría visto jamás un animal semejante, aquel elefante era mucho más que una curiosidad. Representaba la existencia de una red diplomática que conectaba al soberano franco con el Mediterráneo oriental, Jerusalén, el norte de África y el gran califato cuyo centro político se encontraba en Irak.

La imagen obliga además a ampliar el mapa del reinado. Carlomagno pasó buena parte de su vida guerreando contra sajones, lombardos, ávaros y pueblos fronterizos, pero no contemplaba el mundo únicamente desde sus fronteras terrestres. Su corte enviaba y recibía emisarios a distancias enormes, negociaba con poderes musulmanes y conocía acontecimientos producidos en lugares que podían requerir años de viaje. Aquisgrán no era el centro de una Europa aislada, sino uno de los núcleos de un sistema diplomático mucho más extenso.

DOS POTENCIAS QUE SE OBSERVAN DESDE LEJOS

Cuando Carlomagno comenzó sus contactos directos con Harún al-Rashid, ambos gobernaban espacios que apenas compartían frontera, pero sí varios intereses.

El tributo del califa Harún al-Rashid a Carlomagno (h. 1663), por Jacob Jordaens.

MEISTERDRUCKE



ASC

Harún al-Rashid (aquí en una obra del s. XVI) fue el quinto y más famoso califa de la dinastía abasí de Bagdad.

Harún era califa desde 786 y encabezaba la dinastía abasí, que había sustituido a los omeyas en Oriente en 750. El territorio bajo autoridad abasí se extendía desde Irak y Persia hacia Siria, Egipto y buena parte del norte de África, aunque con grados muy diferentes de control efectivo. Bagdad, fundada por al-Mansur en 762, simbolizaba el enorme poder político, económico y cultural del califato, aunque Harún residió durante largas temporadas fuera de ella, especialmente en Raqqa.

En el extremo occidental del Mediterráneo había sobrevivido, sin embargo, una rama de la dinastía derrotada. El emirato omeya de Córdoba era independiente de los abasíes y constituía uno de sus grandes adversarios dinásticos. Para Carlomagno tampoco era un vecino irrelevante. Sus relaciones con al-Ándalus habían incluido la fracasada expedición de Zaragoza de 778, la formación posterior de una frontera al sur de los Pirineos y la conquista de Barcelona en 801. Que francos y abasíes compartieran la enemistad hacia los omeyas cordobeses favorecía el contacto, pero sería excesivo convertir esa coincidencia en una alianza militar perfectamente diseñada. La política de comienzos del siglo IX era más flexible, personal y cambiante.

Los contactos tampoco comenzaron desde cero con Carlomagno. Pipino el Breve había enviado ya una embajada al califa al-Mansur en la década de 760. Bajo su hijo, sin embargo, las comunicaciones adquirieron una dimensión mayor. En 797 partió hacia Oriente una misión integrada por dos enviados francos, Lantfrido y Sigimundo, y un judío llamado Isaac, que probablemente desempeñaba una función esencial como intérprete y mediador. La elección resulta reveladora. Para atravesar un mundo de lenguas, religiones y jurisdicciones distintas no bastaban los títulos diplomáticos: hacían falta personas capaces de desenvolverse entre ellas. El viaje fue larguísimo y solo Isaac regresó. Sus dos compañeros murieron durante la misión. En 801 llegaron a Italia emisarios relacionados con Harún al-Rashid y con Ibrahim ibn al-Aghlab, gobernador de Ifriqiya, que comunicaron a Carlomagno que su enviado volvía con regalos. Isaac alcanzó Porto Venere con el Elefante; tuvo que pasar el invierno al sur de los Alpes porque la nieve impedía continuar y no llegó a Aquisgrán hasta el verano de 802.

El regalo era excepcional, pero no absurdo. En las diplomacias antiguas y medievales, los animales exóticos servían para expresar riqueza, capacidad de acceso a tierras lejanas y magnificencia. Abul-Abbas convertía esas ideas en una presencia imposible de ignorar. El califa podía enviar hasta el corazón del reino franco un animal procedente de un mundo que para la mayoría de sus habitantes era casi inimaginable. Europa no había visto un elefante desde los tiempos del Imperio romano. Además, crónicas de la época sugieren que Abul-Abbas pudo haber sido un ejemplar albino, lo que aumentaba enormemente su valor y misticismo.

JERUSALÉN ENTRE LA REALIDAD Y LA LEYENDA

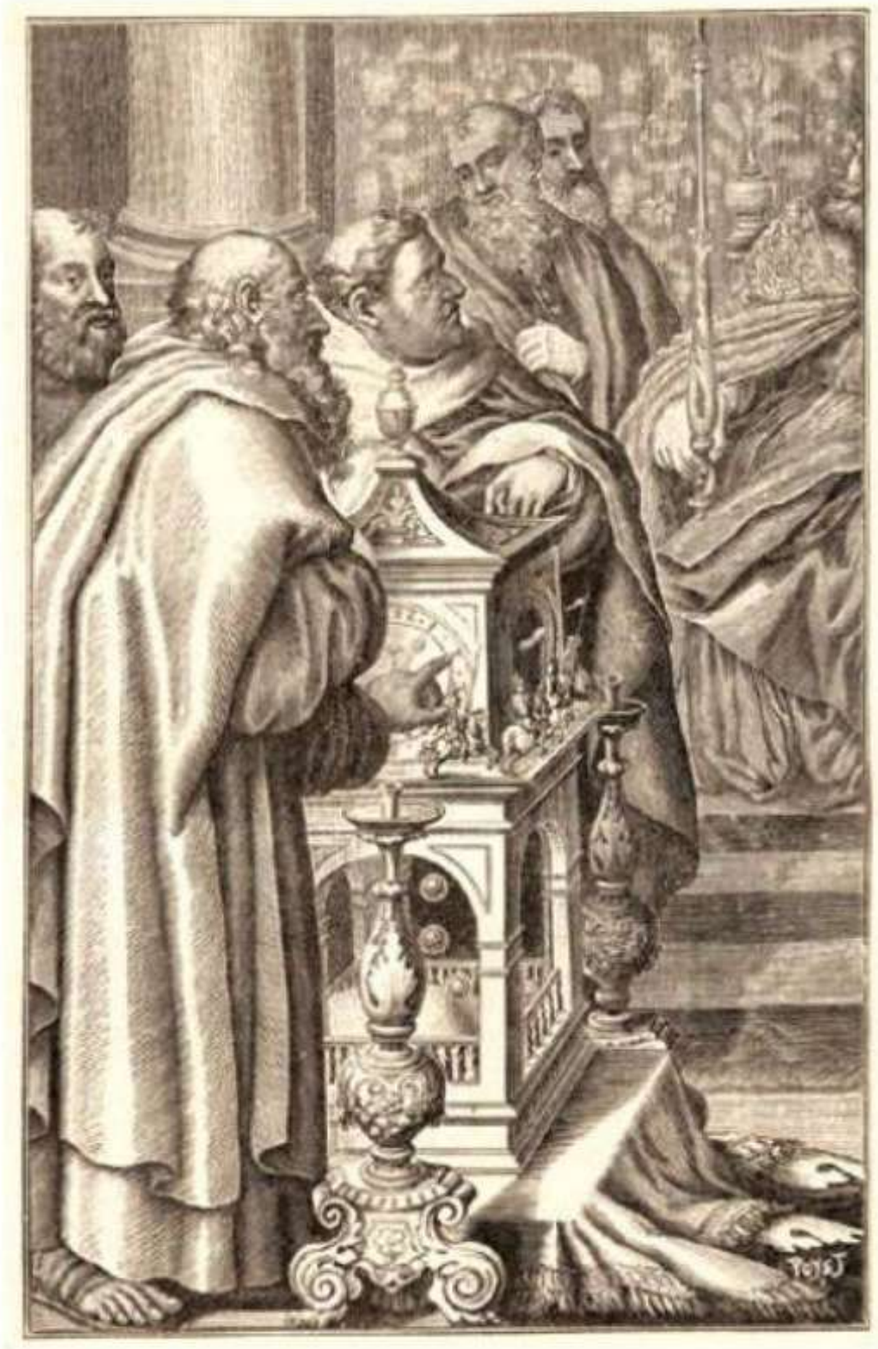
Pero los contactos orientales de Carlomagno tuvieron otro destino todavía más importante para un soberano cristiano: Jerusalén. En el año 799 envió a un representante a Oriente con ofrendas destinadas a los Santos Lugares. Al año siguiente llegaron a la corte franca enviados del patriarca de Jerusalén portando, entre otros objetos simbólicos, las llaves del Santo Sepulcro y del Calvario junto con un estandarte. Durante siglos se construyó a partir de este episodio un relato exagerado. Al parecer, Harún al-Rashid habría reconocido a Carlomagno una especie de protectorado sobre Jerusalén o incluso le habría entregado el Santo Sepulcro, pero las fuentes contemporáneas no permiten afirmar algo semejante. Las llaves procedían del patriarca cristiano de Jerusalén y constituían un gesto de deferencia y vinculación religiosa, no una transferencia de soberanía sobre la ciudad. Jerusalén continuaba bajo autoridad musulmana. Eso no significa que el episodio careciese de importancia. Al contrario. Para Carlomagno, presentarse como protector de comunidades cristianas situadas mucho más allá de sus propios dominios ampliaba extraordinariamente la dimensión de su autoridad. Su prestigio podía proyectarse hasta los lugares asociados a la vida y muerte de Cristo sin necesidad de conquistarlos.

La relación continuó. En 807 llegó a Aquisgrán un enviado de Harún llamado Abdella acompañado por dos monjes que representaban al patriarca Tomás de Jerusalén. Los regalos descritos por los anales permiten casi entrar en la sala donde fueron desplegados. Al parecer había grandes tiendas y cortinajes de colores, tejidos de seda, perfumes, ungüentos, bálsamo y dos enormes candelabros de metal, pero, sin duda, el objeto que más fascinó al cronista fue un complejo reloj hidráulico de bronce en el que doce bolas caían para señalar las horas mientras unas figuras salían por pequeñas ventanas. El autor reconoce que el mecanismo contenía tantas maravillas que enumerarlas todas resultaría demasiado largo. La escena debió ser



ASC

Este grabado novecentista representa a los embajadores enviados por Harún al-Rashid entregando a Carlomagno las llaves del Santo Sepulcro de Jerusalén.



MEISTERDRUCKE

Carlomagno recibe el regalo de una clepsidra (reloj de agua) del califa de Bagdad Harún al-Rashid.

sorprendente, pero no estamos ante un Occidente bárbaro descubriendo de pronto una civilización superior, como cierta historiografía antigua quiso presentar la escena. Ambas cortes poseían culturas políticas sofisticadas, pero los regalos sí mostraban capacidades artesanales y circuitos comerciales extraordinarios. En Aquisgrán, una seda oriental, un perfume o un mecanismo hidráulico eran también mensajes politicos, pues hablaban del lugar del que procedían y del gobernante capaz de enviarlos.

EL ELEFANTE QUE ACABÓ EN UNA GUERRA DEL NORTE

Abul-Abbas permaneció con Carlomagno durante ocho años. Se cree que vivió en los jardines palaciegos de Aquisgrán en una zona adaptada para animales exóticos y que Carlomagno sentía una profunda fascinación por él y disfrutaba alimentándolo en persona, pero la realidad es que no sabemos dónde fue alojado habitualmente el elefante, cómo se organizó su alimentación ni qué efecto produjo entre quienes lo vieron. La imaginación posterior ha llenado esos silencios con escenas que las fuentes no documentan.

En cualquier caso, sí sabemos que el animal terminó relacionado, de manera inesperada, con otro extremo del mundo carolingio. Y es que, cuando en el año 804, el rey Godofredo I de Dinamarca amenazó las fronteras del imperio, Carlomagno movilizó a su ejército en dirección al río Elba y ordenó que trajeran al elefante para impresionar y aterrorizar a los nórdicos. Sin embargo, ese año las tensiones se resolvieron mediante diplomacia y negociaciones en persona. No hubo batalla campal ni combate, por lo que Abul-Abbas regresó a su recinto sin ver acción.

La verdadera provocación militar ocurrió seis años después, en el año 810. Godofredo envió una flota de 200 barcos vikingos a saquear las costas de Frisia (actuales Países Bajos y Alemania) y amenazó directamente con marchar sobre Aquisgrán. Carlomagno, ya anciano, montó en cólera y organizó una enorme expedición militar de respuesta decidiendo llevar consigo de nuevo a Abul-Abbas. Al cruzar el río Rin, en una localidad documentada como Lippeham (cerca de la actual Wesel, Alemania), el elefante —que ya superaba los 40 años de edad y no toleraba el clima húmedo del norte— enfermó gravemente de lo que parece haber sido neumonía. Murió repentinamente en el campamento mientras el ejército esperaba la llegada de más tropas. Carlomagno se quedó sin su gran baza psicológica para la guerra, pero la batalla final tampoco llegó a suceder. Mientras el emperador asimilaba la pérdida de su querida mascota y planeaba el avance contra Dinamarca, le llegó la noticia de que el rey Godofredo había sido asesinado por uno de sus propios



ASC

Tras pasar el invierno en Vercelli y cruzar los Alpes, el 1 de julio de 802 entró en Aquisgrán el elefante Abul-Abbas, enviado como regalo diplomático a Carlomagno por Harún al-Rashid.

hombres (guardaespaldas o familiares). El sucesor danés, Hemming, firmó inmediatamente la paz con los francos. En cualquier caso, el hecho de que ocho años después de llegar desde Oriente, el animal formara parte de la corte itinerante del emperador o de sus planes de guerra, demuestra que no fue simplemente una extravagancia encerrada en un palacio.

El otro protagonista del histórico gesto diplomático hacia Carlomagno, aparte del elefante, Harún al-Rashid, había muerto el año anterior. Poco después, las luchas sucesorias entre sus hijos alterarían profundamente el califato. Si bien los contactos entre carolingios y el mundo islámico no desaparecerían, lo cierto es que el episodio más espectacular de aquella diplomacia quedaba atrás para seimpre. Hoy sabemos que su importancia reside en lo que revela, que Aquisgrán y Bagdad aún estando separadas por una distancia gigantesca, por mares, montañas, idiomas y religiones diferentes, no pertenecían a mundos cerrados. Entre ambos circulaban embajadores, noticias, objetos y expectativas políticas. Jerusalén estaba conectada con la corte franca; el norte de África servía de escala y mediación; comerciantes e intérpretes cruzaban fronteras que sobre nuestros mapas parecen mucho más rígidas de lo que eran.

El imperio de Carlomagno fue profundamente occidental, franco y cristiano. Pero el horizonte de su política no terminaba en los límites de sus conquistas. El elefante que apareció en Aquisgrán aquel verano de 802 fue la prueba más visible de que, mucho antes de que Europa se imaginara a sí misma como un espacio separado, sus gobernantes ya actuaban dentro de un mundo mucho más grande. ■

LEYES, CONDES, PALACIOS
Y ADMINISTRACIÓN
CAROLINGIA

Gobernar un mosaico de pueblos

El imperio que Carlomagno gobernaba en los primeros años del siglo IX carecía de casi todo aquello que hoy asociamos con un Estado moderno. No tenía una capital fija en sentido estricto, tampoco un código legal único aplicable por igual a toda la población ni un cuerpo de funcionarios profesionales remunerados regularmente por un tesoro central. Sus divisiones territoriales podían variar, superponerse y adaptarse a circunstancias políticas o militares. Sin embargo, reducir aquel mundo a un simple entramado improvisado sería igualmente engañoso. Existían instituciones, cargos, tribunales, asambleas, normas escritas y mecanismos de supervisión que permitían al rey ejercer su autoridad sobre un territorio inmenso.

Lo que había, sobre todo, era un mosaico de pueblos: francos, sajones, bávaros, lombardos, aquitanos, vascones, frisones y muchos otros grupos integrados progresivamente bajo el dominio carolingio. Cada región conservaba leyes, élites y tradiciones propias. La unidad no descansaba en instituciones impersonales comparables a las de un Estado contemporáneo, sino, en gran medida, en vínculos de fidelidad al monarca, en la cooperación de aristocracias locales, en la presencia de agentes regios y en una corte que durante buena parte del reinado siguió desplazándose de un palacio a otro.

Comprender cómo funcionó realmente el imperio exige abandonar la imagen de un Estado rigurosamente centralizado. El poder carolingio se apoyaba en redes de fidelidad, negociación permanente con las grandes familias aristocráticas y una extraordinaria capacidad para adaptar las formas de gobierno a realidades locales muy distintas. No era simplemente la ejecución desde arriba de un programa administrativo uniforme, sino un equilibrio político que debía renovarse constantemente.



Aunque vivieron con 700 años de diferencia, Carlos V (representado a la dcha.) basaría gran parte de su ideal de Imperio Universal cristiano en el legado de Carlomagno (izquierda).



Para proteger de invasiones externas el imperio que había expandido mediante intensas campañas, Carlomagno creó zonas fronterizas fuertemente militarizadas llamadas marcas.

LA CORTE QUE NUNCA SE QUEDABA QUIETA

Durante buena parte de su reinado, Carlomagno no gobernó desde una única ciudad. Herstal, Nimega, Worms o Ingelheim formaban parte de una extensa red de residencias reales que permitía al monarca desplazarse por sus dominios. No seguía necesariamente un itinerario rígido y repetido todos los años. La guerra, las asambleas, la celebración de determinadas festividades, las necesidades políticas y la disponibilidad de recursos condicionaban sus movimientos. Esta itinerancia no constituía una señal de debilidad; al contrario, era uno de los instrumentos del gobierno. Allí donde aparecía el monarca se hacía visible la autoridad real: acudían los aristócratas, se resolvían pleitos, se negociaban alianzas y se renovaban fidelidades. Además, una corte formada por centenares de personas necesitaba alimentos, animales, alojamiento y otros suministros. Gran parte de esos recursos procedían de dominios reales y eclesiásticos dispersos por el territorio. En lugar de trasladar indefinidamente todos los productos hacia un único centro, resultaba práctico que la propia corte se desplazara entre las zonas capaces de abastecerla.

Aquisgrán fue convirtiéndose, desde la década de 790, en la gran excepción. Carlomagno apreciaba especialmente sus aguas termales y terminó haciendo de aquel lugar uno de sus centros predilectos. Allí levantó un complejo palatino de ambición inequívocamente imperial, presidido por una capilla octogonal que evocaba deliberadamente modelos de la Antigüedad tardía, particularmente Rávena.

Aun así, Aquisgrán no fue una capital en el sentido moderno. El rey continuó viajando y, aunque en sus últimos años permaneció allí con mayor frecuencia, el

gobierno siguió dependiendo de múltiples residencias y de una autoridad que se desplazaba físicamente por el territorio. Sus sucesores mantendrían también esta tradición. Aquisgrán se convirtió ante todo en un centro político, religioso y ceremonial excepcional, no en la sede exclusiva de una burocracia central estable.

LAS ASAMBLEAS DONDE SE HACÍA LA POLÍTICA

Una de las piezas esenciales del sistema eran las grandes asambleas convocadas por el rey. Obispos, abades, condes y magnates acudían regularmente a estos encuentros, denominados en las fuentes con términos como *placitum* o *conventus*. Muchas de las grandes reuniones tenían lugar durante la primavera o al comienzo de la temporada militar, aunque ni su calendario ni su frecuencia fueron siempre idénticos. Allí se discutían campañas militares, relaciones con territorios vecinos, cuestiones judiciales, reformas religiosas y decisiones políticas de gran alcance. También podían aprobarse y difundirse capitulares, recibirse embajadas o resolverse conflictos entre miembros de la aristocracia.

No eran parlamentos representativos en sentido moderno, pero tampoco simples ceremonias destinadas a ratificar pasivamente la voluntad del rey. La monarquía carolingia necesitaba el consejo y la cooperación de las élites. En unas ocasiones las decisiones surgían de auténticas deliberaciones; en otras, el monarca y su círculo más próximo llegaban a la asamblea con una orientación ya definida y buscaban que los grandes del reino la asumieran y contribuyeran a ejecutarla. Para un aristócrata, acudir a la corte y participar en esas reuniones era mucho más que cumplir una obligación. La proximidad al rey significaba acceso a cargos, tierras, monasterios, beneficios y oportunidades de influencia. Quedar apartado de aquel círculo podía significar, por el contrario, perder rápidamente capacidad política.

LOS CAPITULARES: GOBERNAR POR ESCRITO

De este entorno político surgió una de las formas documentales más características del gobierno carolingio: los capitulares. Su nombre procede de los *capitula*, pequeños capítulos o apartados en los que se dividían. En un mismo documento podían aparecer normas relativas a disciplina eclesiástica, obligaciones militares, procedimientos judiciales, orden público, administración de propiedades o comportamiento de los funcionarios. No constituían un código único ni formaban un sistema legislativo coherente comparable al derecho romano imperial o a una legislación moderna. Además, no todos tenían la misma finalidad ni el mismo ámbito de aplicación. Algunos pretendían establecer principios generales; otros iban dirigidos a regiones concretas, a los *missi dominici*, a autoridades determinadas o a cuestiones específicas que habían llamado la atención del monarca.

LA ITINERANCIA DE CARLOMAGNO POR UNA EXTENSA RED DE RESIDENCIAS REALES ERA UN INSTRUMENTO DE GOBIERNO



ASC

Mediante la ceremonia de homenaje se formalizaba el pacto de vasallaje entre un noble de menor rango (vasallo) y un noble más poderoso o el rey (señor feudal).

La *Admonitio generalis* de 789 constituye uno de los ejemplos más ambiciosos. Sus ochenta y dos capítulos combinaban disposiciones religiosas, educativas y políticas. El documento insistía en mejorar la formación del clero, corregir textos, garantizar una adecuada enseñanza religiosa y reforzar determinados aspectos del gobierno. Alcuino de York estuvo implicado en su elaboración y su influencia intelectual puede apreciarse en diversos pasajes, aunque no conviene imaginarlo como único autor de un programa concebido por un solo hombre.

La lógica del documento era profundamente carolingia: el rey se consideraba responsable no solo de la seguridad y el orden de su pueblo, sino también de su corrección moral y religiosa. La separación moderna entre esfera política y religiosa simplemente no existía. La gran dificultad comenzaba cuando estas disposiciones tenían que transmitirse y aplicarse. Sabemos que los capitulares se copiaban y circulaban, pero su conservación manuscrita es muy desigual. De ello no puede deducirse automáticamente que muchos apenas fueran conocidos: la pérdida documental durante más de un milenio ha sido enorme. Lo que sí resulta difícil determinar es hasta dónde llegó cada texto concreto y, sobre todo, en qué medida fue realmente obedecido.

LOS CONDES: PODER LOCAL Y SERVICIO AL REY

El condado era una de las unidades fundamentales de gobierno. Al frente estaba el conde, representante del monarca en un territorio determinado. Entre sus funciones figuraban presidir o supervisar la justicia, convocar hombres para el ejército, ejecutar órdenes reales, proteger determinados intereses del rey y ejercer autoridad pública sobre la población. Pero el conde no era un funcionario moderno

aislado de la sociedad sobre la que gobernaba. Era un aristócrata. Podía pertenecer a una familia poderosa de la región o proceder de otros territorios donde los carolingios consideraban conveniente introducir hombres vinculados a la corte. Tenía patrimonio, parientes, aliados, clientes y ambiciones propias.

Su posición dependía del rey, pero también de su capacidad para construir poder local. Los cargos proporcionaban acceso a derechos, rentas, prestigio e influencia, mientras que el servicio al monarca podía ser recompensado con tierras y beneficios.

En teoría, el condado no era hereditario. El rey nombraba y podía apartar a sus titulares. En la práctica, algunas familias consiguieron ocupar repetidamente determinados espacios de poder y consolidaron progresivamente su influencia territorial. La verdadera patrimonialización de muchos cargos condales se aceleraría durante el siglo IX y en épocas posteriores, más que durante el propio reinado de Carlomagno.

Estas familias construían su posición combinando servicio al monarca, alianzas matrimoniales, parentesco e influencia sobre iglesias y monasterios. El gobierno local era el resultado de una continua negociación entre una monarquía que necesitaba colaboradores y unas élites que nunca dejaron de perseguir sus propios intereses.

LA IGLESIA COMO INSTRUMENTO DE PODER

Resultaría imposible entender el gobierno carolingio separando estrictamente Iglesia y poder político. Obispos y abades ejercían funciones religiosas, pero también actuaban como consejeros del rey, jueces, diplomáticos, administradores y, en determinadas circunstancias, responsables de recursos destinados a las campañas militares.

Los grandes monasterios, como Saint-Denis, Fulda, San Galo o Corbie, eran al mismo tiempo centros espirituales, culturales y económicos. Poseían enormes dominios, producían alimentos y rentas, mantenían redes de dependientes y podían proporcionar alojamiento, suministros, recursos y servicios al poder regio.

Carlomagno y sus consejeros entendían el reino como una comunidad cristiana cuya salud espiritual y moral concernía directamente al monarca. De ahí su intervención en cuestiones como la disciplina eclesiástica, la reforma litúrgica, los concilios o la formación del clero. No se consideraba una intromisión del Estado en la Iglesia porque esa frontera conceptual todavía no existía.

Los obispos figuraban entre los hombres más importantes del reino. Participaban en las asambleas, aconsejaban al soberano, intervenían en litigios y podían actuar como transmisores de la voluntad real en sus diócesis.

LAS FRONTERAS: UN MUNDO MENOS ORDENADO DE LO QUE PARECE

Las zonas fronterizas exigían fórmulas de gobierno especialmente flexibles. En determinados territorios, los carolingios agruparon poderes militares y políticos en manos de aristócratas encargados de defender áreas expuestas a ataques o de coordinar operaciones ofensivas. Con el tiempo, algunas de estas zonas serían conocidas como marcas, aunque no existió durante el reinado de Carlomagno un modelo uniforme de «marca» gobernada siempre por un margrave con competencias idénticas.

La frontera hispánica constituye un buen ejemplo. Gerona quedó bajo control franco en 785 y Barcelona fue conquistada en 801 por un ejército dirigido por Luis,

hijo de Carlomagno y rey de Aquitania. A partir de estas conquistas y de otras incorporaciones se configuró al sur de los Pirineos una franja de condados vinculados al poder franco cuya función principal era proteger el reino frente a al-Ándalus.

La expresión «Marca Hispánica» resulta útil para describir este espacio fronterizo, pero puede inducir a imaginar una provincia perfectamente organizada y dirigida desde arriba por un único margrave. La realidad fue más compleja: existían distintos condados y autoridades, con grados variables de dependencia respecto a la monarquía carolingia, y sus estructuras evolucionaron durante décadas.

Una lógica semejante podía encontrarse en la Marca Bretona, creada para contener y vigilar la frontera con los bretones, y en diversas zonas orientales donde francos, sajones, eslavos y ávaros entraban en contacto. En esas regiones la organización administrativa y militar fue cambiante y dependió tanto de las circunstancias locales como de las necesidades del momento.

LOS *MISSI DOMINICI:* LOS OJOS DEL EMPERADOR

Uno de los mecanismos más característicos de supervisión fueron los *missi dominici*, literalmente «enviados del señor». Aunque existían precedentes, Carlomagno reforzó especialmente el sistema durante su etapa imperial. Los *missi* recorrían determinadas circunscripciones en nombre del monarca y podían inspeccionar a las autoridades locales, escuchar quejas, supervisar la justicia, recibir juramentos de fidelidad, difundir capitulares e informar a la corte.

Desde comienzos del siglo IX aparecen con frecuencia enviados que trabajaban por parejas, normalmente combinando a un importante eclesiástico con un aristócrata laico. La elección tenía sentido: ambos procedían de sectores poderosos, pero representaban ámbitos diferentes de la sociedad y podían controlarse mutuamente.

Su mera existencia muestra hasta qué punto Carlomagno era consciente del problema fundamental de su gobierno: ¿cómo vigilar a unos condes cuya cooperación resultaba imprescindible y que, al mismo tiempo, podían utilizar su cargo en beneficio propio?

Los *missi* nunca eliminaron ese dilema. Dependían de caminos inseguros, redes de información incompletas y de la colaboración de las mismas aristocracias que debían supervisar. Pero permitieron al monarca intervenir periódicamente fuera del ámbito inmediato de la corte y recordaron a las autoridades locales que su poder procedía, al menos formalmente, del soberano.

EL JURAMENTO QUE UNÍA AL IMPERIO

Junto a cargos e instituciones existía una dimensión profundamente personal del poder: la fidelidad jurada al monarca. Carlomagno recurrió varias veces a juramentos colectivos, pero después de su coronación imperial del año 800 el mecanismo adquirió una importancia especial.

En 802 ordenó renovar y extender el juramento de fidelidad al emperador entre la población, incluyendo a varones a partir de los doce años y a diferentes categorías de laicos y eclesiásticos. No era simplemente una promesa de obediencia política. El juramento adquiría una dimensión moral y religiosa: traicionar al emperador significaba también romper un compromiso realizado ante Dios.

El nuevo título imperial reforzaba de este modo una práctica política mucho más antigua. El imperio podía abarcar pueblos, leyes y territorios muy distintos, pero todos debían reconocer personalmente la autoridad de Carlomagno.

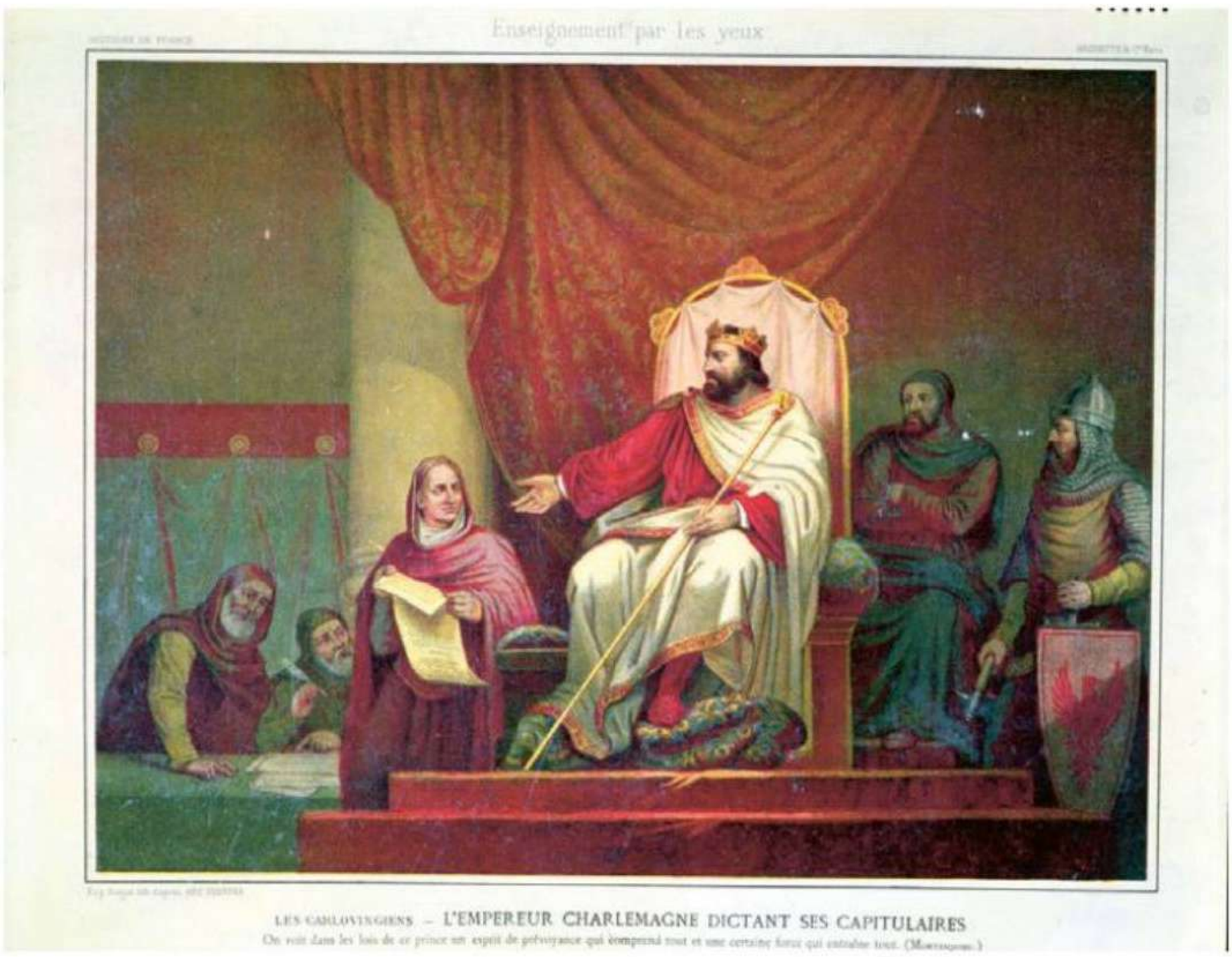
Esta fidelidad, sin embargo, seguía vinculada ante todo a la persona del soberano. No se trataba todavía de adhesión abstracta a un Estado impersonal, sino de una relación de obediencia y lealtad hacia un rey y emperador concreto.

UN IMPERIO DE MUCHAS LEYES

Pocas cosas reflejan mejor la diversidad carolingia que su pluralidad jurídica. Francos, bávaros, lombardos, alamanes, burgundios y otros pueblos conservaban tradiciones legales propias, y Carlomagno no intentó sustituirlas por un único código imperial.

La *Lex Salica*, la *Lex Baiuvariorum*, la *Lex Alamannorum*, el derecho lombardo y otras compilaciones siguieron vigentes. En los territorios hispanos incorporados al dominio franco continuó utilizándose ampliamente el *Liber Iudiciorum*, de tradición visigoda.

Durante mucho tiempo los historiadores describieron este sistema mediante el principio de «personalidad del derecho»: cada individuo habría sido juzgado según la ley correspondiente a su pueblo, independientemente del territorio en que viviera. Hoy esa imagen se acepta con más cautela. La aplicación de leyes distintas según la adscripción jurídica de las personas está bien documentada en determinados



Carlomagno promulgando el capitulario de Herstal en 779, grabado por Eugène Ronjat, hacia 1860-80, a partir de una obra del neerlandés Ary Scheffer.



MEISTERDRUCKE

Carlomagno y el Conde de Toulouse Torsin (o Chorson), grabado en *Historia de los Condes de Toulouse,* por Guillaume de Catel.

lugares, especialmente en Italia, pero resulta más difícil demostrar que funcionara de manera uniforme en todas las regiones del imperio.

Lo indiscutible es que coexistían múltiples derechos y que el poder carolingio no consideró imprescindible eliminarlos. Los capitulares se superponían a esa pluralidad y regulaban cuestiones muy diversas, algunas de alcance general y otras destinadas únicamente a territorios o autoridades concretos.

La justicia se ejercía habitualmente en tribunales públicos, con un papel destacado del conde o de sus representantes. Durante el periodo carolingio ganaron importancia los *scabini*, hombres conocedores de las costumbres jurídicas que actuaban como asesores y daban mayor estabilidad a la actividad judicial.

Los procedimientos podían incluir juramentos y cojuradores, personas que respaldaban solemnemente la palabra de una de las partes. También persistieron las ordalías o «juicios de Dios», aunque ya en época carolingia algunos eclesiásticos expresaron reservas sobre su capacidad para revelar la verdad.

LA MONEDA: PLATA, PESO Y AUTORIDAD

Hacia 793-794 Carlomagno impulsó una importante reforma monetaria. No creó desde cero un sistema monometálico de plata —el denario de plata llevaba décadas ocupando una posición central en el Occidente franco—, pero sí reforzó y estandarizó el sistema heredado de sus predecesores.

La reforma aumentó el peso del denario y consolidó una relación contable destinada a ejercer una influencia extraordinaria durante siglos: una libra equivalía a veinte sueldos y cada sueldo a doce denarios, es decir, 240 denarios por libra. Libra y sueldo funcionaban fundamentalmente como unidades de cuenta, mientras que el denario era la moneda franca efectivamente acuñada de manera habitual.

Esto no significa que ninguna otra moneda circulara por el imperio. En las fronteras y en determinados intercambios podían aparecer monedas extranjeras, incluidas piezas procedentes del mundo islámico o bizantino. Pero el denario de plata se convirtió en el eje del sistema monetario carolingio.

La reforma tenía también una dimensión política. La acuñación de moneda constituía una prerrogativa del poder y las piezas difundían nombres, títulos y símbolos asociados al soberano. Después de la coronación imperial aparecieron progresivamente nuevas leyendas y tipos que reflejaban la dignidad de Carlomagno, aunque estos cambios no se produjeron de manera uniforme ni inmediata en todas las cecas.

Cada moneda podía así convertirse en una diminuta manifestación de autoridad que viajaba mucho más lejos que el propio emperador.

EL EJÉRCITO: QUIÉN DEBÍA COMBATIR

El ejército carolingio tampoco fue una fuerza permanente comparable a un ejército profesional contemporáneo. Se movilizaba en función de las campañas y combinaba contingentes proporcionados por aristócratas, hombres convocados por los condes, vasallos regios y otros combatientes sujetos a distintas obligaciones.

En teoría, el servicio militar afectaba ampliamente a los hombres libres, pero en la práctica las exigencias dependían de la riqueza, del equipamiento disponible, de la distancia de la campaña y de las decisiones adoptadas para cada movilización.

Los capitulares de comienzos del siglo IX permiten observar cómo el gobierno intentó racionalizar esta carga. Determinados propietarios debían acudir personalmente, mientras que quienes disponían de menos recursos podían agruparse para equipar y sostener a un combatiente. Se trataba de evitar que una campaña militar dejara sin hombres suficientes explotaciones agrícolas de las que dependía la subsistencia de la sociedad.

El conde desempeñaba aquí una función fundamental: reunía a los hombres convocados, supervisaba su preparación y los conducía hasta el lugar señalado por el ejército real.

Durante las grandes campañas de expansión de las décadas de 770, 780 y 790, la guerra proporcionó además una cantidad considerable de botín, tierras, metales preciosos, ganado y cautivos. El reparto de esas riquezas permitía al rey premiar a sus seguidores y reforzar la fidelidad de los aristócratas.

Cuando la expansión territorial perdió intensidad durante las últimas décadas del reinado, disminuyeron también algunas de estas fuentes externas de riqueza. Algunos historiadores han señalado este cambio como uno de los factores que posteriormente complicarían el mantenimiento de los equilibrios aristocráticos, aunque las crisis del siglo IX tuvieron causas mucho más amplias.

LA RED DEL VASALLAJE

Bajo las instituciones del reino existía otra trama de relaciones personales: los vínculos entre señores y vasallos. El *beneficium* —la concesión del disfrute de tierras o rentas— podía ligarse a relaciones de fidelidad y servicio, incluido en muchos casos el servicio militar.

Sin embargo, conviene evitar una imagen demasiado conocida pero históricamente engañosa: la famosa pirámide feudal en la que cada hombre debía obediencia a un señor situado en un escalón superior. Esa estructura pertenece a épocas posteriores y ni siquiera describe de forma sencilla todo el mundo medieval.

LA JUSTICIA SOLÍA EJERCERSE EN TRIBUNALES PÚBLICOS, CON UN PAPEL DESTACADO DEL CONDE O DE SUS REPRESENTANTES

En tiempos de Carlomagno, el vasallaje coexistía con múltiples formas de dependencia, patronazgo y fidelidad. No se aplicaba del mismo modo en todas partes ni constituía una jerarquía perfectamente organizada.

El emperador se sirvió de estas relaciones para reforzar sus propias redes. Los *vassi dominici*, vasallos directamente vinculados al soberano, podían recibir beneficios en diferentes regiones y desempeñar misiones de confianza. Algunos actuaron como agentes regios o formaron parte de los hombres utilizados para supervisar territorios y autoridades.

Para las familias aristocráticas, colocar a uno de sus miembros en la órbita regia podía ser una excelente estrategia. El servicio proporcionaba prestigio, relaciones, posibilidades de obtener beneficios y acceso a una corte donde se repartían oportunidades políticas.

ESCRITURA, EDUCACIÓN Y GOBIERNO

El mundo carolingio dependía de la palabra pronunciada, del juramento y de la memoria, pero mucho más de la escritura de lo que durante décadas se pensó. Capitulares, diplomas, inventarios, cartas, documentos judiciales y registros monásticos muestran una cultura documental notablemente desarrollada.

Esa expansión de la escritura coincidió con el gran proyecto educativo y religioso promovido por Carlomagno y sus colaboradores. El objetivo principal no era crear una escuela de funcionarios en sentido moderno, sino mejorar la formación del clero, garantizar una correcta comprensión del latín, depurar textos litúrgicos y religiosos y evitar errores que pudieran afectar a la fe y al culto.

Pero aquel programa tuvo también consecuencias administrativas evidentes. Un reino que enviaba órdenes, copiaba capitulares, registraba propiedades y producía diplomas necesitaba personas capaces de leer, escribir y comprender correctamente el latín.

En ese contexto se desarrolló y difundió la minúscula carolina, una escritura clara, regular y fácilmente legible que terminaría convirtiéndose en uno de los grandes legados culturales de la época. No fue una invención repentina ordenada personalmente por Carlomagno, sino el resultado de un proceso gradual desarrollado en distintos centros, favorecido por el ambiente reformador de la corte y de los monasterios.

Su éxito fue extraordinario. Facilitó la copia de libros, la circulación de textos y la conservación de una parte inmensa de la literatura clásica que conocemos hoy.

UN SISTEMA PODEROSO Y VULNERABLE

Corte itinerante, asambleas, capitulares, condes, obispos, fronteras militares, *missi dominici*, juramentos, monedas, ejércitos y redes de vasallaje formaban un entramado complejo que no se parecía a un Estado moderno, pero tampoco puede reducirse a una simple colección de fidelidades personales.

El gobierno carolingio fue capaz de ejercer autoridad sobre un territorio enorme con medios materiales sorprendentemente limitados. Lo consiguió mediante la combinación de instituciones heredadas, innovación política, escritura, religión, presencia del monarca y colaboración con las aristocracias.



ASC

Carlomagno confirma la donación de Rávena a la Iglesia, fresco renacentista pintado entre 1564 y 1565 por Taddeo Zuccari en la Sala Regia del Palacio Apostólico del Vaticano.

Esa colaboración constituía al mismo tiempo una de sus fortalezas y una de sus debilidades. El rey necesitaba a los grandes aristócratas para gobernar, recaudar recursos, administrar justicia y combatir; pero cuanto más poder acumulaban esas familias en sus territorios, mayor era también su capacidad de actuar según sus propios intereses.

Carlomagno consiguió durante décadas mantener ese equilibrio gracias a su autoridad dinástica, su prestigio militar, sus redes familiares y una extraordinaria longevidad política. Sin embargo, no conviene explicar lo que ocurrió después simplemente como el fracaso de sucesores menos capaces. Luis el Piadoso heredó estructuras que continuaron funcionando durante años, y la fragmentación política del siglo IX obedeció a causas múltiples: rivalidades familiares, conflictos sucesorios, ambiciones aristocráticas, nuevas amenazas exteriores y transformaciones progresivas en la distribución del poder.

La gran paradoja carolingia reside precisamente ahí. El imperio alcanzó una capacidad de organización extraordinaria sin desarrollar una administración impersonal comparable a las de épocas posteriores. Gobernar significaba convencer, negociar, premiar, vigilar, castigar y, sobre todo, mantener en funcionamiento una red humana inmensa. Mientras esa red respondía, el sistema podía parecer extraordinariamente sólido. Cuando sus distintos intereses comenzaron a chocar, quedó al descubierto hasta qué punto la fuerza del imperio dependía de un equilibrio que debía reconstruirse una y otra vez. ■

Carlomagno, rodeado de sus principales oficiales, recibe a Alcuino, quien le presenta manuscritos, obra de sus monjes (1830), por Jean-Victor Schnetz.

ALBUM

El Renacimiento carolingio y la herencia de Carlomagno

Perfeccionar más que crear. Así puede resumirse el proyecto que Carlomagno impulsó con Alcuino de York, Teodulfo de Orleans y una red de sabios empeñados en mejorar el latín, corregir los libros, ordenar la liturgia y extender una escritura clara cuya huella aún reconocemos. El imperio que llevó a su máxima extensión y que recibió una nueva dignidad con la coronación romana del año 800 se fragmentó entre sus descendientes. Su legado cultural, en cambio, sobrevivió a las guerras dinásticas. Y Carlomagno comenzó una segunda vida: héroe épico, santo de culto discutido, antepasado de reyes y, con el tiempo, símbolo de una Europa que él nunca pudo imaginar en términos modernos.

CORREGIR ANTES QUE INVENTAR

Cuando León III coronó a Carlomagno emperador en San Pedro de Roma, el 25 de diciembre del año 800, no estaba consagrando un «renacimiento cultural» perfectamente diseñado desde Aquisgrán. La coronación respondía a una combinación de intereses políticos, religiosos y dinásticos que llevaban años madurando, mientras en la corte franca se desarrollaba, en paralelo, un programa de reforma que afectaba a la Iglesia, a la educación de los clérigos, a los libros y al modo mismo de ejercer el poder. La historiografía moderna bautizó ese fenómeno como «Renacimiento carolingio», una expresión útil pero también engañosa. No hubo una recuperación de la Antigüedad comparable a la que impulsarían los humanistas del *quattrocento* ni una ruptura radical con los siglos merovingios. Hubo, más bien,



ASC/MEISTERDRUCKE

Carlomagno con alumnos y maestros de su academia del palacio de Aquisgrán, obra de la escuela francesa de 1890.

una voluntad de renovación dentro de una tradición cristiana que nunca había desaparecido por completo.

La palabra que mejor explica aquella ambición es *correctio*: corregir. Corregir la conducta de los fieles, la disciplina del clero, los abusos de jueces y administradores, la pronunciación del latín, la copia de las Escrituras, el calendario y la práctica litúrgica. Para Carlomagno y sus consejeros, estas tareas no pertenecían a mundos distintos. Un sacerdote que recitaba mal una oración, un copista que alteraba un pasaje bíblico y un conde que administraba injustamente un territorio estaban fallando, cada uno a su manera, dentro de un mismo orden cristiano. El buen gobierno tenía una dimensión moral y religiosa, y la salvación de los súbditos formaba parte de las responsabilidades que la monarquía se atribuía.

La *Admonitio generalis* de 789 es el documento que mejor recoge ese espíritu. Entre muchas otras disposiciones, pedía que en monasterios y sedes episcopales hubiera escuelas para la instrucción de los jóvenes y que se prestara atención a los salmos, el canto, el cómputo, la gramática y la corrección de los libros. Durante mucho tiempo se interpretó esta medida como el acta fundacional de un sistema educativo centralizado, casi como si Carlomagno hubiera creado una red de escuelas públicas *avant la lettre*. La realidad fue bastante más desigual. Algunas instituciones desarrollaron centros de enseñanza muy activos; otras apenas dispusieron de maestros o libros. Las órdenes regias circulaban a través de personas y redes locales, y su aplicación dependía de obispos, abades y aristócratas capaces de convertirlas en prácticas duraderas.

La reforma, por tanto, no fue una maquinaria que funcionase de manera idéntica desde los Pirineos hasta el Elba. Fue una presión constante por elevar el nivel del clero y hacer más fiable la cultura escrita. Su éxito fue parcial, irregular

y, precisamente por eso, más interesante. Lo que se puso en marcha no fue una escuela única, sino una comunidad intelectual dispersa que compartía problemas, métodos y textos, y que encontró en la corte un foco de prestigio y coordinación.

Detrás de esa preocupación había una dificultad concreta. El latín seguía siendo la lengua de la liturgia, la enseñanza superior y buena parte de la administración escrita, pero hacía siglos que había dejado de ser la lengua cotidiana de gran parte de la población del antiguo Imperio romano. En las regiones romances, el habla se alejaba cada vez más del latín escolar; en los territorios germánicos era una segunda lengua que debía aprenderse. La gramática no era, por tanto, un lujo de eruditos. Un clérigo necesitaba comprender lo que leía y transmitir su sentido a una comunidad que no necesariamente dominaba esa lengua. La corrección lingüística se convirtió así en una herramienta pastoral y política para un reino de dimensiones enormes.

Aquisgrán acabó convirtiéndose en el símbolo de aquel movimiento, pero tampoco conviene imaginar la llamada «escuela palatina» como una universidad instalada en dependencias fijas del palacio. La corte carolingia siguió siendo itinerante durante buena parte del reinado, y el círculo de estudiosos que rodeaba al rey funcionaba como una comunidad de aprendizaje ligada a la casa imperial. Allí se discutía teología, se componían poemas, se revisaban manuscritos, se enseñaba gramática y se intercambiaban cartas. Carlomagno escuchaba lecturas durante las comidas, se interesaba por el latín, la astronomía y el cálculo del calendario y convirtió el prestigio intelectual en una forma más de autoridad.

La figura central de ese ambiente fue Alcuino de York. Procedía de una de las tradiciones escolares más sólidas de la Europa del siglo VIII y entró en la órbita de Carlomagno después de encontrarse con él en Italia en 781. Desde entonces actuó como maestro, consejero, polemista y autor de manuales. Su importancia fue enorme, pero hoy resulta difícil sostener la vieja imagen de Alcuino como arquitecto solitario de toda la reforma. Su influencia se ejerció sobre todo mediante relaciones personales: discípulos, obispos, abades y corresponsales que llevaron sus métodos a distintos centros. Cuando en 796 se retiró a Saint-Martin de Tours, esa red continuó creciendo sin necesidad de una dirección única desde palacio.

Las cartas conservadas de Alcuino ayudan a entender aquel mundo mejor que la imagen de una academia organizada. En ellas aparecen consultas doctrinales, recomendaciones de libros, peticiones de copias, correcciones y consejos a obispos. Un manuscrito podía viajar con un mensajero, ser copiado en otro monasterio y regresar transformado por nuevas anotaciones. Quienes habían pasado por la corte ocupaban después sedes episcopales o abadías y mantenían el contacto entre sí. Esa circulación explica mejor la difusión de las novedades que cualquier decreto aislado: el mapa intelectual del imperio estaba hecho de caminos, correspondencia y vínculos personales.

Junto a Alcuino aparecen personajes de procedencias muy distintas. Pedro de Pisa aportó la tradición gramatical italiana; Pablo Diácono, monje lombardo y autor de la *Historia de los lombardos*, llevó consigo el mundo erudito de Italia; Paulino

LA REFORMA FUE UNA PRESIÓN CONSTANTE POR ELEVAR EL NIVEL DEL CLERO Y HACER MÁS FIABLE LA CULTURA ESCRITA

de Aquilea intervino en las disputas teológicas del reinado. Teodulfo de Orleans, de origen visigodo y procedencia exacta discutida, probablemente vinculado a Hispania o a la Septimania, fue una de las personalidades más brillantes del grupo. Poeta, obispo, enviado regio e intelectual de enorme cultura bíblica, estuvo detrás, según la atribución hoy mayoritaria, del *Opus Caroli regis contra synodum*, tradicionalmente conocido como *Libri Carolini*, la respuesta franca al Segundo Concilio de Nicea y a la cuestión del culto a las imágenes.

El caso de Teodulfo muestra hasta qué punto la renovación carolingia dependió de los cruces culturales. Su iglesia de Germigny-des-Prés, construida a comienzos del siglo IX, conserva en el ábside una representación del Arca de la Alianza excepcional en el arte occidental de la época. No es necesario atribuirla a una única influencia bizantina, hispánica u oriental para apreciar lo que revela: los artistas y eruditos que trabajaban bajo patrocinio carolingio manejaban modelos diversos y los recombinaban según las necesidades de un nuevo lenguaje político y religioso.

También Eginardo perteneció a ese mundo. Formado en Fulda y después integrado en la corte, escribió tras la muerte del emperador la *Vita Karoli Magni*, la biografía que más ha condicionado nuestra imagen de Carlomagno. Su deuda con Suetonio es evidente: la obra organiza la personalidad del soberano mediante virtudes, hábitos, rasgos físicos y escenas domésticas que recuerdan las *Vidas* de los césares. Eso no convierte el relato en ficción, pero obliga a leerlo como literatura política además de como testimonio. El Carlomagno que nada con energía, come con moderación, escucha lecturas y se esfuerza por aprender a escribir es también una construcción del gobernante ideal.

Si hubo un terreno en el que aquella renovación dejó una huella medible, fue el libro. La expansión de la producción manuscrita entre los siglos VIII y IX resulta espectacular. Los recuentos utilizados por Rosamond McKitterick sitúan en torno a quinientos los manuscritos conservados de la Galia merovingia copiados antes de aproximadamente 750, frente a unos siete mil producidos en el Imperio carolingio entre 750 y 900. Las cifras de supervivencia no equivalen, por supuesto, a las de producción real y están condicionadas por pérdidas posteriores, pero la desproporción permite hacerse una idea de la escala del cambio.

Hacer un libro seguía siendo una empresa lenta y cara. Había que preparar pergamino, conseguir un ejemplar como modelo, repartir el trabajo entre copistas, revisar lo escrito y, en los volúmenes de lujo, añadir miniaturas y encuadernación. La calidad dependía de los recursos disponibles y de la formación de quienes intervenían. Por eso la renovación no consistió solo en «copiar más», sino en organizar mejor la producción, comparar ejemplares y formar correctores. El libro fue instrumento de gobierno espiritual, pero también objeto de prestigio: una gran Biblia o un evangeliario ricamente iluminado hablaban del poder del patrón que podía financiarlos.

Centros como Tours, Corbie, Fulda, Lorsch, Reichenau, San Galo o Reims copiaron Biblias, obras litúrgicas, comentarios de los Padres de la Iglesia, textos escolares y también autores clásicos. La tarea exigía más escribas, mejores modelos, correctores y formas de escritura capaces de viajar sin perder legibilidad. De esa necesidad nació, poco a poco, la minúscula carolingia. No fue un alfabeto inventado una mañana en Aquisgrán ni una orden imperial impuesta de golpe. Se formó a partir de experiencias anteriores, con especial importancia de talleres como Corbie, y fue adquiriendo una regularidad cada vez mayor en centros como Tours.

Sus letras redondeadas, separadas con claridad y de proporciones relativamente constantes facilitaron la lectura de los textos y redujeron ambigüedades. La puntuación siguió siendo variable, pero también avanzó. La importancia de ese cambio se aprecia mejor muchos siglos después: cuando los humanistas italianos buscaron manuscritos que consideraban próximos a la Antigüedad, tomaron como modelo numerosas copias carolingias creyendo que su escritura reproducía formas romanas antiguas. De aquella interpretación nació la minúscula humanística y, a través de la imprenta, una parte esencial de las tipografías que seguimos utilizando.

Todavía más importante fue lo que se copió. Una parte considerable de la literatura latina antigua llegó a la Edad Media central y a la Europa moderna a través de manuscritos carolingios o de descendientes directos de ellos. Obras de Cicerón, Livio, Tácito, Suetonio y otros autores dependieron en distintos momentos de esa cadena de transmisión. Los copistas del siglo IX no reproducían a los clásicos porque quisieran restaurar el paganismo ni porque se sintieran humanistas antes de tiempo. Los utilizaban para aprender lengua, retórica, historia, moral o gramática, y los integraban dentro de una cultura inequívocamente cristiana.

El efecto fue enorme. El mundo carolingio no «salvó» por sí solo toda la cultura clásica, una fórmula que ignoraría la conservación de textos en Italia, Hispania, las islas británicas, Bizancio y otros ámbitos culturales, pero sí constituyó uno de los grandes cuellos de botella de la transmisión latina. Muchas obras que hoy podemos leer atravesaron precisamente esos *scriptoria*. La obsesión por corregir libros terminó produciendo algo que Carlomagno probablemente no habría formulado en esos términos: una infraestructura cultural capaz de conservar memoria durante siglos.

La liturgia era todavía más importante que la escuela. Desde el punto de vista carolingio, rezar correctamente no era una cuestión estética, sino una necesidad política y espiritual. Pipino el Breve ya había impulsado la adopción de usos romanos en la Iglesia franca, y Carlomagno continuó esa política. Sin embargo, la vieja



MEISTERDRUCKE

Los monjes copistas de la Edad Media fueron los encargados de preservar, copiar y difundir el conocimiento clásico y religioso escribiendo manuscritos a mano en los monasterios.



ASC

Folio de la Biblia vulgata de Alcuino, fechado en torno a 840 y uno de los mejores ejemplos del Renacimiento carolingio.

imagen de una liturgia romana enviada desde el papa e implantada sin resistencia en todo el imperio ha sido muy matizada. Los libros llegaban, se copiaban, se completaban y se adaptaban. En la práctica, las costumbres locales sobrevivían y se mezclaban con los modelos romanos.

Uno de los casos más conocidos es el sacramentario que el papa Adriano I envió a Carlomagno hacia finales de la década de 780, a petición del rey. El llamado *Hadrianum* no cubría todas las necesidades de las iglesias francas, por lo que fue ampliado con materiales de otras tradiciones. Durante mucho tiempo ese suplemento se atribuyó a Alcuino; hoy suele considerarse más probable la intervención de Benito de Aniane. El episodio resume bien cómo funcionaba el proceso: Roma proporcionaba autoridad y modelos, pero la práctica franca los reelaboraba. Tampoco se conserva una disposición que demuestre que el *Hadrianum* y su suplemento fueran impuestos de forma uniforme a todas las iglesias. La aspiración a la unidad existió, pero la realidad documental muestra capas de adaptación local. En lugar de una liturgia idéntica implantada por decreto, se produjo una convergencia progresiva en torno a usos considerados romanos y, por ello, especialmente prestigiosos.

Algo semejante ocurrió con el canto. Los soberanos carolingios querían acercarse al repertorio romano y promovieron su aprendizaje, pero la transmisión era todavía esencialmente oral. Lo que terminó consolidándose como canto «gregoriano» fue el resultado de una interacción compleja entre repertorios romanos y francos. La tradición atribuyó después su creación a Gregorio Magno, aunque las formas que conocemos cristalizaron en época carolingia. La notación musical comenzó a hacerse visible en el siglo IX y permitió fijar progresivamente melodías que hasta entonces dependían en gran medida de la memoria de los cantores.

La Biblia planteaba un problema parecido. Siglos de copia habían producido variantes, errores ortográficos y diferencias entre manuscritos. Alcuino recibió de Carlomagno el encargo de revisar el texto latino y, desde Tours, impulsó una recensión cuya influencia fue extraordinaria gracias a la capacidad de producción del *scriptorium*. Su trabajo estaba avanzado en torno al año 800 y buscaba, más que establecer una edición crítica en el sentido moderno, regularizar ortografía, puntuación y lecturas evidentes y disponer de un texto más fiable para la enseñanza y la liturgia.

Teodulfo emprendió por su parte una revisión distinta, más atenta a comparar variantes entre manuscritos. La coexistencia de ambos proyectos vuelve a recordarnos que la cultura carolingia fue menos uniforme de lo que sugería su propaganda. Había voluntad de corrección, pero no una única Biblia oficial copiada

mecánicamente en todos los rincones del reino. La fuerza de Tours acabó imponiendo una influencia enorme porque era capaz de producir libros de gran calidad y distribuirlos mediante las redes eclesiásticas.

Bajo Luis el Piadoso, ese afán de ordenar la vida religiosa llegó también al monacato. Benito de Aniane desempeñó un papel central en las asambleas de Aquisgrán de 816 y 817, que intentaron reforzar la Regla de san Benito como norma común de los monasterios del imperio y distinguir con mayor claridad la vida monástica de la de los canónigos. Tampoco aquí la uniformidad fue absoluta ni duradera, pero el ideal quedó fijado. Décadas y siglos después, movimientos reformadores volverían una y otra vez sobre la misma pregunta: cómo recuperar una vida religiosa considerada más disciplinada y auténtica.

AQUISGRÁN, UNA ROMA AL NORTE

La cultura del reinado también se escribió en piedra. La capilla palatina de Aquisgrán, levantada desde la década de 790 y consagrada en 805, condensó las aspiraciones imperiales de Carlomagno mejor que ningún tratado. Su planta central octogonal remite de manera evidente a San Vital de Rávena, aunque el edificio combina referencias italianas, tardoantiguas y locales. La tradición atribuye el proyecto a Odón de Metz, pero incluso esa identificación depende de testimonios posteriores y debe manejarse con prudencia.

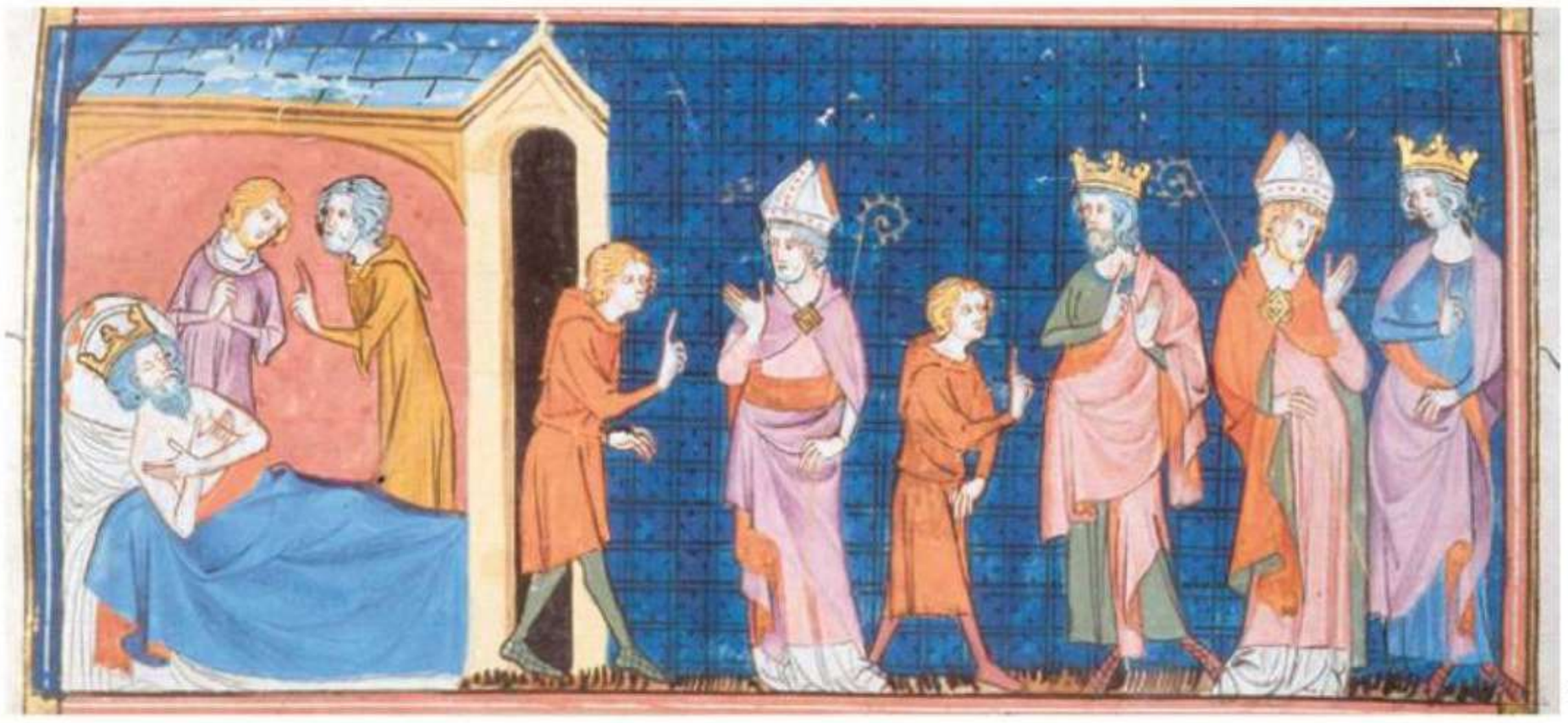
Carlomagno hizo trasladar a Aquisgrán columnas y materiales antiguos desde Italia. El gesto tenía una carga simbólica evidente: el nuevo centro del poder franco se apropiaba físicamente de la autoridad del pasado romano. La capilla no era una copia servil de Rávena, sino una declaración. En una Europa donde Constantinopla seguía considerándose heredera directa del Imperio romano, el soberano franco quería hablar también el lenguaje de los emperadores cristianos.

En la galería superior se conserva el célebre trono de mármol tradicionalmente asociado a Carlomagno. Su fuerza como objeto histórico es indudable, pero la identificación con el emperador no puede demostrarse: ninguna fuente de su tiempo menciona que dispusiera allí de un trono fijo y la primera referencia escrita segura al asiento conservado aparece vinculada a la coronación de Otón I en 936. Esa cautela no disminuye su importancia. Durante siglos, Aquisgrán se convirtió en escenario de coronaciones regias y en un lugar donde la memoria carolingia se reinventaba constantemente.

Los manuscritos iluminados participaron de la misma ambición. El *Evangeliario* de Godescalco, realizado entre 781 y 783, los llamados Evangelios de la Coronación, conservados hoy en Viena, o, ya en el siglo IX, los manuscritos asociados al ambiente de Reims muestran que no existió un único «estilo carolingio». Algunos talleres buscaron una monumentalidad cercana a modelos tardorromanos; otros desarrollaron un dibujo nervioso y expresivo, como el *Salterio de Utrecht*. El arte de la época fue, como su cultura escrita, una conversación entre herencias distintas.

EL IMPERIO SE ROMPE, EL MITO SOBREVIVE

Toda esa construcción cultural convivía con una cuestión política que ningún programa de *correctio* podía resolver por sí solo: la sucesión. Carlomagno había



ASC

Según el cronista de la corte Eginardo, Carlomagno sufrió una fuerte fiebre y un dolor en el costado, y falleció el 28 de enero de 814 tras un ayuno riguroso y recibir la comunión.

tenido varios hijos varones, pero al llegar a la vejez vio morir a Carlos el Joven y a Pipino de Italia. En 813, de sus hijos varones legítimos solo sobrevivía Luis, rey de Aquitania desde niño. El emperador lo llamó a Aquisgrán y lo asoció al poder imperial en una ceremonia celebrada sin intervención papal. Las fuentes no coinciden por completo en el gesto exacto de la coronación: una de las tradiciones más citadas relata que Carlomagno ordenó a Luis tomar la corona del altar y colocársela él mismo. Lo esencial es que la transmisión se escenificó dentro de la familia y ante la aristocracia franca, sin repetir el escenario romano de la Navidad del 800.

Carlomagno murió en Aquisgrán el 28 de enero de 814 y fue enterrado en la iglesia palatina de Santa María. Luis el Piadoso heredó intacto el conjunto territorial, pero no un Estado centralizado en sentido moderno. El gobierno dependía de asambleas, juramentos, condes, obispos, monasterios, enviados regios y de una aristocracia cuya colaboración debía renovarse. Eso no significa que el sistema estuviera condenado a deshacerse ni que Luis fuese un heredero débil. La historiografía reciente ha desmontado esa comparación demasiado cómoda entre un padre «grande» y un hijo incapaz. Luis legisló, reunió asambleas, intervino en asuntos eclesiásticos y sostuvo una corte políticamente activa. La crisis fue resultado de conflictos dinásticos, cambios en las alianzas aristocráticas y de una dificultad de fondo: conciliar la unidad del imperio con la tradición franca que reconocía derechos a varios hijos.

La *Ordinatio Imperii* de 817 intentó resolver la contradicción. Lotario, primogénito de Luis, fue elevado a una posición imperial superior, mientras Pipino recibió Aquitania y Luis el Germánico, Baviera, como reinos subordinados dentro de un orden que pretendía mantener la unidad política. Era una solución novedosa y, por eso mismo, conflictiva. Cuando en 823 nació Carlos, hijo del segundo matrimonio del emperador con Judith de Baviera, apareció un nuevo heredero al que había que dotar de tierras. A partir de ese momento, las alianzas familiares y aristocráticas se volvieron cada vez más inestables.

Las rebeliones de los años treinta llevaron la crisis al límite. En 833, los hijos mayores se enfrentaron a su padre y buena parte del ejército imperial lo abandonó

en el Rothfeld, cerca de Colmar, el episodio que la tradición recordaría como el «Campo de las Mentiras». Después, una asamblea reunida en Compiègne preparó la acusación contra Luis, pero la famosa penitencia pública no tuvo lugar allí, sino en la iglesia de Saint-Médard de Soissons. Ante obispos y magnates, el emperador fue obligado a reconocer sus faltas y a vestir el hábito penitencial. Sus adversarios pretendían apartarlo definitivamente del poder. No lo consiguieron: Luis recuperó la autoridad en 834 y gobernó hasta su muerte en 840.

La guerra pasó entonces a sus hijos. Lotario, que conservaba la dignidad imperial, intentó imponer su primacía sobre Luis el Germánico y Carlos el Calvo. El 25 de junio de 841, los ejércitos se enfrentaron en Fontenoy-en-Puisaye. La batalla fue recordada por los contemporáneos como una tragedia fratricida: los descendientes de la aristocracia que había conquistado buena parte de Europa junto a Carlomagno se mataban ahora entre sí.



ASC

La Batalla de Fontenoy-en-Puisaye tuvo lugar el 25 de junio de 841 en el marco de la tercera guerra civil del Imperio carolingio en el reinado Ludovico Pío.

En febrero de 842, Luis y Carlos sellaron su alianza mediante los Juramentos de Estrasburgo. Nitardo, nieto de Carlomagno y testigo privilegiado de la guerra, conservó las fórmulas en que cada soberano juró en la lengua de las tropas del otro: Luis utilizó una lengua romance y Carlos una lengua germánica. El texto romance es uno de los testimonios escritos más antiguos de una lengua que ya se apartaba claramente del latín y ocupa por ello un lugar fundamental en la historia de las lenguas romances y, en particular, del francés. Su importancia política es igual de reveladora: los gobernantes sabían que un juramento solo era eficaz si podía ser entendido por quienes debían obedecerlo.

La paz llegó en agosto de 843 con el reparto acordado en Verdún. Carlos recibió la Francia occidental; Luis, la oriental; Lotario conservó el título imperial y obtuvo una extensa franja central que se prolongaba desde Italia hacia los territorios situados entre los reinos de sus hermanos. No fue una línea trazada al azar sobre un mapa. Los negociadores tuvieron en cuenta dominios, rentas y recursos, intentando construir lotes comparables dentro de una realidad patrimonial compleja. Tampoco puede decirse que en Verdún nacieran Francia y Alemania. Para los protagonistas seguía siendo un reparto dinástico del mundo franco, no la fundación consciente de Estados nacionales.

La parte de Lotario tampoco fue exactamente la «Lotaringia» que describirían siglos posteriores. Tras su muerte en 855, el reino medio volvió a dividirse entre sus hijos; fue entonces cuando Lotario II recibió el territorio septentrional que acabaría dando nombre a Lotaringia. Nuevos repartos, como el de Meerssen de 870, continuaron

modificando el mapa. Y todavía hubo un último espejismo de reunificación: Carlos III, conocido mucho después como Carlos el Gordo, reunió entre 885 y 887 bajo su autoridad casi todos los antiguos reinos carolingios, salvo Provenza. La reconstrucción duró muy poco. Depuesto en 887, murió al año siguiente y el espacio político franco volvió a fragmentarse. Lo decisivo es que la unidad construida por Carlomagno ya no consiguió estabilizarse de manera duradera bajo un único soberano.

A partir de ahí comenzó otra historia: la de Carlomagno como personaje imaginado por quienes vinieron después. El emperador real, con sus guerras, sus capitulares, sus matrimonios y sus compromisos políticos, fue dejando paso a una figura mucho más maleable. Para unos se convirtió en legislador; para otros, en conquistador cristiano; para los reyes franceses, en antepasado prestigioso; para los emperadores germánicos, en precedente de una dignidad imperial que querían hacer suya.

La Chanson de Roland, compuesta alrededor del año 1100, muestra hasta qué punto podía transformarse el pasado. El ataque vasco de 778 contra la retaguardia franca en los Pirineos se convirtió en una epopeya de lucha entre cristianos y musulmanes, y Carlomagno apareció como un anciano emperador providencial, muy lejos del rey histórico que había dirigido aquella expedición. La literatura no conservaba simplemente el pasado: lo reconstruía para responder a las preocupaciones del presente.

En 1165, durante el cisma que enfrentaba al papa Alejandro III con el antipapa Pascual III, se impulsó en Aquisgrán la canonización de Carlomagno con el respaldo de Federico Barbarroja. El acto no fue reconocido como canonización universal por la Iglesia romana, pero favoreció un culto local arraigado especialmente en Aquisgrán. La imagen del emperador santo podía servir a intereses religiosos, dinásticos y políticos. La investigación reciente, además, ha matizado la vieja interpretación que reducía el episodio a una simple operación de propaganda antipapal y lo sitúa en un contexto religioso y diplomático más complejo.

Su reutilización no terminó en la Edad Media. La expresión «padre de Europa» tiene, de hecho, una raíz carolingia: el poema conocido como *Paderborn Epic*, compuesto en torno a 799 para celebrar el encuentro entre Carlomagno y León III, llama al rey franco *pater Europae*. Pero aquella «Europa» no era la Unión Europea *avant la lettre* ni un proyecto político semejante al actual. El término convivía con otros marcos de identidad, sobre todo la cristiandad latina y el mundo franco, y no describía un continente organizado como una comunidad de Estados.

Fue en la Europa contemporánea, y de manera especial después de 1945, cuando esa antigua fórmula adquirió un nuevo sentido. Carlomagno podía presentarse como una herencia compartida anterior a la existencia de Francia y Alemania como Estados nacionales y, por tanto, como un símbolo útil para la reconciliación. Aquisgrán creó en 1950 el Premio Carlomagno para reconocer contribuciones a la unidad europea, y la imagen del emperador como antepasado de Europa volvió a circular con enorme éxito. El atractivo era evidente: después de dos guerras mundiales, un soberano reclamado durante siglos por tradiciones distintas podía convertirse en punto de encuentro en lugar de en patrimonio exclusivo de una nación.

EN 1165 SE IMPULSÓ EN AQUISGRÁN LA CANONIZACIÓN DE CARLOMAGNO



Charlemagne, empereur d'Allemagne, d'après les fresques de Kaulbach à Berlin.

Carlomagno es considerado el «padre de Europa» porque unió gran parte de Europa Occidental y Central bajo un mismo poder político y religioso.

Como metáfora política, la expresión «padre de Europa» funciona; como descripción histórica necesita muchas precauciones. El imperio de Carlomagno no abarcó toda Europa, no se pensó a sí mismo como una unión de naciones y se definía ante todo mediante las categorías de la realeza franca, el imperio cristiano y la cristiandad latina. En sus fronteras hubo guerras de conquista, conversiones forzadas y pueblos sometidos, realidades que encajan mal con una genealogía complaciente de la integración europea. Precisamente por eso su memoria resulta tan reveladora: cada época ha tendido a fabricar el Carlomagno que necesitaba.

Su legado real fue más concreto y, quizá por eso, más importante. Bajo su reinado y el de sus herederos se multiplicaron los libros, se estabilizaron formas de escritura, se fortalecieron redes escolares, se revisaron textos bíblicos, se reorganizaron prácticas litúrgicas y se construyó un lenguaje imperial que las generaciones posteriores no dejaron de reinterpretar. La unidad política se quebró; la cultura que había ayudado a producir siguió circulando por los reinos nacidos de aquella fractura.

Ahí reside la paradoja final de Carlomagno. El hombre al que la posteridad convirtió en fundador de Europa no logró transmitir intacto su imperio ni creó una Europa en sentido moderno. Pero la obsesión de su corte por corregir, copiar, enseñar y ordenar dejó una huella que sobrevivió mejor que sus fronteras. El mapa se deshizo. Los libros, las ideas y la memoria continuaron viajando. ■

BIBLIOGRAFÍA

❏ ANGENENDT, Arnold: *Die irische Peregrinatio und ihre Auswirkungen auf dem Kontinent vor dem Jahre 800*, in H. Löwe (ed.), *Die Iren und Europa im früheren Mittelalter*, I. Stuttgart, 1982.

❏ BACHRACH, Bernard: *Early Carolingian Warfare: Prelude to Empire*. Penn, 2001.

❏ BARBERO, Alessandro: *Carlomagno*, Ariel, 2001.

❏ BULLOUGH, Donald A.: *Alcuin: Achievement and Reputation*. Brill Academic Pub, 2003.

❏ COLLINS, Roger: *Charlemagne*, Palgrave, 1998.

❏ CURTA, Florin: *The Making of the Slavs: History and Archaeology of the Lower Danube Region, c. 500-700*. Cambridge University Press, 2001.

❏ DE JONG, Mayke: *Epitaph for an Era: Politics and Rhetoric in the Carolingian World*. Cambridge University Press, 2019.

❏ EVERETT, Nicholas: *Literacy in Lombard Italy, c. 568-774*. Cambridge University Press, 2011.

❏ FLETCHER, Richard: *La cruz y la media luna. Las dramáticas relaciones entre el cristianismo y el islam desde Mahoma hasta Isabel la Católica*. Península, 2005.

❏ FOLZ, Robert: *Le couronnement impérial de Charlemagne: 25 décembre 800*. Editions Gallimard, 2008.

❏ FOURACRE, Paul J.: *The Age of Charles Martel*. Pearson Education, 2000.

❏ FRIED, Johannes: *Karl der Große: Gewalt und Glaube*. C. H. Beck, 2013.

❏ GANSHOF, François Louis: *The Carolingians and the Frankish Monarchy*. Cornell University Press, 1971.

❏ GANZ, David: *Two Lives of Charlemagne*. Penguin Classics, 2013.

❏ GASPARRI, Stefano: *Carolingian Frontiers: Italy and Beyond*. Firenze University Press, 2024.

❏ GOLDBERG, Eric. J.: *In the Manner of the Franks: Hunting, Kingship, and Masculinity in Early Medieval Europe*. University of Pennsylvania Press, 2020.

❏ HALSALL, Guy: *Warfare and Society in the Barbarian West 450-900*. Routledge, 2003.

❏ HEN, Yitzhak: *Culture and Religion in Merovingian Gaul, A.D. 481-751*. Brill, 1995.

❏ HERRIN, Judith: *Women in purple. Rulers of Medieval Byzantium*. Princeton University Press, 2004.

❏ INNES, Matthew: *The Carolingian World*. Cambridge University Press, 2008.

❏ J. CONTRENI, John: *Carolingian Learning, Masters and Manuscripts*. Variorum, 1992.

❏ LEVERING LEWIS, David: *God's Crucible: Islam and the Making of Europe, 570-1215*. Norton & Co., 2008.

❏ MANZANO MORENO, Eduardo: *La corte del califa. Cuatro años en la Córdoba de los omeyas*. Editorial Crítica, 2019.

❏ MCCORMICK, Michael: *Los orígenes de la economía europea: viajeros y comerciantes en la Alta Edad Media*. Editorial Crítica, 2005.

❏ MCKITTERICK, Rosamond: *Charlemagne: The Formation of A European Identity*. Cambridge University Press, 2008.

❏ NELSON, Janet: *King and Emperor. A New Life of Charlemagne*. University of California Press, 2019.

❏ POHL, Walter: *The Avars: A Steppe Empire in Central Europe, 567-822*. Cornell University Press, 2018.

❏ REUTER, Timothy: *Germany in the Early Middle Ages, c. 800-1056*. Routledge, 2016.

❏ REYNOLDS, Susan: *Fiefs and Vassals: The Medieval Evidence Reinterpreted*. Clarendon Press, 1994.

❏ RICHÉ, Pierre: *Les Carolingiens: une famille qui fit l'europe*. Hachette, 1983.

❏ SALRACH, Josep Maria: *Història Medieval de Catalunya*. Pòrtic, 1995.

❏ SÉNAC, Philippe: *Charlemagne et Mahomet. En Espagne (VIIIe-IXe siècles)*. Folio, 2015.

❏ SIMEK, Rudolf: *Religion und Mythologie der Germanen*. Theiss in Herder, 2014.

❏ STUART AIRLIE: *Making and Unmaking the Carolingians: 751-888*. Bloomsbury Academic, 2021.

❏ TISCHLER, Matthias: *Einharts Vita Karoli. Studien zur Entstehung, Überlieferung und Rezeption* (MGH. Schriften 48, I–II), Hanover 2001.

❏ TOUBERT, Pierre: *Europa en su primer crecimiento. De Carlomagno al año mil*. Publicacions de la Universitat de València, 2003.

❏ VERBRUGGEN, J. F.: *The art of warfare in Western Europe during the Middle Ages: from the eigth century to 1340*. North-Holland Pub. Co., 1977.

❏ VON PADBERG, Lutz: *Christanisierung im Mittelalter*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2006.

❏ WHITE, Lynn: *Medieval Technology and Social Change*. Oxford University Press, 1064.

❏ WICKHAM, Christopher: *Europa en la Edad Media. Una nueva interpretación*. Editorial Crítica, 2017.

❏ WOLFRAM, Herwig: *Los godos y su historia*. Acento Ediciones, 2002.

❏ WOOD, Ian: *The Merovingian Kingdoms 450-751*. Routledge, 1993.

ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

Ó escanea el código QR:



ISTOCK

MUY HISTORIA

REDACCIÓN

Directora: **Cristina Enríquez** (cenriquez@zinetmedia.es)
Coordinador de Diseño: **Óscar Álvarez**
Redacción: **Carmen Castellanos**

Carolina Díaz (edición y corrección),
Gabriela Livada (maquetación).

DIRECCIÓN Y TELÉFONO

C/ Alcalá 79 1º A - 28009 Madrid; tel.: 810 58 34 12
Suscripciones: suscripciones@zinetmedia.es
Teléfono suscripciones: 910 604 482

zinet MEDIA GLOBAL

Consejera Delegada: **Marta Ariño**
Director General Financiero: **Carlos Franco**
Director Comercial: **Alfonso Juliá** (ajulia@zinetmedia.es)
Brand Manager: **Marta Espresate** (mespresate@zinetmedia.es)

Editada por **Zinet Media Global, S.L.**
Distribuidor exclusivo en España: Logista Publicaciones Distribuidor exclusivo en México: Sefeco México, S.A. de C.V., con domicilio en calle Corona No. 23, Colonia Cervecera Modelo, Municipio Naucalpan de Juárez, Estado de México. CP. 53330. Tel. (55) 7586 5532.

Número de Certificado de Reserva de derechos al uso exclusivo del Título MUY HISTORIA: 04-20O4-101814264400-102 de fecha 18 de octubre de 2024 ante el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

IMPRESO EN ESPAÑA. EDICIÓN: 11/2026
Esta publicación es miembro de la Asociación de Revistas de Información (ARI).

Depósito Legal: M-34023-2019. ISSN 2695-5377 © Copyright Zinet Media Global, S.L. Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización expresa de la empresa editora.

«HE APRENDIDO MÁS DE MI ÚNICA
DERROTA QUE DE TODAS MIS VICTORIAS»

Carlomagno (742?-814)

Rey de los francos y emperador de Occidente



MUY HISTORIA